



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

Universidad Nacional de San Martín

Instituto de Altos Estudios Sociales

Maestría en Teoría y Clínica Psicoanalítica

TESIS

**Nuevas presentaciones del odio y su lugar en la
clínica actual con adolescentes**

Directora: Flory Kruger

Lic. Laura Hernández

Cohorte 2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
CAPÍTULO 1: ACERCA DE LA ADOLESCENCIA.....	13
1.1. La metamorfosis de la adolescencia	14
El umbral: entre la niñez y la adolescencia	17
El balbuceo	19
Desorientados	20
1.2. Sexualidad y cuerpo en la adolescencia	20
Jacques Lacan: el despertar	20
1.3. El desasimiento o declinación del nombre del padre	23
La novela, el tiempo necesario	23
El declive	23
Adolescencia prolongada.....	25
1.4. Los síntomas contemporáneos presentados en la adolescencia.....	26
Odio, segregación y racismo	26
Consideraciones sobre el amor	27
CAPÍTULO 2: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SINGULARIDAD EN LA ADOLESCENCIA	30
2.1. Sujeto en la teoría freudiana	34
2.2. El sujeto lacaniano.....	39
El significante.....	40
Significante, goce, discurso	41
Significante como marca de goce.....	43
Un significante nuevo.....	43
2.3. Diferencias entre sujeto, subjetividad y singularidad.....	46
Nada ocurre dos veces de la misma manera	47
Síntoma.....	48
2.4. La construcción de la singularidad en la adolescencia actual	51
Adolescente síntoma y la época.....	51
CAPÍTULO 3: LA IDENTIFICACIÓN, EL AMOR Y EL ODIO	54
3.1. Identificación y fenómenos de grupo según Freud y Lacan	56

Amor.....	58
Amor al prójimo	61
Odio y cultura.....	63
Respecto del odio: pensar la articulación de poesía y racismo.....	64
Odio, ciencia y racismo	65
El concepto de segregación en Psicoanálisis	67
El racismo abordado desde el Psicoanálisis	68
1.4. El odio de sí, suicidio en la adolescencia	71
El valor de la vida.....	72
CAPÍTULO 4: CASO BÁEZ SOSA	74
4.1. Relato del caso.....	74
¿Quién era Fernando?.....	75
Acusados.....	76
4.2. Repercusiones	77
Artículo periodístico Página 12	77
Artículo de La Nación	79
4.3. Comentarios sobre el hecho.....	82
Fenómeno de masa	83
¿Qué edad hay que tener para ser responsable penalmente?	84
Odio, segregación, racismo	85
La Adolescencia como un momento de fragilidad	86
La agresividad para el psicoanálisis	88
Venganza y justicia.....	89
CAPÍTULO 5: SÍNTOMA SOCIAL, INDIFERENCIA Y VACÍO	91
5.1. La era de la indiferencia: hablemos de la libertad, el sujeto, el sometimiento e idiotismo	92
Crisis de la libertad.....	92
La era digital.....	93
Revolución individualista.....	94
Época de vacío sin comunicación, todo el mundo quiere ser feliz.....	96
5.2. Síntoma social	97

Como se va armando la idea de un adolescente	97
Adolescente síntoma y la época.....	97
¿A qué se identifica un adolescente hoy?.....	99
5.3. Las identificaciones	99
Desorientados	99
5.4. Cómo se sostiene la afirmación de la construcción de las singularidades en una época de vacío, indiferencia y segregación	100
La singularidad	100
De la indiferencia a la falta de dignidad humana	102
¿Despejar o construir?	103
CONCLUSIONES.....	105
BIBLIOGRAFÍA	109

INTRODUCCIÓN

Con la pretensión de abordar el tema del odio y la segregación en la adolescencia y su relación con la constitución de las subjetividades en nuestra época, el problema de investigación que servirá de eje al desarrollo de este trabajo de tesis queda plasmado en la siguiente pregunta: ¿es posible ubicar al odio y a la segregación como efectos de una identificación en masa en la adolescencia? Frente a los cambios que se producen en esta etapa de la vida y al encuentro con el otro, el adolescente se encuentra en situación de fragilidad subjetiva. En la búsqueda de identidad, se producen identificaciones en masa que, a su vez, se sostienen mediante la segregación de aquello ajeno a esa masa o grupo. Así, el odio se constituye como una suerte de mecanismo de defensa frente a la propia fragilidad subjetiva y se pierde dimensión del daño que genera en los vínculos.

Las dos variables a trabajar en esta investigación son:

- (1) declinación de la subjetividad en la adolescencia;
- (2) identificación en masa que lleva a rasgos del odio y la segregación.

“¿Qué es la adolescencia? Ninguna definición se mantiene unánime” (Miller, 2015, p. 10). Lacan nunca utilizó el término “adolescente” en su teoría, pero desde nuestra experiencia podemos decir que la adolescencia y la pubertad marcan el fin de la niñez y el comienzo de una serie de cambios significativos a nivel físico como psíquico. Se trata de un momento de transición en el cual la transformación ya sea del cuerpo, del carácter, de la personalidad o de la relación con el mundo que los rodea es primordial. Esta etapa se presenta como un fenómeno específico por su importancia dentro del desarrollo del ser humano.

En este sentido, para Miller “la adolescencia es una prórroga, una procrastinación, el planeamiento del momento de concluir, la incoherencia de una enunciación sin punto de capitón. Consecuencia 1: la segregación de los adolescentes, cercada por prohibiciones sociales y jurídicas. Consecuencia 2: la constitución de una subcultura, distribuida en contrasociedades, cuya hostilidad va en aumento a medida que se cierra el horizonte de integración de sus miembros” (2015, p. 10). Es así como nos encontramos con sujetos que nos enfrentan a una serie a veces interminable de acontecimientos que por momentos nos

resultan incomprensibles, complejos, difíciles de ubicar, puesto que se vinculan con una búsqueda incesante de la identidad, dada la conclusión de la niñez y todo lo que ello implica: el abandono del cuerpo infantil, la desidealización de los padres y el consecuente descubrimiento de la finitud, la construcción de ideales sobre nuevos cimientos, la confusión entre lo que se toma prestado y lo propio.

Lacan plantea en *El despertar de la primavera* a la pubertad como despertar a lo real. Este despertar alude a la irrupción de un goce extimo al cuerpo frente al cual el sujeto no sabe cómo responder. Asimismo, Marco Focci (2013, p.1), psicoanalista italiano, nos plantea que es un “momento en el que el sujeto sale del recinto simbólico de la familia para asomarse al espacio abierto del mundo, donde se le imponen las primeras elecciones respecto de la dirección que querrá dar a su existencia, a su posicionamiento social y a la dirección de sus sentimientos hacia nuevos objetos de amor. Para afrontar temas inéditos y desconocidos el sujeto, como siempre, usa lo que tiene a su disposición. Las marcas y experiencias infantiles retornan entonces en el contexto transformándose y fundiéndose con los temas actuales”. Por eso, a veces la identificación a un rasgo produce una alineación dolorosa y se puede escuchar en la clínica con adolescentes que se torna por momentos insoportable, sobre todo en historias donde las relaciones primordiales con los padres fueron frágiles, vacías, dolorosas, violentas, contradictorias o simplemente no existieron. Esto se ve reflejado en miedos, inestabilidades, fluctuaciones en los cambios de humor, tendencias al aislamiento, en el odio y el amor extremos. Estos últimos conceptos son nodales para el desarrollo de mi conceptualización.

La relación con los adultos entra en confusión y ruptura, aparentemente sin vuelta atrás, sin posibilidad de reparación, por las diferencias generacionales, las intolerancias, los momentos diferentes que aborda cada sujeto ya sea el padre, abuelo o quien cumpla el rol de autoridad. Freud considera que el desasimiento de la autoridad del padre es necesario para la emancipación en la edad adulta. En este proceso se producen cambios que hacen a la formación de la personalidad adulta, los cuales acarrearán resistencias en algunos individuos, que resultan vitales para ir definiendo y redefiniendo posiciones.

En este contexto, la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan ofrece herramientas útiles para analizar la construcción de la singularidad en la adolescencia, entendida como la capacidad de cada sujeto de reconocerse como único e irrepetible en relación con los otros y con el

mundo. En esta tesis, se explorará la construcción de la singularidad en la adolescencia desde una perspectiva lacaniana, enfocándose en las identificaciones que operan en la época actual y en cómo estas derivan en los síntomas sociales que se observan como un patrón desde la práctica clínica: el odio, la segregación y el racismo, que si bien hoy se presentan como síntomas, siempre estuvieron presentes en el ser humano. “En gran medida, somos responsables de los nuevos síntomas, lo que supone sin duda también el consentimiento social a la extensión psicoanalítica del síntoma (...) Se puede ser agente de un síntoma social sin verificar un síntoma subjetivo” (Miller, 2005). En relación con el síntoma, al inicio de su obra, Lacan insiste en una dimensión que considera esencial: es preciso creer en él para que haya síntoma, se necesita creer que se trata de un fenómeno que hay que descifrar, que hay que leer algo, eventualmente un origen, un sentido.

Profundizando en los síntomas actuales cabe decir que el odio desde el principio de la civilización fue una construcción afable del sujeto. Estaba naturalizado, las guerras eran cuerpo a cuerpo donde el enemigo se veía a la cara y el odio que generaba era justificado. Lacan propone leer el odio como una pasión del ser. En efecto, el odio es una vía en la que el ser puede formarse negando el ser del otro. Al insertar el odio en el triángulo odio-amor-ignorancia, Lacan inaugura su crítica de la noción freudiana de ambivalencia, reconociendo el par amor-odio como la cara única de una banda de Moebius, pero tomando en cuenta que Freud demostró que sus dos aspectos no tienen soporte común. Los tres registros (imaginario, simbólico y real) permitieron situar en lo imaginario el odio nacido del interés que en los celos manifiesta el sujeto por la imagen del rival, la pretensión de la destrucción del otro. El odio asegura, rechazándolo, el ser del otro, lo que conduce, finalmente -en lo social-, a las estrategias de guerra, las venganzas y los crímenes. Se trata del odio "como aquello que se dirige de la manera más sólida al ser que habla" (Miller, 2005)

Por su parte, el concepto de segregación es abordado por Lacan como un efecto del discurso y el abordaje del racismo desde una lógica del todo: todos blancos, todos negros. Ambas formas que toman el malestar en la cultura como efecto del capitalismo. La segregación es un concepto que se manifiesta de diferentes formas solapadas (ej. mujer, religión, pobre, etc.). ¿Por qué sería inherente al discurso? Porque se adapta a las diferentes formas del lazo social, ya que se puede encontrar la misma en todo lazo social.

En el seminario XVII, *El reverso del psicoanálisis* Lacan dice: “(...) Todo lo que existe esta fundado en la segregación (...) Nunca se ha terminado completamente con la segregación (...) Nada puede funcionar sin ella, es el efecto del lenguaje”. Derenzensky (2008) afirma que "el discurso capitalista nos permite situar la articulación entre la lógica del *para todos* impulsada por la ciencia, el empuje a la producción masiva impuesta, con la excepción de algunos (raza y otras religiones), que constituye el resorte de los efectos de segregación con sus múltiples manifestaciones que incluye la intolerancia radical de los modos de vida diferentes".

En este sentido, se examinará cómo la identificación con los otros y con los ideales de época pueden obstaculizar o facilitar el desarrollo de la singularidad del sujeto. También se considerará cuál es el papel del análisis en esta construcción de la singularidad. Según Lacan, en el seminario XXIV, la identificación es lo que se cristaliza en una identidad. Retoma los tres tipos de identificación freudianas: la del amor al padre, la histérica y a un rasgo.

En el seminario IX, dirá que hablar de identificación es hablar de la entrada en el otro, de lo mismo, “de lo mismo al mismo, (*du meme au meme*), con todo lo que conlleva de dificultades” (Lacan, 1961, p. 2). A partir de repensar el *cogito* cartesiano, sostendrá que “nada soporta la idea tradicional filosófica de un sujeto sino la existencia de un significante y sus efectos”. Más allá de la idea cartesiana, Lacan postulará que lo que construye a un sujeto es la existencia de un significante que atraviesa al individuo con sus efectos. La relación más sensible, más inmediata y más encarnada es el esfuerzo por preguntarse *¿quién soy yo?* Esta pregunta se constata en todas las situaciones de análisis, señala Lacan. Bien se podrían contar casos que ilustren esto, pero Lacan se cuestiona por qué hacerlo y tomar estos como la respuesta legítima. Ningún análisis garantiza la verdad de la respuesta de quién es cada quién. El analista no garantiza la verdad pese a estar diciendo la verdad. Así, Lacan toma el *cogito* cartesiano, el “yo pienso” para interrogar si allí se encuentra el sujeto.

A través de un estudio clínico y teórico, esta tesis busca contribuir al conocimiento y aportar al debate sobre la relevancia y aplicabilidad del psicoanálisis lacaniano en la comprensión y tratamiento de las problemáticas propias de la adolescencia. En su recorrido, el lector se encontrará con cinco capítulos en los que se desglosarán cuestiones psicoanalíticas,

sociológicas y filosóficas que buscan echar luz sobre las constantes y variables de la adolescencia a través del tiempo y cómo se vivencia hoy esta etapa.

En el primer capítulo, se abordará el concepto *adolescencia*, desde diferentes autores de la época, comenzando por Sigmund Freud y su conceptualización de “*Tres ensayos de la teoría sexual*”. “Con el advenimiento de la pubertad comienzan transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal del instinto sexual. Hasta este momento actuaba partiendo de instintos aislados y de zonas erógenas que, independientemente unas de otras, buscaban como único fin sexual determinado placer” ([Freud, 1909, p. 1216] 2013). La diferenciación de los sexos, según Freud, no aparece definida hasta la pubertad. Sin embargo, las disposiciones masculina y femenina resultan ya claramente reconocibles en la infancia. El autor plantea un eje clásico de tres cuestiones a las que el adolescente (su adolescente, el freudiano) se enfrenta:

- 1) El fin de la niñez;
- 2) El encuentro con el cuerpo y la sexualidad, las elecciones de objetos (teorías de libido y diferentes corrientes de tipo de elección de objeto);
- 3) El desasimiento de la autoridad de los padres.

Freud va ubicar aquí no solo el fin de un instinto sexual autoerótico que podíamos observar en la niñez sino una serie de variables que se le van a presentar al sujeto.

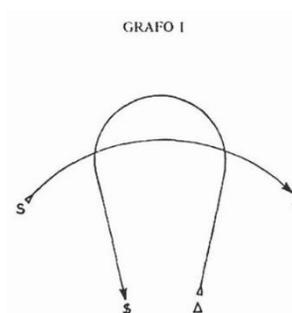
El capítulo continúa con Jacques Lacan y su “*Prefacio del despertar de la Primavera*”, en el que trata de develarnos no “un mundo detrás del mundo” sino la realidad de la ausencia de la relación sexual. Lo que se revela allí es la caída de los semblantes: “a lo real uno no se adapta, a lo sumo se acostumbra”, dice Lacan (Lacan [1974] 2005). Los adolescentes de la obra descubren la brutalidad del sexo, la hipocresía burguesa de los adultos, la falla, la vergüenza. No es necesario creer en los semblantes para seguirlos.

Desplegando en el resto del capítulo las características más universales de la adolescencia moderna, la clínica con los adolescentes en la actualidad plantea una cosa realmente distinta: ya no se trata de la elección entre la homosexualidad y heterosexualidad sino sobre la desorientación sexual. Se pone en relieve un pasaje que va desde la reducción de la

importancia de la significación edípica a nuevas formas de subjetividad.

En el segundo capítulo, se hará foco en la idea de la construcción de una singularidad, pasando de Sigmund Freud y tratando de ubicar en su obra la idea de sujeto hasta llegar a Jacques Lacan y su concepción de sujeto. Para ello, se establecerá la diferencia entre sujeto, subjetividad y singularidad para luego concluir con la construcción de las singularidades de la época. Se puede ubicar la dificultad en la adolescencia para construirse una singularidad. Desde siempre y a lo largo de los tiempos, el ser singular, diferente y particular fue visto como un problema y, en algunos casos, como causal de segregación, exclusión.

El Sujeto se constituye a partir del Otro. Para Lacan, hay un ser viviente y el encuentro con el Otro, con el lenguaje, da como resultado *un* sujeto. “He aquí lo que podría decirse que es su célula elemental (grafo 1). Se articula allí lo que hemos llamado *el punto de basta* por el cual el significante detiene el deslizamiento, indefinido si no, de la significación (Lacan: 1987, p. 785).



Aquí como primera instancia ubicamos al lenguaje como pre-existente a la idea de un sujeto. La subjetividad tiene una relación íntima con las palabras, la historia y la pre-historia del sujeto, con la alienación al discurso que siempre es del Otro. La singularidad y particularidad es una construcción que deviene importante en la etapa de la adolescencia ya que ubica desde un principio nuestro síntoma y nuestra manera particular de gozar. Cada individuo es singular e irrepetible según lo piensa el Psicoanálisis y su síntoma se le presenta como “lo que no funciona”. En la adolescencia hay una resignificación y una reafirmación de los síntomas para cada sujeto. La manera en que cada quien habla de esto que no funciona, lo expresa, lo siente en el cuerpo, se afecta, lo actúa, tiene que ver con lo más íntimo. El síntoma es, entonces, lo que no funciona y lo más singular. El síntoma y el goce van juntos por lo que el goce es un Uno, es decir, prescinde del Otro.

El tercer capítulo versará sobre la identificación y fenómenos de grupo según Sigmund Freud y Jacques Lacan. A modo de inicio, se toma la noción de “identificación” por ser uno de los primeros enlaces afectivos con el objeto, sobre todo teniendo en cuenta que la adolescencia

es el momento más endeble de la vida de un sujeto, ya que hay una búsqueda de la construcción de una singularidad y la pertenencia a ciertos grupos lleva a identificaciones con consecuencias tremendas. Esto lleva a la pregunta: ¿querer pertenecer a un grupo es a cualquier costo? El adolescente se enfrenta al vacío de poder entender qué es lo que quiere, de saber quién es en esta separación respecto del deseo del otro. Frente a estos grupos, la pregunta sería: ¿pertenecer a estos grupos es una identificación a un rasgo del grupo o es simplemente un querer pertenecer?

Tomando los significantes centrales de este trabajo de tesis, que son odio, amor y segregación, Freud se pregunta cuáles son los caminos por los que se llega a tantos destinos de odio en la cultura. El ser humano cae en la neurosis porque no logra soportar el grado de frustración que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura: el dominio del espacio y el tiempo, la felicidad como algo “profundamente subjetivo” (p. 3033). Esto se vincula directamente con la adolescencia y con la construcción de la singularidad, con la idea que cada uno tiene acerca de qué es lo que lo hace feliz. Nuestro tiempo le muestra al adolescente que la felicidad está en la belleza, en lo material, en cualidades que generen el reconocimiento de los otros sin esfuerzo.

¿Qué es el odio? ¿Por qué tanto odio al otro, al semejante, como dice la religión? ¿Qué se desconoce ahí? ¿Qué hace que ese otro sea tan intolerable que se olvida que es un ser humano, que sufre, sonríe, es feliz como todos? Se odia la manera particular en la que el otro goza. “La raíz del racismo, desde esta perspectiva, es el odio al propio goce” (2011, p. 55), dice Miller. Todo sujeto es extraño a su ser más íntimo. Eso mío que anida en el Otro, ese manojito de goce que me pertenece, pero no está en mí puede ser lo más familiar que encuentre en el Otro, pero también lo más extraño. Es fuente de mi amor y de mi odio. Ese resto inasimilable del cual hago al Otro portador puede suscitar mi rechazo, esta es la base del fenómeno de violencia. El goce del cuerpo es desanudado de lo simbólico y, al desfallecer la palabra, se golpea en el Otro lo inadmisiblemente de la propia existencia. Vivimos una época irónica, el ataque al Otro es sin causa ni razón y muestra la dificultad que tiene el sujeto para inscribirse en un discurso que le permita tratar ese resto ineliminable.

Finalmente, se concluye este capítulo con una de las preocupaciones actuales más frágiles: el suicidio en la adolescencia. Un suicida no tiene una apuesta de desear vivir. Es un

momento de debilitamiento del deseo. Ese sentimiento de caída del deseo del Otro, de caída de la vida, de caída de las posibles apuestas, de la caída del deseo mismo de vivir, parece generalizado y se presenta de distintas maneras. Podríamos decir al estilo de Bauman que vivimos en la época donde hay una caída del otro y el semejante no significa nada. Por lo tanto, hay una caída del mundo del otro, lo que hace más permisible que el odio de sí mismo vuelva a nosotros.

En el cuarto capítulo de esta tesis, se presentará un caso público que ilustra los temas trabajados, con posteriores comentarios sobre el mismo y un trabajo teórico sobre la agresividad en Psicoanálisis. El caso en cuestión es el de Fernando Báez Sosa, el crimen que conmovió al país apenas inició el 2020. La muerte del joven ocurrió el 18 de enero del 2020 a manos de un grupo de rugbiers menores de 20 años (al igual que Fernando) que lo golpearon con saña y violencia extrema a la salida de un boliche en Villa Gesell. Rápidamente el caso se instaló en la agenda de los medios. La brutalidad de la golpiza, la actitud posterior y el rol de los y las allegadas a los asesinos llamó la atención y la indignación de un amplio sector de la sociedad. No fue un hecho aislado; meses después, distintas situaciones de violencia, agresión, acoso y racismo que tuvieron a rugbiers como protagonistas tomaron estado público y se abrió el debate: ¿qué pasa con este deporte? ¿qué pasa con los jóvenes en la actualidad?

Llegando al final, el quinto y último capítulo analizará el contexto histórico donde están inmersos hoy los jóvenes, desde diferentes autores de la filosofía y sociología. Se retomarán los aportes de Sigmund Freud, Zigmund Bauman, Giles Lipovetsky y Byun-Chul Han, quienes plantean -cada uno a su modo- que habitamos una era líquida, vacía y coercitiva, lo cual tiene un correlato psicoanalítico con la declinación del nombre del padre.

Por último, las conclusiones del trabajo en relación a la construcción de la singularidad de la adolescencia en la actualidad sostienen que hay una búsqueda frenética de otro con quién identificarse ya que el desapego, el vacío de lo contemporáneo, deja al sujeto en el borde de una cornisa en la que trata de identificarse a algo para adquirir una consistencia que no logra. A falta de rituales, de tradición, el sujeto se ubica cada vez más del lado de la precariedad, con la necesidad de buscar objetos vacíos a los que identificarse.

La tesis invita a pensar cuál es el lugar que tiene el psicoanálisis hoy en esta modernidad atravesada por la tecnología y por contingencias traumáticas como la última pandemia y la declaración de una guerra. También, nos impulsa a pensar en cuáles son los efectos singulares de la decadencia del nombre de padre como fue concebido hasta la actualidad. ¿Serán los nuevos nombres del padre los dispositivos y/o la inteligencia artificial? ¿Quién es el nuevo otro de esta era que se asoma en el horizonte, más rápido de lo que quizá pensamos?

CAPÍTULO 1: ACERCA DE LA ADOLESCENCIA

Este primer capítulo de tesis se propone hacer un recorrido a través del concepto de *adolescencia*. Para ello, comenzaremos con la pregunta de qué es la adolescencia para los diferentes autores e investigadores de orientación lacaniana. Para ellos, “ninguna definición se mantiene unánime”, dirá Miller (2015, p.10). Lacan nunca utilizó el término *adolescente* en su teoría, pero desde nuestra experiencia podemos decir que la adolescencia y la pubertad marcan el fin de la niñez y el comienzo de una serie de cambios significativos, tanto a nivel físico como psíquico. Se trata de un momento de transición en el cual la transformación ya sea del cuerpo, del carácter, de la personalidad o de la relación con el mundo es primordial. En el recorrido de este capítulo, además, nos detendremos en profundidades que son claves a destacar, ya que esta etapa se presenta como un fenómeno específico por su importancia dentro del desarrollo del ser humano.

En este sentido, para Miller, “la adolescencia es una prórroga, una procrastinación, el planeamiento del momento de concluir, la incoherencia de una enunciación sin punto de capitón. Consecuencia 1: la segregación de los adolescentes, cercada por prohibiciones sociales y jurídicas. Consecuencia 2: la constitución de una subcultura, distribuida en contrasociedades, cuya hostilidad va en aumento a medida que se cierra el horizonte de integración de sus miembros” (Miller, 2015, p.10). Es así como nos encontramos con sujetos que nos enfrentan a una serie a veces interminable de acontecimientos que, por momentos, nos resultan incomprensibles, complejos, difíciles de ubicar, puesto que se vinculan con una búsqueda incesante de la identidad, dada la conclusión de la niñez y todo lo que ello implica: el abandono del cuerpo infantil, la desidealización de los padres y el consecuente descubrimiento de la finitud, la construcción de ideales sobre nuevos cimientos, la confusión entre lo que se toma prestado y lo propio.

La pretensión de abordar el tema del odio y la segregación en la adolescencia y su relación con la constitución de las singularidades en nuestra época (problema de investigación que servirá de eje al desarrollo de este trabajo de tesis) queda plasmada en la siguiente pregunta: ¿es posible ubicar al odio y a la segregación como efectos de una identificación en masa en

la adolescencia? Frente a los cambios que se producen en esta etapa de la vida y al encuentro con el otro, el adolescente se encuentra en situación de fragilidad subjetiva. En la búsqueda de identidad, se producen identificaciones en masa que, a su vez, se sostienen mediante la segregación de aquello ajeno a esa masa o grupo.

Así, el odio se constituye como una suerte de mecanismo de defensa frente a la propia fragilidad subjetiva y se pierde dimensión del daño que genera en los vínculos.

Se tomarán a continuación los problemas clásicos que el psicoanalista lacaniano se encuentra frente a la clínica:

- 1.1. La metamorfosis de la adolescencia según distintos autores.
- 1.2. La Sexualidad y el cuerpo en la adolescencia.
- 1.3. El desasimiento o declinación del nombre del padre. Caída de la identificación paterna. Rol de los educadores.
- 1.4. Los síntomas contemporáneos en la adolescencia. Odio y segregación.

1.1. La metamorfosis de la adolescencia

Para comenzar el camino de investigación de esta tesis se tomará al padre del psicoanálisis y los lineamientos fundamentales de su teoría. Sigmund Freud, Neurólogo vienés, nació el 6 de mayo de 1856. Sus teorías generaron polémicas desde el comienzo. A partir de que resuelve tomar en serio el carácter mental de una enfermedad, sostiene que el psiquismo posee heridas, marcas que conllevan a un sujeto a enfermar. Ahí nace el psicoanálisis.

Muchas de sus invenciones, sin lugar a duda, marcaron el comienzo de las teorías herederas, utilizadas *a posteriori* por las ciencias. Por ejemplo, el concepto de *pulsión*. Lo más complejo y a su vez lo más problemático y provechoso para la época, fue su idea de sexualidad. Concibe la neurosis y la psicosis como conflictos y perturbaciones engendradas en la infancia. Para él la sexualidad no comienza en la pubertad, sino que cree que las fantasías sexuales comienzan en la infancia y se constituyen en la maduración de la adolescencia.

Freud piensa a la bisexualidad desde la primera infancia, como algo estructural.

Freud dice: “La hipótesis deducible de estos hechos anatómicos. ha largo tiempos conocidos es la de una disposición bisexual originaria, que en el curso de la evolución se ha ido orientado hacia la monosexualidad, pero conservando algunos restos atrofiados del sexo contrario” ([Freud, 1909, p. 1176] 2013).

Freud: la sexualidad/ la pubertad

En 1905 escribe una de las obras más importantes para el psicoanálisis, desafiando todo el contexto cultural victoriano: *Tres ensayos de la teoría sexual*, donde va más allá de los límites de la época y desarrolla su teoría, en la que sostiene que el niño es perverso y polimorfo. En este texto, Freud desarrolla la teoría de una sexualidad en dos tiempos: primero, una vivencia sexual infantil traumática y, luego, una segunda vivencia propia de la pubertad que produce el recuerdo retroactivo de la vivencia infantil. Lo que separa ambas vivencias es la madurez de los caracteres sexuales secundarios, es decir, la pubertad. En otras palabras, piensa que la constitución de la singularidad del sujeto tiene dos tiempos: uno en la infancia y otro en la pubertad.

“Solo la investigación Psicoanalítica puede demostrar que detrás de esta ternura, respeto y consideración se esconden las antiguas corrientes sexuales de los instintos parciales infantiles, ahora inutilizadas. (...) La elección de objeto en la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y comenzar de nuevo como corriente sexual” ([Freud, 1909, p. 1211] 2013).

En el texto *Metamorfosis de la pubertad* (parte de *Tres ensayos de la teoría sexual*), se hace énfasis en la aparición de los caracteres sexuales secundarios que se da en la pubertad, lo cual implica un acontecimiento para el sujeto, al estilo de un *despertar* lacaniano de un cuerpo sexuado. Aquí es donde podemos citar una diferencia entre la lectura freudiana y la post-freudiana evolutiva (como la Piagetiana), siendo que esta última piensa a la adolescencia como una simple etapa de maduración. Esto es olvidar lo que se pone en juego en este momento y de lo cual Freud da cuenta en el mencionado texto. “Con el advenimiento de la pubertad comienzan transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal del instinto sexual. Hasta este momento actuaba partiendo de

instintos aislados y de zonas erógenas que, independientemente unas de otras, buscaban como único fin sexual determinado placer” ([Freud, 1909, p. 1216] 2013).

La diferenciación de los sexos, según Freud, no aparece definida hasta la pubertad. Sin embargo, las disposiciones masculina y femenina resultan ya claramente reconocibles en la infancia. El autor plantea un eje clásico de tres cuestiones a las que el adolescente (su adolescente, el freudiano) se enfrenta:

- 1) El fin de la niñez;
- 2) El encuentro con el cuerpo y la sexualidad, las elecciones de objetos (teorías de libido y diferentes corrientes de tipo de elección de objeto);
- 3) El desasimiento de la autoridad de los padres.

“Con el advenimiento de la pubertad comienzan transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal” ([Freud, 1914, p.1216] 2013). Freud va ubicar aquí no solo el fin de un instinto sexual autoerótico que podíamos observar en la niñez sino una serie de variables que se le van a presentar al sujeto. Él va plantear que la normalidad de la vida sexual se produce por la confluencia de las dos corrientes dirigidas sobre el objeto sexual y el fin sexual: estas son la de ternura y la de sensualidad. Este autor escoge como esencial en los procesos de la pubertad lo más singular de los mismos, esto es, el manifiesto crecimiento de los genitales, lo que va llevar a signos anímicos que consisten en una peculiar sensación de tensión. Piensa que la tensión se asocia con el displacer y que, a su vez, en el circuito de la libido, es sentida con placer. A partir de ello, se pregunta cómo conciliar, entonces, la tensión displacentera con la sensación de placer.

El análisis de las perversiones y psiconeurosis ha llevado a entender -dice Freud- que la excitación sexual no es producida únicamente por los órganos llamados sexuales sino por todos los del cuerpo. La libido del yo sale a revestir los objetos sexuales, se concentra en ellos, los envuelve y traza un circuito que vuelve al yo (en un ejemplo freudiano: es como la ameba a los pseudópodos). No es asequible al análisis y se transforma en la libido de objetos. El autor dice que la vemos entonces concentrarse en ellos, en ocasiones abandonarlos, se traslada de un lado a otro y se dirige en estas posiciones a las actividades sexuales del

individuo, satisfacción o extensión temporal del individuo. Hay diferentes destinos para la libido de objeto, quedando en determinados estados de tensión hasta recaer de nuevo en el yo. Esta libido del objeto se denomina *libido narcisista*, que aparece como una gran represa de la cual parten las corrientes de revestimiento del objeto a la cual retornan.

Freud dice: “Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos, empero, considerada en el fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite. Esta pieza de la colocación libidinal no podía sino ocultarse al principio de nuestra investigación, cuyo punto de partida fueron síntomas neuróticos” ([Freud, 1914, p. 73] 2014).

La diferenciación de los sexos, según Freud, no aparece definida hasta la pubertad. Sin embargo, las disposiciones masculina y femenina resultan ya claramente reconocibles en la infancia. El desarrollo de los diques sexuales (pudor, repugnancia, compasión, etc.) aparece en las niñas más tempranamente y encontrando una resistencia menor en los niños. No hay diferenciación sexual durante la infancia, tal como aparece en la pubertad. “La libido es regularmente de naturaleza masculina aparezca en el hombre o en la mujer e independientemente de su objeto, sea este hombre o la mujer” (1914, p. 76), dirá Freud. En cuanto a las elecciones sexuales, piensa que en la niñez forman parte del plano de la imaginación, ya que la sexualidad tiene otro plano. Y sostiene que todas las fantasías sexuales tienen un origen infantil, ya que piensa que por todas las etapas por las que pasa un sujeto quedan fijos algunos individuos de la infancia. Por lo dicho, Freud muestra la importancia de la presencia de ciertos adultos en la infancia a la hora de las posteriores elecciones.

El umbral: entre la niñez y la adolescencia

Siguiendo la lectura de psicoanalistas que pensaron la adolescencia se tomara Françoise Dolto, médica psicoanalista francesa nacida en 1908, fundadora del Campo Freudiano de París junto a Jacques Lacan. En su texto *La causa de los adolescentes* (1988) dice “no se conoce tan bien al adolescente como al niño” (p. 11). Para ella, algunos autores simplemente lo definen a partir de algo biológico y no hay una coincidencia entre lo propuesto por las diferentes disciplinas. Según la autora, el hecho de que no tengamos ritos para marcar el fin de la niñez y la iniciación de esta etapa pone énfasis en que “la adolescencia es *inopia*,

sumamente frágil” (Dolto, 1988, p.7). El joven se opone a todas las leyes, porque le ha parecido que alguien que represente la ley no le permitirá vivir. Es un momento de extrema fragilidad, los adolescentes se defienden contra los demás mediante la depresión o por medio de un negativismo que agrava más las cosas.

Al igual que el psicoanalista Marcos Focchi, Dolto plantea la adolescencia como un umbral entre la infancia y la adultez, con la aparición de otros intereses. Aunque Focchi va un poco más lejos diciendo que los ritos ayudan a descubrir y salir de un mundo de la infancia para entrar a la adultez. Él se pregunta sobre qué condiciones contemporáneas regulan el pasaje del umbral de la adolescencia, ya que la verdad es un regulador que cae. Esto es así dado que el descubrimiento de la verdad se combina con los efectos de desidealización, de la caída de las apariencias detrás de las cuales se revela una realidad degradada o inmoral o una melancolía intensa. La literatura moderna nos ofrece ejemplos de cómo es este pasaje del umbral desde la desconsiderada felicidad infantil hacia la responsabilidad adulta. Pinocho - dice Focchi- da un vuelco en la posición, donde pasa de ser un niño protegido por su padre a ser aquel que -ante la posibilidad de la muerte del padre y el reconocimiento de la falibilidad del mismo- lo protege. En ese momento, la marioneta se convierte en un niño de verdad. Aquí nos encontramos con una reconciliación, con un encuentro con la realidad y con la necesidad de hallar una solución. Pinocho ilustra el pasaje del umbral de la adolescencia.

Por lo tanto, Focchi dice: “Pinocho, al indicar el pasaje del umbral de la adolescencia, sigue un camino más cercano que aquel que Lacan sugiere en su comentario de *Despertar de la primavera*, texto empapado de la realidad más cruda que nos da los elementos para tomar las cosas desde otra perspectiva” (2013, p. 4).

Y Lacan en *El despertar de la primavera*, lo que trata de develarnos no es un mundo detrás del mundo sino la realidad de la ausencia de la relación sexual. Lo que se revela es la caída de los semblantes: “a lo real uno no se adapta, a lo sumo se acostumbra”, dice Lacan {Lacan 1974} 2005 Los adolescentes de la obra descubren la brutalidad del sexo, la hipocresía burguesa de los adultos, la falla, la vergüenza. No es necesario creer en los semblantes para seguirlos. Focchi dirá que la adolescencia -como el enamoramiento- reabre posibilidades, aquellas que la rutina de la vida se ocupa de sellar. Aquí podemos ubicar claramente que comparte el concepto de Lacan de *despertar*.

El pasaje por el umbral desde lo estático está ritualmente codificado en las sociedades modernas. La escasez de los ritos y las costumbres se traduce en la desorientación de los adolescentes, según señalan hoy Jacques Alan Miller y Damasia de Freda. El mundo tiene sentido porque hay un mundo invisible detrás del visible, del cual constituye el fundamento y principio. El umbral de la adolescencia -dice Focchi- termina con la integración del individuo en comunidad, con los valores que ahora conoce y comparte. Hacer caer el velo de los ojos puede querer decir también descubrir el amor. Pasar por el umbral de la adolescencia en el mundo desmoralizado significa despojar a la infancia de su magia y de su inocencia, verla desvanecerse. Focchi dice que “la adolescencia es el momento constitutivo de los síntomas, porque es el tiempo del encuentro con la realidad como apertura de lo posible, que deja marca. Tenemos que ver el hecho de que los recuerdos encubridores son el modo freudiano de decir el *sinthome* (concepto lacaniano del seminario XXIII), la marca que deja el pasaje por el umbral, con el cual el sujeto podrá identificarse o no. Podrá gozar o sufrir” (Focchi, 2013, p. 6).

El balbuceo

Jacques Alan Miller, que señala que la definición de adolescencia no se encuentra en Lacan y que tampoco hay una definición unánime, coincidiendo con la posición de Dolto y de Focchi antes citados. “Se sabe dónde comienza la adolescencia, no se sabe dónde termina, excepto confiar en lo que dice la sociedad” (Miller, 2015, p. 9). La metamorfosis de la pubertad tiene un efecto de corte entre la infancia y la edad adulta. No obstante, Miller plantea que allí donde había un corte ahora nos encontramos con un intervalo eterno, indefinido. Ese balbuceo, ese intervalo, ese tiempo para comprender -dice Miller- es lo que llamamos *adolescencia*. Para él, “la adolescencia es el fracaso de la metáfora de la pubertad. El incumplimiento simbólico de esta metáfora abre una inflación imaginaria. La adolescencia es la metonimia infernal en la que se precipitan los jóvenes de las sociedades modernas que sustituyen la tradición por la industria, el reino de la producción y el consumo” (Miller, 2015, p. 10).

Ese autor enfatiza lo necesario de la presencia de un rito en la sociedad, ya que la falta de esto denuncia el no saber, coincidencia con lo planteado por los anteriores psicoanalistas. El rito ubica la metamorfosis del cuerpo y de la imagen de sí que determina la vida. Coloca lo

más íntimo dentro de lo público. El rito hace nudo, nudo de tres, borromeo, de lo real, simbólico e imaginario. La ausencia de este -dice el autor- estanca al sujeto, que queda suspendido. Las manifestaciones clínicas de esto son la procrastinación y el aplazamiento del tiempo de concluir y, como consecuencia, la segregación de la adolescencia y la constitución de una subcultura. Miller sugiere “nunca infantilizar al joven ni al niño, más bien adultizarlo, dirigirse al adulto que hay en él, apostar a que no demanda más que tomar la palabra” (Miller, 2015, p.12).

Desorientados

Respecto del adolescente contemporáneo, Damasia Amadeo de Freda dice: “hoy en día la clínica nos plantea una cosa realmente distinta ya no se trata entre la elección entre la homosexualidad y heterosexualidad si no sobre la desorientación sexual” (Freda, 2015, 16). Y esta desorientación está en todas partes. Se pone en relieve un pasaje que va desde la reducción de la importancia de la significación edípica a nuevas formas de subjetividad. El adolescente freudiano sabe lo que quiere: “sacarse al padre de encima” (Freda, 2016, p.17). “Y el lacaniano es el que se despierta o el que tiene que hacerse un padre, un padre a la altura misma de su fracaso” (Freda, 2015, p.16). La autora hace un recorrido en su libro sobre las diferencias entre el adolescente freudiano y el lacaniano.

Al igual que la Helene Del Thombe en su libro *Le enjeux de L'adolescence* (2012), ella piensa a la adolescencia como un momento *charniere*, un momento crítico, un momento interesante para permitirse la experiencia del psicoanálisis. Del Thombe piensa que es un momento de dificultad para desprenderse de la infancia, es un momento de transición, un momento de saber elegir, de la angustia de devenir, también de poder salir y de poder correrse de los excesos. Es un tiempo de reencontrarse y un tiempo de poder *prendre les temps de parler*, tomar la palabra. El adolescente corre el riesgo de caer en un callejón sin salida, pero tiene todas las oportunidades frente a él dice la autora.

1.2. Sexualidad y cuerpo en la adolescencia

Jacques Lacan: el despertar

Lacan va a situar en la obra *El despertar de la primavera* (1891) de Wedekind que el

despertar sexual es diferente para cada sujeto, como una construcción de una singularidad. “notable por haber sido puesto en escena como tal, es decir, para demostrar allí no ser para todos satisfactorio, hasta confesar que, si eso fracasa, es para cada uno” ([Lacan,1974] 2016, p. 587).

Es un tiempo para comprender, lo que lleva para cada uno en relación a su propia sexualidad. Introduce el enigma que constituye el inconsciente para el sujeto por lo que entra en juego el proceso de iniciación sexual en la adolescencia. Esto implica su posición de respecto al goce, identificación a un sexo y elección de objeto. En el prefacio de *El despertar de la primavera*, Lacan comienza diciendo que va ser ortodoxo como Freud. Se pregunta de qué se trata hacer el amor y la respuesta la encuentra a través del saber inconsciente, ya que con los sueños se despiertan los fantasmas sexuales de la infancia. Como Sigmund Freud nos relata en *Metamorfosis de la pubertad*, estos le sirven al sujeto para poder orientar su elección de objeto en la pubertad.

Tomando la lectura que hace Doménico Cosenza en su artículo *La iniciación en la Adolescencia entre el mito y estructura* (2012), vemos cómo reformula los dos tiempos lógicos en el proceso de la sexualidad formulados por Lacan del siguiente modo: “la elevación del papel sexual a nivel inconsciente, en este tiempo nos dice: sería donde para el adolescente, hay relación sexual, para la cual es representable en una escena en la que él está incluido y un segundo lugar en que el velo levantado (sobre el misterio de la sexualidad) no muestra nada” (Lacan, 1974, p. 588). Otra manera de decirlo -dirá Cosenza- es que “la sexualidad hace agujero en lo real” (2012, p.72), un tiempo en el cual el adolescente experimenta que el goce es irreductible y no hace relación. Guillermo López nos dirá que, si bien el fantasma se conforma en la infancia, su uso queda suspendido hasta la pubertad: “el despertar sexual produce una vacilación fantasmática” (2019, p.19).

La pérdida del velo alrededor del enigma de la sexualidad no puede no resentirse sobre la relación del adolescente contemporáneo con el sexo. Además de la visible decadencia del nombre del padre, esta dificultad para hacer enigma pone al adolescente contemporáneo en un callejón sin salida en el proceso de sintomatización de la pubertad. Por ello, Doménico Cosenza sostiene que “podemos situar ante todo una dificultad del adolescente contemporáneo al situarse en el primer tiempo de la iniciación sexual, es decir, en el

encuentro del sujeto con el sexo como enigma inconsciente representable de otra escena” (2012, p. 71). La primera dificultad es hacer existir un Otro del Otro en un mundo donde el inconsciente tiene un rechazo muy grande, lo cual le quita al sujeto un valor enigmático. Pero esta ausencia -nos dice Cosenza- “nos trae un perjuicio del modo de encuentro” (2012, p.73). Sobre este mismo asunto, Miller dice que “sin velo, sin ideal, no hay trauma subjetivable” (2005, p.40). ¿Cómo alguien puede llevar a cabo su subjetividad en estas condiciones, con la ausencia del Otro que funcione como garantía?, se pregunta el autor. Para los adolescentes, pueden quizás los síntomas representar paradójicamente una tentativa desesperada para hacer existir la relación sexual, para construir un otro de otro. “El problema de los adolescentes de hoy con respecto al sexo se presenta para Cosenza a la inversa de la mirada de las épocas precedentes” (2012, p.74). Es decir, no se trata de levantar el velo del misterio del sexo después de haberlo construido. De lo que se trata es de introducir un velo, de permitir la fantasmaticización que limita, de poner una mediación.

Alexander Stevens en su conferencia *Nuevos síntomas en la adolescencia* (2011) plantea que los síntomas evolucionan, pero la relación al fantasma queda fija. La relación al goce, al objeto pulsional, cambia mucho menos. Los nuevos síntomas en la adolescencia presentan el interés que podemos ver en el movimiento que concierne al goce. Por ejemplo, la toxicomanía, la anorexia, la bulimia y la violencia. Estos síntomas están menos vestidos de la envoltura significativa. Pueden extenderse en la vida entera del sujeto como una forma de goce organizado.

“Entonces, en aquel momento yo presentaba en aquel texto a la adolescencia como siendo la forma sintomática de respuesta del surgimiento de lo real que es la pubertad. Ahora bien ¿cuál es o qué es este *Real* de la pubertad? Se podría decir un empuje hormonal en el sentido de la investidura de un nuevo órgano fuera del cuerpo: la libido -es Lacan quien decía que la libido es “un órgano fuera del cuerpo”-, pero el empuje hormonal en la medida en que está marcado por el lenguaje, no es el empuje biológico” (2011, p.2).

El despertar de lo real del sexo en la pubertad es traumático en sí mismo y pone a prueba la estructura psíquica de los jóvenes. Es un momento donde se pone en juego lo más singular de cada sujeto y donde se verá qué cuenta cada uno para poder empezar a jugar en la vida. Al decir *jugar* se hace alusión a con qué orden podrán contar.

1.3. El desasimiento o declinación del nombre del padre

La novela, el tiempo necesario

Sigmund Freud dice en su artículo *La novela familiar de los neuróticos* (1909) “para el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias -pero también más dolorosas- del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida” ([1909, p. 217] 1975). Sigue diciendo que el progreso de la sociedad depende de esa oposición. Para los niños pequeños, los padres o los adultos que se ocupan de su crianza son el comienzo de toda autoridad, va a decir Freud. Y cuando avanza en su desarrollo va ir tomando la noticia, poco a poco, y va a conocer a otros padres y compararlos. En el texto el también pondrá énfasis en las fantasías de los neuróticos dirá: “la fantasía del niño se ocupa en la tarea de librarse de los menospreciados padres y sustituirlos por otros, en general unos de una posición más acomodada” ([1909, p.218] 1975). El púber va viendo las verdaderas cualidades de sus padres y encuentra mucha diferencia con ese al cual se identificó. Freud nos dirá que el púber va reemplazar al padre actual por el que imagino en su infancia, lo que le demostrará que en dicha fantasía recuperar a su padre de la niñez.

En su artículo de 1920 *Psicología de las masas y análisis del yo* y en su otro artículo *El yo y el ello* de 1923, Sigmund Freud ubica la identificación al padre como un proceso ideal, directo e inmediato, anterior a toda otra carga de objeto. En toda su obra nos mostró la imposibilidad de poder pensar en sobrepasar al padre y de ir más allá de él.

El declive

Por lo tanto, aquí se plantea con la dificultad que se encuentran los adolescentes hoy en la era del declive de la función paterna. Ya Françoise Dolto en 1988 en su libro *La causa de los adolescentes* dirá: “Los padres dejan de ser un valor de referencia” (1988, p. 30), su palabra queda degradada. En el contexto de este trabajo, se pueden establecer dos padres: el padre freudiano y el padre lacaniano.

Siendo considerada esta una era post-paternal por quienes aseguran que los padres han desaparecido, el psicoanálisis trata de ubicar la importancia del padre para los diferentes

sujetos, ya que es el fin del padre como figura de la autoridad, de la tradición, del patriarcado, es el ocaso del padre de la ley. Sería una “paternidad difractada, definida por normas eminentemente variables, que convendría especialmente a las nuevas disposiciones de las familias recompuestas”, dice Eric Laurent (2018, <https://youtu.be/j-Y89VofHo>). Nos encontraríamos además con un padre devaluado ante la presencia de unas nuevas figuras. Incluso el padre ha sido reducido a ser un espermatozoide, a un objeto (función, lugar) del que se puede prescindir.

Lacan va reformular la idea freudiana de padre según la cual el modelo de dios es el padre, va a pensar la idea de la primera identificación fundamental del amor al padre y va a decir que la premisa “todo padre es dios” debe estar acompañada de la condición de que, en su existencia, “ningún padre sea dios”. Se verifica que “todo padre es dios” a condición de verificar la inexistencia de tal padre. Eric Laurent (2018, <https://youtu.be/j-Y89VofHo>).

Desde el comienzo de su obra, Lacan le da importancia al lugar de padre como articulador de la estructura. Damasia de Freda se pregunta en su libro: “¿esa es la idea que Lacan tiene de la estructura?” (2015, p. 49). “Sabemos -dice la autora- que a Lacan le interesa la particularidad, lo singular el caso por caso, le interesa descompletar la estructura y el caso por caso, encontrar el sujeto que hay allí” (2015, p. 52). Lacan advierte sobre la fundición del nombre del padre y su decadencia, en *Los complejos familiares en la formación del individuo* (1938).

Damasia Amadeo de Freda plantea una rebeldía dentro del Edipo, a lo que denomina *rebeldía dentro de la desorientación*, una rebeldía fuera del otro. También señala que la operación edípica le permite a Freud destacar los movimientos de la sexualidad, por lo que la sexualidad en los adolescentes no es independiente del pasaje por el complejo de Edipo.

La clínica con los adolescentes en la actualidad plantea una cosa realmente distinta: ya no se trata entre la elección entre la homosexualidad y heterosexualidad sino sobre la desorientación sexual. Se pone en relieve un pasaje que va desde la reducción de la importancia de la significación edípica a nuevas formas de subjetividad.

El adolescente freudiano sabe lo que quiere: sacarse al padre de encima y el Lacaniano es el que se despierta, o el que tiene que “hacerse un padre, un padre a la altura misma de su

fracaso” (2015, p. 47) Damasia de Freda hace un recorrido en su libro sobre las diferencias entre el adolescente freudiano y el lacaniano respecto de la modificación de la idea de padre en la adolescencia. Así, la autora ubica en la misma vida de Freud un pasaje necesario a la emancipación de la adolescencia y la entrada a la vida adulta y plantea que los principales temas que debe afrontar el adolescente es elección de una profesión, autoerotismo y cuestionamiento al padre.

Al igual que Françoise Dolto, Freda resalta la importancia que tienen los educadores en la vida de los adolescentes y lo fundamental que pueden ser en las identificaciones: “la aptitud del niño llegado a la pubertad está caracterizada por una lucha interna por abandonar las identificaciones con el padre y destituirlo del lugar de ideal, para así dar lugar a las nuevas identificaciones y los nuevos ideales representados por las figuras de la educación. Dicho momento se basa fundamentalmente en la rebeldía y la ambivalencia y se manifiesta en el cuestionamiento al padre, en su destitución en cuanto garante más importante, hasta ese momento, de la verdad del niño” (Dolto, 1988,9). Dolto plantea en su texto *La causa de los adolescentes* la crisis de la adolescencia como solidaria del abandono de identificaciones sólidas y bien consolidadas. Este momento implicaría el pasaje de las identificaciones endogámicas a exogámicas impuestas por la cultura.

Adolescencia prolongada

Philippe La Sagna en su artículo *Adolescencia prolongada de ayer, hoy y mañana* (2012, p. 32): “en la actualidad se considera jóvenes adolescentes a quienes tienen entre los 14 y 25 años. Generalmente, se piensa que la salida de la adolescencia es también una entrada en la vida activa. El hecho de que los jóvenes permanezcan mucho tiempo en casa de sus padres se debe a distintos factores”. Fundamentalmente, piensa que es por tres razones:

- a) alargamiento de sus estudios;
- b) imposibilidad real de encontrar condiciones para establecerse, es decir, un alojamiento y un trabajo;
- c) ruptura de valores generacionales.

Aquí el autor plantea que no hay una ruptura con las ideologías y los modos de vida de sus

padres. Plantea que hay una continuidad, por lo cual piensa que la vida individual se convierte en un valor. Afirma que “hoy es la familia la que se pone al servicio del individuo” (2012, p. 32). Hoy el individuo se encuentra con que su formación nunca es suficiente ante la escasez de trabajo. Esto nos lleva a una oposición entre la acción y el acto, criterio que permite distinguir a la adolescencia de la madurez. El adolescente moderno es un autoengendrado: “el autoengendrado es siempre también un autodestruido”. Este empuje que tiene la adolescencia de formarse de manera autónoma lo lleva sin saber a autodestruirse. “Hoy se cultiva lo inacabado en sí, de su formación, de su identidad, de su deseo, incluso de su realidad (...) Esto será siempre mejor mañana. El sujeto permanece suspendido en un futuro líquido en el sentido de Zygmunt Bauman” (2012,33)

La flexibilidad que desorienta a los analistas son los fenómenos que se presentan en la clínica con adolescentes y niños. Amparados por el relativismo, ellos invocan a una identidad flotante, móvil y plástica. *¿A qué le llamamos nombre del padre?* podría ser la pregunta. El nombre de padre hay que tenerlo y también hay que saber servirse de él. Es la marca inaugural.

1.4. Los síntomas contemporáneos presentados en la adolescencia

Odio, segregación y racismo

El odio, la segregación y el racismo, si bien hoy se presentan como síntomas, siempre estuvieron presentes en el ser humano. “En gran medida, somos responsables de los nuevos síntomas, lo que supone sin duda también el consentimiento social a la extensión psicoanalítica del síntoma (...) Se puede ser agente de un síntoma social sin verificar un síntoma subjetivo” (Miller, 2005).

Dimensión esencial para Lacan: es preciso creer en él para que haya síntoma, se necesita creer que se trata de un fenómeno que hay que descifrar, que hay que leer algo, eventualmente un origen, un sentido.

El odio desde el principio de la civilización fue una construcción afable de sujeto. Estaba naturalizado, las guerras eran cuerpo a cuerpo donde el enemigo se veía a la cara y el odio que generaba era justificado. Lacan propone leer el odio como una pasión del ser. En efecto,

el odio es, al igual que los otros dos (ignorancia y amor), una vía en la que el ser puede formarse negando el ser del otro. Al insertar el odio en este triángulo, Lacan inaugura su crítica de la noción freudiana de ambivalencia, reconociendo el par amor-odio como la cara única de una banda de Moebius, pero tomando en cuenta que Freud demostró que sus dos aspectos no tienen soporte común. Los tres registros (imaginario, simbólico y real) permitieron situar en lo imaginario el odio nacido del interés que en los celos manifiesta el sujeto por la imagen del rival, la pretensión de la destrucción del otro. El odio asegura, rechazándolo, el ser del otro, lo que conduce, finalmente -en lo social-, a las estrategias de guerra, las venganzas y los crímenes. Se trata del odio "como aquello que se dirige de la manera más sólida al ser que habla" (Miller, 2005)

Dice Lacan que, si seguimos el razonamiento freudiano en *Más allá del principio de placer* (1920), pensaríamos que el goce es un mal, ya que entraña un mal al prójimo. Hay una propensión congénita del hombre a la maldad, a la agresión, a la destrucción. Aquí se plantea el problema del mal, posibilitado por la ausencia de Dios. Los moralistas tradicionales convienen que el placer es un bien y que el uso del bien nos mantendría alejados de nuestro goce, lo que resulta poco evidente en nuestra experiencia clínica. Nada es sin goce. El goce permite mutación y desplazamiento. Se instala a partir del significante. El amor es lo único que permite hacer un lazo entre los individuos. Los lazos que el amor hace, el discurso analítico los esclarece.

Consideraciones sobre el amor

Freud se horroriza frente al mandamiento amaras al prójimo como a ti mismo: en primer lugar, porque el prójimo es un ser malvado y, en segundo lugar, porque el amor propio es algo precioso que no puede ser entregado íntegramente a cualquiera. El amor es concebido por Freud como un bien, pero de este modo –señala Lacan- se obstaculiza el acceso al goce. Por ello, Lacan intenta llevar el asunto un paso más allá: se pregunta por aquello que es más próximo que el prójimo, es decir, se pregunta qué es el goce, ese núcleo de mí mismo al que no oso aproximarme y por qué cuando me aproximo a él despierta en mí agresividad. Y en cambio, por qué la idea del bien no es problemática: ¿por qué suponemos que el mendigo quiere un abrigo y no que terminemos con su vida? Porque, precisamente, el bien es más satisfactorio para quien da que para quien recibe. Es en este punto donde Lacan reflexiona

sobre que pensar en el amor al prójimo nos enfrenta al goce del otro, es decir a aquello que tiene de nocivo o maligno. Esto es lo que propone como el verdadero problema para el amor propio. Para ilustrar, toma ejemplos místicos de santos, quienes hacen sacrificios de modo claramente altruista, tratándose de más allá del principio de placer.

Lacan toma lo que Freud señala del dicho de Empédocles de que Dios debe ser el más ignorante de todos los seres, porque no conoce el odio, ahí liga al amor al saber. No hay amor sin odio (1972, p.110). Por otro lado, Lacan piensa “el amor relacionado con el uno, nunca saca a nadie de sí mismo. Entonces, se vuelve al planteo del problema de cómo puede haber amor por un otro. Ese uno con que todos se llenan la boca es de la misma índole de ese espejismo del Uno que uno cree ser” (Lacan, 1972, p. 61).

Bauman, agregando una mirada filosófica al tema en el capítulo “Sobre la dificultad de amar al prójimo” de su libro *Amor líquido* (2005), postula que el mandamiento “ama a tu prójimo como a ti mismo” es completamente irracional. ¿Por qué debería amarlo? ¿Qué beneficio me traería? ¿Qué hizo el otro para merecer mi amor? El amor al prójimo requiere un salto hacia la fe. Sin embargo, el resultado es la humanidad y el paso del instinto de supervivencia a la moralidad. El amor propio se relaciona con el instinto de supervivencia, nos impulsa a aferrarnos a la vida. Por ello, puede llevarnos a rechazar una vida que no está a la altura de nuestro amor y que, por lo tanto, resulta indigna.

“En suma, para sentir amor por uno mismo, necesitamos ser amados. La negación del amor -la privación del status de objeto digno de ser amado- nutre el autoaborrecimiento. El amor a uno mismo está edificado sobre el amor que nos ofrecen los demás. Si se emplean sustitutos para construirlo, puede haber una semejanza por fraudulenta que sea, de ese amor. Los otros deben amarnos primero para que podamos empezar a amarnos a nosotros mismos” (Bauman, 2005, p. 108).

La pregunta acerca de cómo se manifiestan hoy estos síntomas en la pubertad o en la adolescencia queda abierta. Una de las maneras es el bullying y tiene una particularidad que son las motivaciones que dan lugar a la violencia, que generalmente está muy vinculada a una segregación respecto de lo diferente en el otro. “En una época se restringía a las burlas (“el gordito”) y el rasgo diferencial permanecía limitado a cierta burla o chiste. El bullying

es otra cosa: apunta a la destrucción del otro. Apunta a destruir lo propio del otro, desde los insultos hasta la violencia física o el cyberbullying” (Freda, Pagina 12, febrero 2021).

La variedad de medios de comunicación que encuentran hoy los púberes y adolescentes, ej. las redes sociales, son un lugar por donde el odio se puede desplegar mucho más.

Frente a la desorientación que se encuentra el adolescente, una de las orientaciones que encuentran está en los grupos de pertenencia bajo un nombre, la identificación. El bullying, odio, la segregación es uno de ellos. Entonces, la ideología que está en juego en ellos y en los espectadores o en los que avalan el odio o maltrato no es tanto porque estén de acuerdo en todos los casos en su conjunto sino por el peligro o la inquietud que podría suscitar quedar fuera del grupo.

CAPÍTULO 2: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SINGULARIDAD EN LA ADOLESCENCIA

Encargo

*No me des tregua, no me perdones nunca.
Hostígame en la sangre, que cada cosa cruel sea tú que vuelves.
¡No me dejes dormir, no me des paz!
Entonces ganaré mi reino,
naceré lentamente.
No me pierdas como una música fácil, no seas caricia ni guante;
tállame como un sílex, desespérame.
Guarda tu amor humano, tu sonrisa, tu pelo. Dalos.
Ven a mí con tu cólera seca de fósforos y escamas.
Grita. Vomítame arena en la boca, rómpeme las fauces.
No me importa ignorarte en pleno día,
saber que juegas cara al sol y al hombre.
Yo te pido la cruel ceremonia del tajo,
lo que nadie te pide: las espinas
hasta el hueso. Arráncame esta cara infame,
oblígame a gritar al fin mi verdadero nombre.*

Julio Cortázar

El recorrido del presente capítulo tomará como punto de partida los conceptos de *sujeto* y *singularidad* para mostrar la labilidad de los mismos en el momento de su constitución durante la adolescencia, presentándose en la actualidad como un momento crucial, un punto de inflexión en el desarrollo del ser humano, donde surgen inquietudes a pensar, como: cuáles son los modos de intervención del otro en la actualidad, en este armado de una singularidad, ya que -en la época actual- la precariedad de los lazos sociales lleva a una soledad muy cruda y angustiada.

Como indica Miguel Bassols, "la angustia está al orden del día, y el síntoma no encuentra fácilmente un agarradero para dirigirse al Otro, al Otro del saber y de la transferencia. La angustia es hoy la "epidemia silenciosa", la señal que se propaga y que indica en el sujeto la proximidad del objeto de la pulsión imposible de identificar. La angustia aparece precisamente cuando cae el avatar con el que el sujeto se intentaba representar en el lugar del Otro" (Bassols, 2017, p. 2). Además, el autor sigue señalando cuál es el malestar con el que deben enfrentarse los jóvenes hoy y dice: "Hoy advertimos que los jóvenes están compelidos a inventarse a sí mismos, ¿de qué forma constata usted en su práctica este esfuerzo de invención? *Inventarse a sí mismo* es ya una expresión en la que conviene detenerse. Si hay que inventarse a sí mismo es porque no hay un *sí mismo* dado de entrada, no hay nunca un sujeto idéntico a sí mismo" (Bassols, 2017, p. 2).

Aquí se puede ubicar la dificultad, en la adolescencia, para construirse una singularidad. Desde siempre y a lo largo de los tiempos, el ser singular, diferente y particular fue visto como un problema y, en algunos casos, como causal de segregación, exclusión. El Sujeto se constituye a partir del Otro. Para Lacan, hay un ser viviente y el encuentro con el Otro, con el lenguaje, da como resultado *un* sujeto. "He aquí lo que podría decirse que es su célula elemental (grafo 1). Se articula allí lo que hemos llamado *el punto de basta* por el cual el significante detiene el deslizamiento, indefinido si no, de la significación (Lacan: 1987, p. 785).

Aquí como primera instancia ubicamos al lenguaje como pre-existente a la idea de un sujeto. "Esta simple definición supone que el lenguaje no se confunde con las diversas funciones somáticas y psíquicas que le estorban en el sujeto hablante. Por la razón primera de que el lenguaje con su estructura pre-existe a la entrada que hace en él cada sujeto en un momento de su desarrollo mental" (Lacan, 1956, p. 475). Aquí queda claro que el sujeto no es el *yo*, el sujeto del inconsciente tiene mayor jerarquía que la conciencia, y es donde el psicoanálisis se ubica más allá de la razón. Remitiéndonos a una breve contextualización histórica, cabe mencionar que -previo al Renacimiento-, en la Edad Media, la cosmovisión era teocéntrica. A partir del Renacimiento, Dios sale del centro de la escena para dar lugar a un antropocentrismo centrado en la razón. Ese sujeto de la razón es el que será cuestionado por el Psicoanálisis.

“Pienso, luego existo (cogito ergo sum), no es sólo la fórmula en que se constituye, con el apogeo histórico de una reflexión sobre las condiciones de la ciencia, el nexo con la transparencia del sujeto trascendental de su afirmación existencial. Acaso no soy sino objeto y mecanismo (y por lo tanto nada que fenómeno), pero indudablemente -en cuanto que lo pienso, existo-absolutamente” (Lacan, 1985, p.496). Lo que interesa a Lacan en el cogito de Descartes, es, entre otras, esta noción de sujeto que se puede deducir de allí. Esta categoría de sujeto constituye a los ojos de Lacan la piedra angular de toda elaboración científica: “(...) la noción de sujeto”, escribe, “es indispensable al mantenimiento de una ciencia como la estrategia en el sentido moderno, cuyos cálculos excluyen todo subjetivismo”. Eludirla, es también prohibirse el acceso a lo que puede llamarse el universo de Freud. como se dice el universo de Copérnico. En efecto, Freud mismo comparaba su descubrimiento con la revolución copernicana subrayando que estaba en juego una vez más el lugar que el hombre se asigna en el centro de un universo. ¿Es el lugar que ocupo como sujeto del significante, en relación con el que ocupo como sujeto del significado, concéntrico o excéntrico? Ésta es la cuestión. No se trata de saber si hablo de mí mismo de manera conforme con lo que soy, sino si cuando hablo de mí, soy el mismo que aquel del que hablo. No hay aquí ningún inconveniente en hacer intervenir el término "pensamiento", pues Freud designa con ese término los elementos que están en juego en el inconsciente; 'es decir en los mecanismos significantes que acabo de reconocer en él...'” Lacan (1956, pág., 497)

“...Pienso donde no soy, luego soy donde no pienso. Palabras que hacen sensible para toda oreja suspendida en qué ambigüedad de hurón huye bajo nuestras manos el anillo del sentido sobre la cuerda verbal. Lo que hay que decir es: no soy, allí donde soy el juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar.” J. Lacan (1956 Pág. 498). Aquí, Lacan tomando el cogito cartesiano hace una diferenciación entre el *yo* y el sujeto del inconsciente.

También Lacan en el mismo texto nos ubica en la importancia del Otro en la constitución de un sujeto. La vida de un sujeto no es sin el Otro. “¿Cuál es pues ese Otro con el cual estoy más ligado que conmigo mismo, puesto que en el seno más asentido de mi identidad conmigo mismo es él quien me agita? Su presencia no puede ser comprendida sino en un grado segundo de la otredad, que lo sitúa ya a él mismo en posición de mediación con relación a

mi propio desdoblamiento con respecto mí mismo, así como con respecto a un semejante. Si dije que el inconsciente es el discurso del Otro (Autre) con una A mayúscula, es para indicar el más allá donde se anuda el reconocimiento del deseo con el deseo del reconocimiento. Dicho de otra manera, ese otro es el Otro que invoca incluso mi mentira como fiador de la verdad en la cual él subsiste. En lo cual se observa que es con la aparición del lenguaje como emerge la dimensión de la verdad”. (Lacan, 1956, p. 505).

En Freud, en *Introducción al narcisismo*, encontramos lo que él llama “un nuevo acto psíquico” que se sitúa entre el autoerotismo y el narcisismo, y la hiancia que hay entre ambos da la constitución del sujeto: “es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por lo tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya [Freud, 1914, p. 74 (2010)]. Lacan retoma de Freud el concepto de esta nueva acción psíquica y, en el Seminario I, hace un desarrollo al que denomina “esquema del espejo” donde muestra cómo es la constitución del yo.

“Ahora bien, es cierto que hay momentos cruciales en la vida en los que esta división [subjetiva] se pone más al descubierto y exige el recurso a un significante con el que identificarse. Y si no está ahí, hay que inventarlo. La pubertad es sin duda uno de estos momentos ya que es entonces cuando el sujeto debe poner patas para arriba algunas identificaciones anteriores para construir otras nuevas que hagan posible una respuesta más o menos factible a la cuestión del goce, del goce sexual en primer lugar (...)” (Bassols, 2017, p. 2).

Estas identificaciones nuevas a las que se recurre para poder reinventarse deben tener una base en la niñez y no es sin ellas que el sujeto se constituye. Cuando se hace un recorrido del texto de Freud de *Tres ensayos de la teoría sexual*, se puede ubicar cómo siempre da cuenta de la existencia de una matriz, un punto de partida de la infancia como si fuera el cimiento de un edificio, cuya base debería ser de concreto para poder seguir creando y creciendo. Como ubica Lacan, es en el encuentro con este significante del Otro, donde esta insondable decisión del ser se pone en juego. La función del Padre, como se refirió en el capítulo anterior, se presenta con una gran precariedad. Ante todo este panorama, la construcción de la

singularidad es un desafío al que los jóvenes de hoy se enfrentan.

2.1. Sujeto en la teoría freudiana

La construcción de la noción de sujeto en tanto concepto psicoanalítico se puede ir ubicando en la literatura freudiana. Por ejemplo, en el recorrido teórico que hace Freud acerca de la defensa ante la castración o de la pulsión se trasluce una idea de sujeto pese a que dicha idea no se encuentra explícita. También, cuando se retoma una lectura atenta y minuciosa de la obra freudiana, esta puede dar cuenta de un sujeto, de forma velada, en *Más allá del principio de placer* o en la tríada entre el yo -ello- super yo, entre otros ejemplos. Para mayor claridad: se puede observar la existencia de un proto-concepto de “sujeto”, que aún no se ha ganado su estatuto de concepto, puesto que Freud no hace una elaboración conceptual de lo que es el sujeto, aunque contornea esta idea a lo largo de su obra.

Según Lacan, Freud influido por el cientificismo de su época, cuando busca interpretar los sueños, coincide con un pensamiento arcaico: “Cuando se interpreta un sueño, estamos siempre de lleno en el sentido. Es la subjetividad del sujeto, sus deseos, su relación con su medio, con los otros, con la vida misma” (Lacan, 1992, p. 12). En esta frase, Lacan orienta a pensar cómo en la interpretación de los sueños Freud queda ubicado del lado de las teorías de la época buscando un sentido al sueño, lo cual deja por fuera la idea de sujeto (construcción descontextualizada para su tiempo).

En el Seminario 1, Lacan propone un recorrido sobre cómo los conceptos poseen un orden original de realidad: “Las primeras denominaciones surgen de las palabras mismas, son instrumentos para delinear cosas... toda ciencia permanece largo tiempo en la oscuridad enredada en el lenguaje” (Lacan, 1992, p.12). En este Seminario va mostrando cómo la idea de sujeto en Freud está y se va contorneando.

Previo a Lacan, ya Nietzsche habla acerca de la complejidad que supone el surgimiento de los conceptos: “en la construcción de los conceptos, trabaja originariamente el lenguaje; más tarde la ciencia. Y así como la abeja construye las celdas y simultáneamente las rellena de miel, así también la ciencia trabaja sin cesar en ese gran columbarium de los conceptos”. En

este sentido, se puede pensar que Freud fue construyendo sus “celdas” conceptuales (ej.: interpretación de los sueños, pulsión, súper yo, etc.) y Lacan vendría a rellenarlas de “miel”, es decir, iluminar estas categorías a partir de su concepción de sujeto.

Tomando toda esta construcción de la idea de concepto, palabra, hombre, Lacan considera en este seminario que la noción de sujeto en sí mismo es un mal uso del lenguaje. Va a establecer una diferencia entre el sujeto y el yo, entre el sujeto del inconsciente y el yo, entre el *je* y el *moi*. Más allá de la búsqueda de sentido, Freud busca redescubrir el terreno de la razón. Lacan dirá que Sigmund Freud estaba muy comprometido en la investigación de una verdad, entiendo por ésta, a una recopilación de datos bibliográficos, históricos, en los cuáles él pensaba que haciendo consciente lo inconsciente algo del orden del síntoma se resolvería. Él pensaba el síntoma como sentido. Más adelante, en su obra, él dirá que hay algo que va más allá de todo eso, pero en un primer momento, él está preocupado por encontrar el sentido. Esta indagación llegaba hasta su persona y, con sus pacientes, cada una de las relaciones era muy singular. “El primer año de mi seminario, consagrado a los escritos técnicos de Freud, consistió esencialmente en introducir la noción de la función de lo simbólico como la única capaz de explicar lo que se puede llamar determinación del sentido, en tanto que esta es la realidad fundamental de la experiencia freudiana. Como la determinación del sentido es, en este caso, nada más y nada menos, una definición de la razón. Les recuerdo que esta razón se encuentra en el principio mismo de la posibilidad de un análisis. Precisamente, porque algo ha quedado anudado con algo semejante a la palabra y el discurso puede desanudarlo” (Lacan, 1998, p.12).

“Ciertamente, el psicoanálisis como ciencia, es una ciencia de lo particular. La realización de un análisis es siempre un caso particular, aun cuando estos casos particulares, desde el momento en que hay más de un analista, se presten, de todos modos, a cierta generalidad. Pero con Freud la experiencia analítica representa la singularidad llevada a su límite, puesto que él estaba construyendo y verificando el análisis mismo (...) Sin duda, el método se deduce a partir de allí. Pero solo es método para los demás: Freud no aplicaba un método. Si descuidáramos el carácter único, inaugural de su proceder, cometeríamos una grave falta. El análisis adquiere un valor aún más singular” (Lacan, 1992, p.40).

Comienza aquí a delinearse la idea de singularidad y la de sujeto, tanto para Freud como para

Lacan. En este primer Seminario, Lacan recupera el rol inaugural que cumple Freud para el discurso psicoanalítico, pero al mismo tiempo construye su teoría sobre este discurso. En cuanto a ciertas conceptualizaciones que Freud realizó, Lacan fue ubicando cuál era su idea de sujeto. Así, dice que Freud considera al discurso como una realidad en cuanto tal, como un expediente, como una historización. Si bien había una búsqueda de lo particular, pues escuchaba a un individuo, escuchaba su historia, no se ponía en palabras la idea de la subjetividad.

Para saber dónde está el soporte material, biológico, Freud considera resueltamente el discurso como una realidad en tanto tal, una realidad que está allí, legajo, conjunto de pruebas como suele decirse, haz de discursos yuxtapuestos que se recubren unos a otros, se suceden, forman una dimensión, un espesor, un expediente. “Freud no disponía aún de la noción, aislada como tal, de soporte material de la palabra. Hoy, habría tomado, como elemento de su metáfora, la sucesión de fonemas que componen parte del discurso del sujeto. Diría que la resistencia que encontramos es tanto mayor cuanto más se aproxima el sujeto a un discurso que sería el último y el bueno, pero que rechaza de plano”. (Lacan, 1992, p.42).

El inconsciente a partir de Freud, dirá Lacan, es una cadena de significantes que, en algún sitio, se repite e insiste para interferir en los cortes que le ofrece el discurso efectivo y la cogitación. “Una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje ¿qué clase se sujeto puede concebirse?” (Lacan 1987, p.779).

En su escrito “*Subversión del sujeto y Dialéctica del deseo*”, Lacan retoma la concepción de Sujeto, y lo vincula a la enunciación. Lacan va a hacer un recorrido y se va preguntar: a fin de cuentas, de la *interpretación de los sueños* hasta este periodo que he calificado de intermedio, ¿qué es lo que me fue originariamente reprimido? Es, una vez más y como siempre, el pasado. Un pasado antiguo, dirá.

“En el hombre de los lobos, donde Freud plantea la pregunta *¿qué es el trauma?*, se da cuenta que el trauma es una noción sumamente ambigua, ya que de acuerdo con la evidencia clínica su dimensión fantasmática es infinitamente más importante que su dimensión de acontecimiento. El acontecimiento entonces pasa a un segundo plano en el orden de las referencias subjetivas. En cambio, la fecha del trauma sigue siendo para él, un problema que

conviene conservar diciendo que solo la perspectiva de la historia y el reconocimiento permite definir lo que cuenta para el sujeto.” (Lacan 1992, p.43).

Se puede ubicar en los dichos de Lacan que lo que le faltó a Freud para poder desprenderse de la idea de acontecimiento fue poder situar el sujeto, a la singularidad que tiene la elección fantasmática. Como se refirió anteriormente, Freud fue delimitando la idea, ablandando el camino para los posteriores pensadores. “Así es como procede Freud. Cuando no sabe a qué santo encomendarse para obtener la reconstrucción del sujeto, lo atrapa de todos modos con la presión de las manos sobre la frente y enumera todos los años, todos los meses” (Lacan, 1992, p.63). Confía en la historización del sujeto: “el centro de gravedad del sujeto es esta síntesis” (Lacan 1992, p.63). Lacan se pregunta qué significa que un sujeto asuma sus propias vivencias. ¿Sería dejar al sujeto en segundo plano? Y se pregunta “¿qué pasa con el sujeto del discurso de Freud?” (Lacan, 1992, p. 65).

Por otro lado, retoma grandes textos icónicos escritos por el padre del Psicoanálisis, *Tres ensayos de la teoría sexual* es un texto que hace referencia a la sexualidad infantil y donde aún el autor no tiene ubicada la lógica del Edipo y menciona las diferentes elecciones respecto del objeto sexual o de la meta. Se ubica también al amor como un desvío de la meta. El desvío siempre es respecto del encuentro genital. Y va poniendo sobre la mesa el sujeto que Freud va pensando, un sujeto que comienza con la sexualidad desde la infancia hasta llegar a la metamorfosis de la pubertad.

Freud va bordeando y definiendo la idea de cómo se construye la singularidad. y que esta singularidad comienza a ser firme desde la pubertad, cuando el individuo se enfrenta a diferentes momentos, mencionados como la sexualidad, elección sexual, desasimiento de la autoridad de los padres y elección de un proyecto de vida.

Además, hay tres estructuras clínicas ubicadas por Freud y sistematizadas por Lacan: neurosis, psicosis y perversión. Estas tres estructuras vienen dadas por las formas en el que el sujeto responde a la castración: represión (neurosis), forclusión (psicosis), negación y desmentida (perversión). Dentro de cada estructura hay diferentes posiciones de sujeto. Dentro de la neurosis se encuentra la neurosis obsesiva, la histeria y la fobia. Dentro de la estructura clínica de la psicosis, aparecen la esquizofrenia, paranoia, psicosis maníaco-

depresiva, bipolar y melancolía. Y dentro de la perversión, se encuentran el fetichismo, el sadismo, el masoquismo, exhibicionismo, voyerismo. Además, la perversión como rasgo está presente también en la neurosis o en la psicosis.

Cabe aclarar aquí que la represión se manifiesta en tres instancias: la represión primordial, la represión propiamente dicha y retorno de lo reprimido. Entendemos la primera como la que nunca tendrá acceso a la conciencia, la segunda como la que busca constantemente emerger a la conciencia, pero debe ser rechazada y la tercera como defensa de la castración que trabaja de manera singular de modo que cada uno de estos retornos tiene un destino particular.

Sigmund Freud en su texto *La represión* nos dice: “La experiencia psicoanalítica en las neurosis de transferencia nos impone esta conclusión: la represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad consciente y actividad inconsciente del alma, y su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella. (...) Ahora caemos en la cuenta de que represión e inconsciente son correlativos en tan grande medida que debemos posponer la profundización en la esencia de la primera hasta saber más sobre la composición del itinerario de instancias psíquicas y sobre la diferenciación entre inconsciente y consciente” (Freud, 2010, p. 142)

Pues bien, tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante {Krepresentanz} psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella.

Esto acontece a consecuencia de las propiedades de los procesos inconscientes, que hemos de considerar después La segunda etapa de la represión, la represión propiamente dicha, recae sobre retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que, procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella. A causa de ese vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino que lo reprimido primordial. La represión propiamente dicha es entonces un «esfuerzo de dar caza».

Cada vez que algo se reprime, hay un retorno de lo reprimido. La represión de ese no querer

saber nada de la castración retorna produciendo síntomas. Por lo tanto, dirá Freud: “la represión trabaja de manera en alto grado individual; cada uno de los retoños de lo reprimido puede tener un destino particular” ((1915) 2010, p. 145) y su manera de retornar cambia los resultados.

En la psicosis, el mecanismo es -en términos lacanianos- la forclusión. Es la expulsión de un significante, no su represión. El representante es aquel que nombra esa castración Así, al poder ubicar distintas estructuras psíquicas y su manera a partir de la tramitación de la castración, se ofrece una idea de cómo es el sujeto en cada una de ellas, cómo este sujeto aparece y cuáles son sus rasgos singulares.

2.2. El sujeto laciano

En *Conferencias porteñas*, dice Miller: “el concepto laciano de sujeto no se entiende muy bien (...) Lacan lo usa en muchos sentidos, ya que a lo largo de su obra ha modificado su uso”. La enseñanza laciana empieza en el 1953 con el texto “Función y campo de la palabra”. La noción de sujeto va a ser más relevante que la noción de estructura. Lacan se reconocía como estructuralista, pero no podía pensar la estructura del inconsciente sin comenzar por el concepto de sujeto (...). Hablar de un sujeto del inconsciente parece, al contrario: “el inconsciente implica falta de sujeto”. (...) El concepto de sujeto en Lacan es renovador del concepto del inconsciente mismo. Dicho concepto rompe con la idea de que el inconsciente sería como un continente, donde mediante la investigación podremos encontrar cosas escondidas. Es decir, como si fuera un contenedor de cosas ya hechas. En cierto modo, con el concepto de sujeto de Lacan, se produce una limpieza del inconsciente: lo vacía. El inconsciente de Lacan es un inconsciente vacío a diferencia del freudiano El inconsciente Freudiano de los lapsus, de los actos fallidos. Lo que se produce en un instante, como una fulguración” (Miller, 2009, p. 212).

“A Freud no le interesaban los trabajos de la época, de lingüística y de lógica. En cierto modo, lo que hizo Lacan por las referencias teóricas, fue tomar en cuenta la lingüística y la lógica, porque en sí, el análisis se trata de la palabra, y hay que referirse de una manera electiva a la ciencia de los significantes. Con la palabra se introduce la dimensión de la verdad y de la

mentira, pero todo es diferente de observar cosas hechas” (Miller, 2009, p, 213). Por tal razón, el poder de la interpretación y el lugar tan especial que tiene el goce en el sujeto, dirá Miller. Por lo tanto, el goce tiene su peso, pero el acto de la palabra existe en lo que Lacan llama *Sujeto*, y es esa función que solo se realiza mediante la palabra: “su primera forma de decir eso fue la dialéctica (...), es decir, la posición del sujeto necesitaba de otro sujeto; es necesario reconocer al otro como sujeto para ser reconocido como tal (...) Estos serían los primeros momentos de Lacan” (Miller 2009, p.214). Aquí es donde sitúa que en la palabra el sujeto se realiza. Se realiza -dice- en el relato, en las resignificaciones que permite un análisis. “Lacan señala que el mensaje fundamental le viene del otro, y solo es retomado por el sujeto que habla siempre la lengua del otro, habla siempre al lugar del otro” (Miller, 2009, p. 214).

El significante

Aquí es donde se puede decir que cuando un niño nace siempre habla la lengua de otro: “Ahora bien, nunca esta lengua, la única que estoy condenado así a hablar, en tanto me sea posible hablar, en la vida en la muerte, esta única lengua, ves, nunca será la mía. Nunca lo fue, en verdad” (Derrida, 1997, p.2).

El recorrido que Lacan va haciendo del concepto *sujeto* delinea los conceptos de alienación y separación. La subjetividad es el resultado de un sujeto alienado a los significantes del otro. ¿Cuál es momento inaugural en esto? Cuando se da el encuentro con el Otro, con el deseo del Otro. En el Seminario 3 de Lacan, donde comienza a hablar de la psicosis, nos permite comprender, si no el motor último, al menos el mecanismo esencial de la reducción del Otro, “del Otro con mayúscula, del Otro como sede de la palabra, el Otro imaginario. Es una suplencia de lo simbólico mediante lo imaginario”. Lacan permite comprender los momentos de rareza o extrañeza de lo real que se produce en los momentos de ruptura de ese diálogo del delirio mediante el cual, y solo en él, el psicótico puede sostener lo que llamaremos una cierta intransitividad del sujeto. Si pensáramos el cogito cartesiano, *pienso luego soy*. Aquí quedaría plasmada la dificultad de la psicosis, la reducción del Otro a un vector a , a' . Insistiendo con esta teorización, Lacan ubica la relación de significante y significado y esta relación está condenada a un perpetuo deslizamiento del uno encima del otro. Por lo tanto, él plantea que hay un punto de detención denominado *punto de capitoneo*. Asimismo, Lacan en el mismo Seminario intenta demostrar que no hay objeto salvo metonímico diciendo que el

objeto del deseo es el objeto del deseo del otro y el deseo es siempre deseo de otra cosa. Del mismo modo, “no hay sentido salvo metafórico al no surgir el sentido en la sustitución de un significante por otro significante en la cadena simbólica”. (Lacan, 1998, p.15). En el esquema del grafo 1 del deseo de Lacan, él dirá que es imposible representar en el mismo plano al significante, al significado y al sujeto, de lo que se infiere que el sujeto se constituye con el encuentro con el significante. Más adelante dirá, en el Seminario 16, que un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante.

Miller dirá: “hay una distancia entre lo que se escucha y lo que se dice, a condición que nos entendamos sobre qué quiere decir lo que se dice” (2000, p. 79). Entendiendo que lo que se dice es lo que se comprende, lo que se plantea como un orden entre lo verdadero y falso. También hay una distancia entre lo que se lee y se escribe. Por lo tanto, dirá el autor, la distancia entre el escuchar y el decir, entre el escribir y el decir, es la distancia misma que prepara para nosotros el lugar de la interpretación analítica.

Lacan dice que no se puede hablar de la lengua más que en otra lengua. Todo discurso tiene un efecto adormecedor, salvo cuando uno no lo comprende, entonces despierta. Asociado el despertar a "lo real bajo el aspecto de lo imposible", será en la poética que la interpretación analítica podrá inspirarse con el fin de despabilar y producir un forzamiento del tapón de lo real que es el sentido (Eidemberg, 2014). La lengua acontece al sujeto dejando un trauma en el cuerpo.

Significante, goce, discurso

Lacan elabora en los Seminarios 16 y 17, los cuatro discursos a los que Miller llamará un *gocce discursivo*. “Lacan llamo discurso a la alienación y separación unificados. Este es el valor de esta frase de “Reverso del Psicoanálisis” que hay que entender como: hay una relación primaria de los significantes con el goce” (Miller, 2000, p. 160). Lacan siempre articulo la descripción de una estructura, los significantes, el Otro, la dialéctica del sujeto, y en un segundo momento como la libido era capturada por la estructura. Desde que piensa la idea de discurso, se cambia la relación del significante con el goce. “El significante representa un sujeto para otro significante es una relación que resume la alienación simbólica, pero los

discursos introducen de alguna manera que el significante representa un goce para otro significante. (Miller, 2000, p. 160). Miller nos dice que Lacan no da esta fórmula porque confundiría y piensa que, al representar al goce, el significante falla tanto como el significante que representa al sujeto, ya que queda el conjunto vacío al lado. Por lo tanto, la fórmula primera que nos da Lacan es: “un significante es lo que representa al sujeto para otro significante.” Miller nos dirá que es una definición circular del significante, que además no piensa al significante solo, se trataría de un significante que tiene su valor de representación subjetiva para el otro, es binario. Lacan considera a un S1 incluso como un conjunto de significantes, referidos a otro significante, único. De esta definición circular surge en comienzo una idea de sujeto para Lacan, se llama sujeto: “a lo que es vehiculizado por un significante para otro significante. Dado que ninguna representación identificatoria es completa, esta representación tiende a repetirse” (Miller, 2000, p. 163). Si el sujeto es representado es porque no está representado, permanece por estructura irrepresentable. El sujeto en su parte incluso irrepresentable, solo surge por el hecho de estar representado por un significante. “el significante hace surgir al sujeto al precio de fijarlo (Miller, 2000, p. 163).

Cuando se escribe el S1 como un conjunto de un elemento, se tiene la representación del sujeto (conjunto que no tiene existencia y solo comienza a aparecer ahí). Miller dirá que esto le permite a Lacan poder decir que el significante hace surgir al sujeto, y se pregunta: ¿de dónde, de que materia prima sería un ser previo de donde vendría a inscribirse el significante, un ser del que el significante va a ubicar como un sujeto barrado?”

Diríamos, dice el autor, que sin significante no habría sujeto en lo real, y que el sujeto está en lo real, con la forma de una discontinuidad o de una falta. Este sujeto se declina en Lacan con las modalidades de la verdad, que no dará descripción en lo real. Lacan concibe al significante con lo real, bajo las modalidades de la muerte y el deseo. Por esto, dice Miller, en *Instancia de la letra*, Lacan habla del deseo como deseo muerto. Dirá que la cadena de la repetición es la de un deseo muerto. Por lo tanto: el goce aquí no logra inscribirse, está prohibido, puede ser dicho entre líneas, lo que ya era bosquejar la metonimia del goce, el sujeto barrado en el texto de *Subversión del sujeto* de Lacan, este paradigma, reposa sobre una equivalencia entre el sujeto y el goce.

Significante como marca de goce

En el Seminario del reverso del Psicoanálisis Lacan presenta a la articulación significante como repetición, la cual es necesaria para el goce.” La repetición se funda en un retorno de goce” (Miller, 2000, p.167). Aquí cambia lo que había podido decir del sujeto, a saber, que el goce esta a su vez representado por el significante y que, al mismo tiempo, esta representación no es exhaustiva, fracasa, y esto condicionaría la repetición. Aquí el acento este puesto en el significante como marca de goce. Por lo tanto, se plantea que el significante, el orden simbólico, el Otro, todo es impensable sin el goce.

Aquí se ubica un desplazamiento de pensar al goce como fantasma a pensar al goce como repetición, y por lo tanto el lugar diferente en el cual queda el síntoma. “La repetición merece llamarse síntoma que nos presenta una repetición de goce” (Miller, 2000, p.169). La relación entre el significante y el goce, entre el saber y del goce, es primitiva dirá el autor, Lacan intenta demostrar hasta donde el significante depende del goce, y el goce es impensable sin el significante.

Miller dirá que el último paradigma del goce, Lacan, en su Seminario *Aún*, dirá que el significante es el signo del sujeto. En este Seminario, Lacan comienza por el goce, pero su punto de partida es el lenguaje y la palabra como dirigida al Otro. Aquí Lacan “corta la rama sobre la cual toda su enseñanza estaba apoyada.” (Miller, 2000, p.172). Cuestiona el concepto “lenguaje” y comienza con “lalengua”. Lo que llama *lalengua* es la palabra en disyunción con la estructura del lenguaje, que aparece como una derivación con relación a este ejercicio primero y separado de la comunicación” (Miller, 2000, p.172).

Un significante nuevo

En el Seminario XXIV, Lacan (1977) comienza a preguntarse por la invención de un significante nuevo: "No es que un niño invente este significante, él lo recibe. Nuestros significantes son siempre recibidos". ¿Cómo podría uno tener una lengua que no fuera la suya?, se pregunta Derrida en "El monolingüismo del otro" (1997). Lacan se cuestiona, entonces, por qué uno no inventaría un significante nuevo, un significante que no tenga en lo real, ninguna especie de sentido. Y concluye: “no sabemos, quizás sería fecundo, eso quizás sería un medio de sideración en todo caso”. La sideración, el accidente, el encuentro

traumático con la lengua, deja a los adolescentes inmersos en una vida que se podía vivir sin felicidad, compartiendo con personas que le resultaban invisibles.

El sujeto vive el encuentro con la lengua como un trauma. Traumatizado por la lengua materna, el síntoma acontece en el cuerpo del sujeto. Esto deja marcas del significante. La pulsión es el eco que las marcas dejan en este cuerpo. El sujeto niño no es responsable de las marcas que sus padres dejan en él, pero sí de la manera que va a encontrar para responder a las mismas. Siempre teniendo en cuenta que lo real se presenta en los límites del lenguaje.

"El sonambulismo tiene un inconveniente que es cuando despertamos al sonámbulo. Como este se pasea por los techos puede ser que tenga vértigo. Pero la verdadera enfermedad mental que es el inconsciente no se despierta" (Lacan, 1977). "En si ciertamente, el Hombre despierto solamente adquiere conciencia de que esta despierto, gracias al rígido y regular tejido conceptual y, justamente por eso, llega a la creencia de que esta soñando si, en alguna ocasión, ese tejido conceptual es desgarrado por el arte" (Nietzsche, 1973, p.11).

El sujeto está determinado por el Otro simbólico que lo piensa y habla de él, el ser parlante. El ser parlante está dividido desde todos los ángulos: no sabe lo que dice ni de qué goza, pero dice y goza. La lengua hace del ser hablante un discapacitado.

Victor Shlovski, en su artículo "El arte como artificio" (1916), habla de la ley de la economía de las fuerzas creadoras como consecuencia de las limitaciones de atención. Así, "conducir el espíritu hacia la noción deseada por la vía más fácil es, a menudo, el único fin y siempre el fin principal. Sería pensar que el alma trata de realizar el proceso de percepción lo más racionalmente posible, es decir, con el menor gasto de esfuerzo. El mérito del estilo consiste en ubicar el máximo de pensamiento en un mínimo de palabras".

La idea de la economía de las fuerzas como ley y finalidad de creación es tal vez verdadera en un caso particular del lenguaje. Esto es, en la lengua cotidiana. Esta misma idea se hizo extensiva a la lengua poética debido al desconocimiento de la diferencia que opone las leyes de la lengua cotidiana a la de la lengua poética.

Si se examinan las leyes generales de la percepción, vemos que una vez que las acciones llegan a ser habituales se transforman en automáticas, de modo que nuestros hábitos se

refugian en un medio inconsciente y automático.

Shlovski postula que, debido a las limitaciones cognitivas propias de nuestra naturaleza, nuestro pensamiento y percepción se desarrollan por la manipulación de símbolos. Es un método algebraico para aprehender los objetos en su número y volumen: no vistos sino reconocidos a partir de los primeros rasgos. El objeto pasa junto a nosotros como dentro de un paquete: sabemos que el existe a través del lugar que ocupa, pero no vemos más que su superficie. Este artificio perceptivo recuerda a la ficción en la que los adolescentes están sumergidos a través de su fantasma en la realidad líquida.

Desde la mirada filosófica de Bauman, quien trabaja sobre el concepto de sociedad líquida y dignidad humana, cuya definición sería el valor inherente a cualquier persona por el simple hecho de ser humano, es decir, un ser racional dotado de libertad. Un plus de valor que casi rosa la idea de amor propio, en el sentido narcisista, plateado por Freud. Toma como punto de partida los horrores del Holocausto y propone como ejemplo la teoría darwiniana: la lección es la supervivencia del más apto y que da como resultado, en una sociedad posmoderna (o líquida, en términos del autor), a la flexibilización de los vínculos y a la inestabilidad que caracteriza a todos los ámbitos de la vida, lo que tiene como consecuencia la imposibilidad de proyectar a largo plazo. El individuo más apto para desenvolverse en esta sociedad es aquel que logra adaptarse a estas fluctuaciones. Sobrevivirá cualquier costo, no importa a qué persona atropellar, no importa quién quede en el camino, por lo tanto, el término liquidez representa lo efímero, fugaz, y desvalorizante de lo estructural de la vida.

Así, la vida desaparece transformándose en nada, dice el autor. La automatización devora los objetos, los hábitos, los pares, la construcción de lazos, vida la felicidad. Para dar sensación de vida, para sentir los objetos, para percibir que la piedra es piedra, existe eso que se llama *arte*. La finalidad del arte es dar una sensación del objeto como visión y no como reconocimiento: el procedimiento del arte es el de la *singularización* de los objetos, que consiste en oscurecer la forma para aumentar la dificultad y la duración de la percepción. Los formalistas rusos llamaron *ostrannenie* (extrañamiento) a este procedimiento que consiste en desfamiliarizar y dificultar la escucha, haciendo ostensibles las formas en desmedro de la semántica, provocando que las palabras suenen de manera inesperada como por primera vez, incluso con efectos cómicos (Eidelberg, 2011). Esto se evidencia no solo en las palabras sino

en algunos hechos donde lo real despierta. De este modo, puede leerse esta singularización propuesta por el Formalismo como un encuentro con lo real.

“Al examinar la lengua poética, tanto en sus constituyentes fonéticos y lexicales como en la disposición de las palabras y de las construcciones semánticas constituidas por ella, percibimos que el carácter estético se revela siempre por los mismos signos. Esta creado conscientemente para liberar la percepción del automatismo. Su visión [la de los objetos] representa la finalidad del creador y está constituida de manera artificial para que la percepción se detenga en ella y llegue al máximo de su fuerza y duración. El objeto no es percibido como una parte del espacio, si no, por así, decirlo en su continuidad” (Shlovski, 1916).

Ya desde Aristóteles se consideraba que la lengua poética tiene que tener un carácter extraño, sorprendente. Esta debe poder conducir, en sus laberintos, en sus recorridos a un despertar, similar al despertar que tiene un joven con la sexualidad, que le parece rara, intrusiva. De hecho, como señala Shlovski, la lengua poética suele recurrir a una lengua extranjera: como el sumerio para los asirios o una lengua desarrollada al lado de la lengua literaria, como en el caso de la lengua de las canciones populares.

Todo discurso cotidiano tiene un efecto de ficción, adormecedor, en el que el sujeto cae en una profunda automatización, que no es dañina sino más bien satisfactoria pues el sentido, lo conocido, provoca la ilusión de completud. El análisis y los momentos de poesía proponen un encuentro con lo oscuro, lo raro, con lo que no coincide, un encuentro con el sinsentido, con lo real con la apertura de algo nuevo posible.

2.3. Diferencias entre sujeto, subjetividad y singularidad

Se reconoce a partir del recorrido de ambos autores -Freud y Lacan- que la idea de sujeto tiene que ver con lo más íntimo de la construcción de un individuo y con su relación con la construcción de una estructura.

Nada ocurre dos veces de la misma manera

La subjetividad tiene una relación íntima con las palabras, la historia y la pre-historia del sujeto. Con la alienación al discurso que siempre es del Otro. La singularidad y particularidad es una construcción que deviene importante en la etapa de la adolescencia ya que ubica desde un principio nuestro síntoma y nuestra manera particular de gozar. Cada individuo es singular e irrepetible según lo piensa el Psicoanálisis y su síntoma se le presenta como “lo que no funciona”. En la adolescencia hay una resignificación y una reafirmación de los síntomas para cada sujeto. La manera en que cada quien habla de esto que no funciona, lo expresa, lo siente en el cuerpo, se afecta, lo actúa, tiene que ver con lo más íntimo. El síntoma es, entonces, lo que no funciona y lo más singular. El síntoma y goce van juntos por lo que el goce es un Uno, es decir prescinde del Otro.

“el goce de la palabra quiere decir que la palabra es goce, que no es comunicación al Otro en su fase esencial, es la modalidad de goce Uno. Hay un cuerpo que habla, Hay un cuerpo que goza por diferentes medios. El lugar de goce es siempre el mismo, el cuerpo...Por el hecho de que habla, este cuerpo no está, sin embargo, ligado al Otro, esta enlazado a su propio goce, a su goce Uno.” (Miller, 2000, p.178).

“Ser un sujeto singular, por un lado, coincide con el universal, todo hombre es singular, como todo el mundo, lo cual raramente exige salir del principio de placer. Entre todos los sujetos singulares, hay algunos (y ya entramos en los particulares) para los cuales la singularidad puede ser experimentada desde otra perspectiva, extremadamente sensible en la paranoia: ser un sujeto singular puede vivirse como una cosa nunca vista. La singularidad tiene la virtud de la excepcionalidad. Comenta Colette Soler: dada mi singularidad, el otro no puede reconocermé, si por azar desea algo de mí, no sé qué es” (Lombardi, 2009, pág. 19). La singularidad se presenta como una posición muy ansiada en la pubertad que aparecería como posterior a la reafirmación del síntoma de cada uno. Freud muestra el camino de la importancia de la singularidad frente a lo universal del ideal, es decir, de la locura de buscar un ideal válido *para todos*.

En el ensayo sobre *Los complejos familiares en la formación de un individuo* (1938), ya Lacan apuntó a la difícil transición que supone abandonar las seguridades que comporta la

unidad domestica del grupo familiar. “Lacan señala que la unidad familiar es siempre, de algún modo, un rechazo a la alterada que supone el encuentro social creador de diferencia” (Palomera, 2022, pág. 129).

Para las neurosis, ser singular no le exige demasiado al individuo, nada más que una identificación a un rasgo social. “En el texto *l’etourdit* Lacan explica que la función del padre consiste en encarnar una excepción tal que revela a un sujeto de ese lugar, de ese goce de lo que el otro desea oscuramente” (Lombardi, 2009, pág. 20).

Lo que incomoda al neurótico es la particularidad de su síntoma y no la construcción de su singularidad. Lo extranjero, lo extraño que incomoda, que parece que no le pertenece al sujeto, es su propio síntoma, aquello que es vivido como si fuera del otro y que no tuviera nada que ver con uno. Cuando se ubica el síntoma neurótico, no solo esto es posible porque hay un sujeto que se sirve de la lengua -y la palabra- sino además aparece lo más singular de un sujeto: su enunciación, su relato, su recorrido.

Aquí es donde la adolescencia entra en crisis y el lugar del analista es muy importante para poder historizar y ubicar, donar relatos y palabras, poder contribuir a la construcción de una singularidad propia e inédita, de cada sujeto que se presenta sin acontecerse.

Síntoma

El síntoma es la irrupción de una anomalía que grita que no hay relación sexual, que las cosas no funcionan. Se le presenta al sujeto como naturalizado y la experiencia del análisis lo desnaturaliza, lo hace interpretable. La experiencia analítica desde sus comienzos puso en evidencia la persistencia del síntoma más allá de su desciframiento. Éste presenta un carácter repetitivo, que no cesa, es porque su función no es una contingencia neurótica sino una necesidad para todos en tanto suple la no relación sexual. Lacan pensó en primer lugar al síntoma como metáfora. Sería un significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto. Flory Kruger dirá: “ubicamos aquí una dimensión simbólica del síntoma, el síntoma como mensaje a descifrar a través de la palabra, con la finalidad de descubrir ese saber que el sujeto “no sabe que lo sabe y por eso cree que no lo sabe (...) Entonces, es una

palabra plena. Por ser una formación del inconsciente y un mensaje dirigido al Otro, el síntoma estaría en la línea de ser un significado dirigido al otro”.

La autora nos puntúa que durante mucho tiempo Freud creyó que el sujeto abandonaba sus síntomas, una vez perdido sus beneficios, pero la práctica clínica le demostró lo contrario. Y nos dirá que la disyunción Freudiana que nos encontramos con el sentido que deshace el síntoma y la permanencia del goce que lo mantienen. “La caída del optimismo lo lleva a teorizar el masoquismo primordial y la pulsión de muerte: ambos constituyen un límite al sentido del síntoma” (Kruger, 1998, p. 137)

Se puede distinguir momentos diferentes en la enseñanza de Lacan, un primer momento donde el inconsciente como discurso y el síntoma como mensaje a descifrar “el síntoma mismo es lenguaje y la interpretación” (Kruger, 1998, p. 138). Un segundo momento donde el síntoma pasa a ser el nombre más auténtico de la relación del sujeto con el significante. “El sentido del síntoma es el sentido de la relación del sujeto con el significante” (Kruger, 1998, p. 139). Aquí nos encontramos con el renombre dado por Lacan rebautizando la satisfacción con el término *goce*. Por lo tanto, se puede considerar al síntoma como el modo que tiene cada uno de gozar de su inconsciente, o la manera que tiene de hacer existir un término del inconsciente por fuera de este, al despejar, tras su envoltura formal, su estatuto de condensador de goce. “Lacan pone en juego otro elemento: el fantasma. El fantasma interfiere en la formación de síntoma (...) Por lo tanto, podemos decir que el síntoma – tal como Lacan lo presenta en Subversión del sujeto- está hecho de dos elementos significación y fantasma. En otras palabras, es una articulación entre un efecto significante y la relación con el goce” (Kruger, 1998, p. 139).

El síntoma va a aparecer entonces como un límite de lo real, allí donde el fantasma descubre un límite, su condición de ficción fundamental, allí se devela. El síntoma es así una invención, la respuesta particular y singular de cada quien. El sujeto del síntoma es el nombre del goce, en todo caso el partenaire del sujeto. Por eso, Lacan dirá que una mujer es el síntoma de un hombre. El nombre de goce, a su vez, quiere decir que el plus de goce está articulado con el uno de la letra. La categoría de la letra es efecto de condensación de goce, el síntoma queda en silencio: ciframiento y goce. El encuentro material del lenguaje con lo real es el síntoma. Es el producto que responde al límite y que lo construye (Brodsky, 2000).

“El síntoma queda ubicado en la intersección entre lo simbólico y lo real mostrando su doble vínculo con el goce y con el inconsciente. La función de goce del síntoma es (“lo que del inconsciente puede traducirse por una letra”) que funciona de manera diferente respecto del significante y que inscribe el goce fálico que hace consistir al inconsciente” (Kruger, 1998, p. 140)

Jacques Lacan en 1975 ubica el lugar del sinthome como el cuarto eslabón responsable del encadenamiento borromeo de lo simbólico, lo imaginario y lo real. No hay que confundir “síntoma” con “sinthome”. El síntoma pone de manifiesto la ausencia de relación. En cambio, donde hay sinthome, hay relación: el sinthome pone relación donde no la hay. Se parte necesariamente para poder hablar del sinthome del nudo borromeo de tres eslabones, el cual en las primeras clases de RSI, figura como el lazo entre lo simbólico, imaginario y real. Una localización precisa para la versión del sintoma-letra. Esos tres elementos no bastan para anudarse, ya que estos registros no se enlazan más que con el auxilio de un cuarto eslabón: la realidad psíquica. A fin del Seminario XXII, se postula al sinthome como el cuarto eslabón responsable del encadenamiento borromeo entre lo simbólico, lo imaginario y lo real. Este cuarto eslabón era atribuido a la función del nombre del padre.

El sinthome se concibe como el que encadena, como un modo de funcionamiento heurístico articulado a lo que Lacan denominó lapsus del nudo, siendo lo heurístico aquello que sirve de "parche". Se coloca así al sinthome en el punto mismo en el que se produjo el lapsus del nudo Resumiendo: en la diferencia entre síntoma y sinthome, este último es la clave de la estabilidad de la estructura, soporte de funcionamiento homeostático o dormitivo, como indicador de reparación del lapsus del anudamiento manteniendo los tres registros lacanianos y entregando al mismo tiempo una (pere-)versión de la relación que no hay. El síntoma es lo que no funciona.

“Para creer tener un síntoma, como algo que no anda bien, hay que tener una idea de cómo debería andar, esto es una representación del ideal. Y el peso del ideal es exactamente la no identificación con el síntoma. Repetimos esto días que el síntoma es un ideal (...) El síntoma fundamental no se atraviesa, sino que es el modo de gozar del sujeto, que traduce un desplazamiento de identidad, si se quiere, o incluso la transformación de su problemática o, incluso, la transformación de su problemática” (Miller, 2004, p. 19-20).

2.4. La construcción de la singularidad en la adolescencia actual

La pregunta es cómo ubicar a los adolescentes de hoy y cómo serán los que vendrán. El mundo como se lo conocía sufrió muchos cambios y estos vinieron desde afuera. En el mes de marzo de 2020, se declaró la pandemia mundial por Covid-19 y, dentro de los múltiples factores que afectaron al mundo -la salud, las relaciones humanas, la economía-, los lazos sociales se vieron muy perjudicados, ya que las palabras más comunes que comenzaron a circular fueron “aislamiento” y “contagio”.

Aislamiento

Fernando Aduriz dirá: “la mudanza adolescente es similar a los cambios sociales. Puede prolongarse. Puede detenerse. Puede entrar y salir del túnel” (Aduriz, 2012, p.13). Retomando las palabras del autor, se puede dar cuenta de lo dificultoso que fue para algunos adolescentes poder entender lo más inevitable de lo vivido en la pandemia. Fue un momento donde todo se detuvo, se puso en pausa lo que existía y comenzó otra cosa. Todo lo conocido simbólicamente se suspendió y comienza a ponerse en práctica el significante de “*ya no todo es posible*”.

Sobre todo, porque la pandemia obligó a poner el cuerpo sobre la mesa, a ponerle un límite. Un cuerpo aislado, con barbijo, que podía contagiar. La frase “distanciamiento social” fue muy inadecuada para los jóvenes, que se encuentran en el momento de salir a construir una singularidad. ¿Cómo construir una singularidad en esta circunstancia tan compleja? ¿Cómo arreglárselas con lo que se supone un doble trabajo? Lacan señala: “un hombre se hace el hombre al situarse a partir del Uno-entre otros, al incluirse entre sus semejantes” (Lacan, 2012, p. 588)

Adolescente síntoma y la época

La acentuación de los síntomas, como lo más singular y lo más extraño para los sujetos estuvo presente. Desde lo traumático de la muerte en si misma que se puso en palabras y en actos hasta el hartazgo, a quedar suspendidos en un paréntesis muy largo.

La pandemia y sus tratamientos, con sus restricciones, sus cuarentenas, toques de queda y distancia social confrontaron al joven con lo imposible. El tiempo de elección de objeto quedó suspendido y no solo eso fue una contingencia inesperada, sino que el tiempo de separación de las figuras parentales se congeló. Para algunos sujetos se volvió insoportable y para otros, un derrame, un tsunami de síntomas que florecieron y fueron muy difíciles de entender.

Muchos jóvenes mostraron que no podían vivir aislados y recurrieron a la organización de fiestas clandestinas o a buscar la manera de relacionarse desde internet. “El adolescente es siempre de su tiempo” (Freda, 2012, p. 23). Siempre está debatiendo y es diferente de acuerdo a la época.

Fuera de la contingencia que significó la pandemia, la era actual se caracteriza por la fragilidad de los vínculos. Es una era líquida, entendiendo lo líquido como lo piensa el filósofo Zygmunt Bauman, que ubica los vínculos y las relaciones como ausentes sin garantías, sin duración, inestables.

El modo de intervención con el otro produce el recrudecimiento de la violencia como consecuencia de la soledad propia y la precariedad de los lazos sociales. En esta época el mandato social es a gozar. Amor, odio e ignorancia como dimensiones imaginarias. Dentro de ellas, el odio busca degradar al otro. El amor es líquido y el odio es sólido. El odio alcanza el *a* del sujeto para reducirlo a un objeto y la marca de la singularidad en el cuerpo se vuelve contra el sujeto. Los insultos y la degradación son una reducción del ser.

“Una profusión de ritos de iniciación, por decirlo así, una multiplicación de andamios que provean al sujeto un modo de responder a la cuestión del goce y de la muerte. Y ahí sí podemos hablar hoy de invención porque en el momento actual, hecho de realidades virtuales y de identidades líquidas, no siempre está a disposición del sujeto un puente que asegure ese pasaje. Tanto es así que el pasaje llamado adolescencia puede hoy alargarse hasta muy tarde en la vida” (Bassols, 2017, p. 2)

Para explicar la dificultad de este pasaje, Bassols habla de la invención singular de un Avatar. “Avatar es una palabra que dice muy bien de qué se trata hoy para el sujeto dividido cuando se confronta a su falta de ser. Avatar es la imagen gráfica con la que cada uno se identifica

hoy en el espacio virtual de Internet, es el tótem con el que se hace representar en la tribu” (Bassols, 2017, p. 2). Avatares a la manera del texto de “Pulsiones y su destino” de Sigmund Freud donde habla de los diferentes altares construidos singularmente por el sujeto.

Singularidades de la época

La agresividad y el odio son estructural es desde el esquema del espejo. El bullying es una dificultad para hacer. Para que haya bullying, tienen que darse tres elementos: el agresor, la víctima y el espectador. El bullying surge en esta época por el declive de las autoridades. La violencia está orientada a destruir la singularidad del otro. Esto es, por ejemplo, a través de la promoción de la mirada. Vicente Palomera dice: “Uno de los fenómenos, en ese pasaje por el túnel de la pubertad, es la violencia del medio escolar. Lacan lo señala en su ensayo: la identificación marca un interés primario, se trata de un amor que, por el hecho de su propio desconocimiento, se traduce en agresividad. Sin embargo, los celos tienen ahí una función social ya que llevan al sujeto a interesarse en los otros. La violencia ejercida sobre ese otro implica inevitablemente la identificación. Para decirlo de un modo simple, cuando alguien se pelea con un semejante, se identifica necesariamente con él” (Palomera, 2022, p. 13).

CAPÍTULO 3: LA IDENTIFICACIÓN, EL AMOR Y EL ODIIO

*Con todas sus fuerzas el sol y la luna se estrellan
los luceros caen como testigos demasiado maduros
y como una lechigada de ratones grises
no temas nada prevé tus crecidas aguas
que si bien se llevan la ribera de los espejos
han salpicado lodo en mis ojos
y veo veo terriblemente yo veo
que de todas las Entre otras matanzas
montañas de todas las islas
sólo restan los pocos dientes cariados
de la impenitente saliva de la mar
Aime Casaire*

Para comenzar el recorrido de este capítulo, se retomarán aquellas manifestaciones actuales del malestar en la cultura, que hoy se presentan como síntomas. En la adolescencia, este primer vínculo definido en la niñez como “identificación” se vuelve débil. Así, la identificación “a cualquier cosa” lleva en ocasiones a las variables ya descritas por Freud y casi inevitables para el hombre: el odio, la segregación y la violencia.

Freud, en *Malestar en la cultura* (1929), sintetiza los puntos importantes -para él- en la cultura: "no podemos eludir la impresión de que el hombre suele aplicar cánones falsos en sus apreciaciones, pues mientras anhela para sí y admira en los demás el poderío, el éxito, y la riqueza, menosprecia, en cambio, los valores genuinos que la vida ofrece" (p. 3017). En este momento en que el adolescente es sumamente vulnerable, estos aspectos que considera Freud (la riqueza, el poder) son puntos de seducción a la hora de la conformación de los grupos. Frente al vacío de la búsqueda de la identidad y la dificultad para definir la singularidad, estas identificaciones antes nombradas (que se desarrollarán más adelante) llevan a la búsqueda de la falsa sensación de completitud, superioridad e inclusión, que les da la impresión de pertenencia.

En el recorrido del artículo citado, Freud se pregunta por la felicidad, y por qué al hombre le cuesta tanto ser feliz. Piensa que hay tres fuentes de sufrimiento:

- 1) la supremacía de la naturaleza.
- 2) la caducidad de nuestro propio cuerpo.
- 3) la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, Estado o sociedad.

Agrega, además: “nuestra llamada *cultura* llevaría gran parte de la culpa por la miseria que sufrimos, y que podríamos ser mucho más felices si la abandonásemos para retomar una condición de vida más primitiva” (p. 3031). Freud se pregunta cuáles son los caminos por los que se llega a tantos destinos de odio en la cultura. El ser humano cae en la neurosis porque no logra soportar el grado de frustración que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura: el dominio del espacio y el tiempo, la felicidad como algo “profundamente subjetivo” (p. 3033). Esto se vincula directamente con la adolescencia y con la construcción de la singularidad, con la idea que cada uno tiene acerca de qué es lo que lo hace feliz. Nuestro tiempo le muestra al adolescente que la felicidad está en la belleza, en lo material, en cualidades que generen el reconocimiento de los otros sin esfuerzo.

En relación con esto, Manuel Zlotnik (2016) sostiene que la declinación de la figura del padre en la época actual ha transformado inevitablemente la conformación de la familia tipo patriarcal, con lo que nos preguntamos si habrá transformaciones en la subjetividad (p.12). A esta pregunta, la respuesta es afirmativa: la caída del nombre del padre ha llevado a consecuencias en la sociedad moderna, transformando los valores y dando vía libre a un avance ilimitado del capitalismo, lo cual implica ubicar al sujeto del lado de la desorientación. Así, instaura un imperativo de goce que lleva al sujeto a reformular constantemente qué cosa/objeto/situación le va a generar “felicidad”.

Otro punto que marca Freud es “el amor como uno de los fundamentos de nuestra cultura”. Dice que la experiencia del amor sexual genital ofrece al hombre la más intensa vivencia placentera, estableciéndolo como prototipo de toda felicidad. En la etapa de la juventud, esta

vivencia aún se experimenta con temor, puesto que la adolescencia se constituye como el *avant premiere* de la sexualidad.

Esto produce una peligrosa dependencia frente a una parte del mundo exterior -frente al objeto amado que se elige- exponiéndolo así a experimentar los mayores sufrimientos cuando este objeto lo desprecie o cuando se lo arrebate la infidelidad o la muerte. No todos los seres humanos merecen ser amados.

Freud piensa que aquel impulso que instituyó la familia sigue ejerciendo su influencia en la cultura, tanto en su forma primitiva, sin renuncia a la satisfacción sexual directa. Como bajo su transformación en un cariño coartado en su fin, el amor coartado en su fin es en su origen un amor plenamente sexual, y sigue siéndolo en el inconsciente humano. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias. Hay un divorcio entre el amor y la cultura, que es el punto de quiebre que propone Freud, y un punto de unión que propone la antropología.

Él propone ubicar una polaridad sexual. El punto de quiebre de Freud es que para un sujeto resulta casi imposible amar toda la vida a la misma persona. El amor no tiene que ver con el poder ni con el dinero, habla de un amor no condicionado por la cultura. La sociología, en cambio, muestra un amor condicionado por la cultura. ¿Por qué? Porque el amor y el poder van juntos. Amor inconsciente al poderoso, búsqueda de protección, de salvación.

3.1. Identificación y fenómenos de grupo según Freud y Lacan

A modo de inicio, se toma la noción de “identificación” por ser uno de los primeros enlaces afectivos con el objeto, sobre todo teniendo en cuenta que la adolescencia es el momento más endeble de la vida de un sujeto, ya que hay una búsqueda de la construcción de una singularidad y la pertenencia a ciertos grupos lleva a identificaciones con consecuencias tremendas. Esto lleva a la pregunta: ¿querer pertenecer a un grupo es a cualquier costo? El adolescente se enfrenta al vacío de poder entender qué es lo que quiere, de saber quién es en esta separación respecto del deseo del otro. Frente a estos grupos, la pregunta sería: ¿pertenecer a estos grupos es una identificación a un rasgo del grupo o es simplemente un querer pertenecer?

Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) dirá que puede situar tres tipos de

identificación. En primer lugar, la identificación es la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto. En segundo término, pasa a sustituir a una ligazón libidinosa de objeto por vía regresiva, mediante introyección del objeto en el yo. En tercer lugar, la identificación puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales. La identificación a un rasgo pasa a ser indicio de un punto de coincidencia entre dos yo.

Según Lacan, en el seminario XXIV, la identificación es lo que se cristaliza en una identidad. Retoma los tres tipos de identificación freudianas: la del amor al padre, la histérica y a un rasgo. En el seminario IX, dirá que hablar de identificación es hablar de la entrada en el otro, de lo mismo, “del mismo al mismo, (*du meme au meme*), con todo lo que conlleva de dificultades” (Lacan, 1961, p. 2). A partir de repensar el *cogito* cartesiano, sostendrá que “nada soporta la idea tradicional filosófica de un sujeto sino la existencia de un significante y sus efectos”. Más allá de la idea cartesiana, Lacan postulará que lo que construye a un sujeto es la existencia de un significante que atraviesa al individuo con sus efectos. La relación más sensible, más inmediata y más encarnada es el esfuerzo por preguntarse *¿quién soy yo?* Esta pregunta se constata en todas las situaciones de análisis, señala Lacan. Dice que él mismo podría contar casos de analizantes que ilustren esto. Sin embargo, se cuestiona por qué contarlos si estos tampoco serían una respuesta legítima a la pregunta que se formuló. Ningún análisis garantiza la verdad de la respuesta de quién es cada quién. El analista no garantiza la verdad pese a estar diciendo la verdad. Así, Lacan toma el *cogito* cartesiano, el “yo pienso” para interrogar si allí se encuentra el sujeto. Retomando a Freud, sostendrá que la identificación del pensador cartesiano con el sujeto es equivocada pues presupone que todo pensamiento supone un pensador que lo piensa. Contrario a esto, Lacan sostendrá que hay pensamientos que no son pensados: aquellos que constituyen el inconsciente. En este sentido, el sujeto no es sujeto porque elabore un pensamiento sino porque se encuentra atravesado por los efectos de este significante que es el pensamiento que reside en su inconsciente.

En palabras de Lacan, “a diferencia del signo, lo que distingue al significante es solamente ser lo que todos los otros no son. Lo que, en el significante, implica esta función de la unidad, es justamente no ser más que diferencia. Es en tanto que pura diferencia que la unidad, en su función significante, se estructura, se constituye. Esto no es un rasgo {trait} único, de alguna

manera constituido por una abstracción unilateral que concierne a la relación, por ejemplo, sincrónica del significante. Nada es propiamente pensable, nada de la función del significante es propiamente pensable sin partir de esto que yo formulo: el uno como tal es el Otro. Es a partir de esto, de esta estructura básica del uno como diferencia, que podemos ver aparecer este origen desde donde podemos ver al significante constituirse, si puedo decir, de que es en el Otro {Autre} que la A del A es A, la A mayúscula {le grand A}, como se dice la palabra ampulosa {le grand mot}, es soltada. Del proceso de este lenguaje del significante, aquí solamente puede partir una exploración que sea profunda y radical de aquello que constituye la identificación. La identificación no tiene nada que ver con la unificación. Es solamente al distinguirla de ésta que podemos darle, no solamente su acento esencial, sino sus funciones y sus variedades” (1961, p.18).

Al elaborar su idea sobre identificación, Lacan propone algo distinto a los posfreudianos. Así, al hablar sobre identificación, lo hace en relación al significante, lo que supone hablar de la diferencia. Se piensa la identificación a un rasgo único, unario, una operatoria hacia el principio de identidad. En este seminario, él vuelve a preguntarse acerca del lugar del analista y las posibilidades que da de que surja la división subjetiva, lo que implica la aparición de una extrañeza, lo otro de sí, la alteridad a nivel de la identidad. Esto permite pensar la diferencia que hay entre un sujeto identificado a su realidad -relación más o menos estable- y un sujeto que atraviesa un análisis.

3.2. Amor, odio, segregación

Amor

Para introducirse a los aportes del psicoanálisis sobre el amor, se puede tomar la *Proposición del 9 de octubre de 1967* donde Lacan hace un recorrido del lugar del analista y toma como clave la palabra *agalma*. En este texto, invita a pensar en *El banquete* de Platón: “el deseo del analista es su enunciación, la que solo podría operar ocupando allí la posición de la x; de esa X misma cuya solución entrega al psicoanalizante su ser y cuyo valor se anota (-q)..” (Lacan, 1967, p. 270). Lacan se interesa en el problema del amor en la medida en que permite comprender lo que ocurre en la transferencia y a causa de la transferencia, dado que la

transferencia imita el amor hasta el punto de confundirse con él. Por esto el retoma el texto de Platón.

En *El banquete*, distintos pensadores van expresando sus opiniones sobre el amor hasta llegar el turno de Sócrates, quien expone el testimonio más auténtico a la hora de pensar la posición del sujeto y el amor. Para contextualizar, atiéndase a esta breve reseña del texto. En Atenas en el 416 a. C. Agatón, poeta trágico, organiza un banquete para celebrar su reciente triunfo, logrado a partir de una producción teatral. Un banquete entendido como una ceremonia con reglas, una especie de rito. Erixímaco propone pues que cada uno de los presentes exponga un discurso elogiando al amor, a *Eros*. El primero en hablar es Fedro, refiriéndose a Eros como el dios más antiguo; es también quien expone la idea de “La metáfora del amor”. El segundo en hablar es Pausanias, que presenta dos tipos de amor: uno del cuerpo, que no dura; y otro del alma, que perdura. Viene a continuación Erixímaco para referirse al amor como un dios presente en todos, que, si se consagra a la templanza, otorgará la felicidad; un amor pensado en relación con la armonía. Le sigue Aristófanes, con el famoso mito de los seres esféricos, mitad masculino, mitad femenino, que luego serán divididos por el dios Zeus y condenados a buscar su mitad faltante; un mito del cual Freud dice, además, en *Más allá del principio del placer*, que se trata del relato del origen de la pulsión y la especificidad de su objeto. Habla luego Agatón, subrayando la belleza y juventud del dios Eros; haciéndolo, con dicha belleza, el más feliz de los dioses. Por último, habla Sócrates diciendo que no elogiará a Eros, sino que hablará de lo que sabe del amor, aun de lo que no sea hermoso. Dice además que fue Diótima quien lo instruyó en el amor; fundado en que se desea lo que no se tiene, llega a decir que el amor no es bello, que no es bueno, pero sí ama lo bello y lo bueno. Allí se produce la entrada estrepitosa de Alcibíades, ebrio, quien se refiere a Sócrates como un sátiro que se burla de todos haciéndose el ignorante; elogia de él su templanza y apego a la verdad. Dice también cómo Sócrates rehusó el trato sexual con él, a pesar de su reconocida belleza. Lo que Alcibíades introduce con su discurso es el amor que se dirige a algo distinto a la belleza, distinto a un dios, que era como se venía hablando de Eros en las intervenciones precedentes de los participantes del banquete. Su discurso produce un giro, pues en lugar de hacer un elogio del amor, propone hacer un elogio de aquel que estuviese sentado al lado, con lo cual invita a manifestar la relación con el otro y poner en acto el amor.

Retomado el concepto, *agalma* es, pues, una manera de nombrar el objeto del deseo, del deseo, tal como lo concibe Lacan, sobre lo cual, además, afirma, para la época en que dicta esta lección titulada *Agalma* en su Seminario 8 (1961), que “es el punto crucial de la experiencia analítica” (p.173), aquello que un análisis intenta circunscribir. De allí que Lacan dé todo su valor a Alcibíades, refiriéndose a él como “el hombre del deseo”.

“En este viraje en el que el sujeto ve zozobrar la seguridad que obtendría de ese fantasma donde se constituye para cada uno su ventana sobre lo real, se vislumbra que el asidero del deseo no es más que el de un *deser*. En este *deser* se revela lo inesencial del sujeto supuesto al saber, desde donde el psicoanalista por venir se consagra al *agalma* de la esencia del deseo, dispuesto a pagarlo reduciéndose, él y su nombre, a un significante cualquiera, porque rechazó el ser que no sabía la causa de su fantasma en el momento mismo en que finalmente él devino ese saber supuesto. «Que sepa lo que yo no sabía sobre el ser del deseo, lo que de él es llegado al ser del saber y que se borre», *sicut palea*, como dice Tomás de su obra al final de su vida: como estiércol. Así, el ser del deseo se une al ser del saber para renacer al anudarse ambos en una cinta de borde único donde se inscribe una sola falta, la que el *agalma* sostiene” (Lacan, 1967, p. 272-273).

Para Lacan, aquel *agalma* referido en *El banquete* tiene el sentido del objeto del deseo puesto en juego en la transferencia. Este objeto causa el deseo en tanto que falta, se trata de un objeto perdido, que está en estrecha relación con el significante perdido que sufre un humano cuando se hace ser hablante. Por esto, define Lacan el objeto así: “El objeto del deseo en su naturaleza es un resto, residuo, es el resto que deja el ser al cual el sujeto parlante se confronta en una demanda, por esto es que el objeto participa de lo real. El objeto alcanza lo real en tanto es lo que se escapa, lo que se resiste a la demanda” (Lacan, clase 27). Entonces, ante la demanda, que dice Lacan es siempre de amor, dirigida al analista, el sujeto se encuentra con el objeto que ella no alcanza.

Amor y deseo se enlazan en torno a la falta. Como dice Lacan, “el amor, en efecto, solo se puede articular en torno a esta falta, por el hecho de que, de aquello que desea, solo puede tener su falta” (Lacan, 2003, p. 148). Y es esta articulación la que consigue Sócrates y la que se espera realice un analista, pues “todo el problema consiste en darse cuenta de la relación

que vincula al *otro* a quien se dirige la demanda de amor a la aparición del deseo”. El *otro* del amor al que se aspira deja de serlo para tomar la naturaleza del objeto; en la que el deseo se presenta como lo real para el amor.

En la relación amorosa, entonces, “el sujeto con quien, de entre todos los sujetos, tenemos el vínculo del amor es también el objeto de nuestro deseo” (Lacan, 2003, p. 172). De esta manera, el amor hace del otro, al atribuirle el lugar del objeto, un otro único. “Destaca un objeto entre todos los demás como imposible de ser equiparado con ellos” (Lacan, 2003, p. 172). Es pues el punto “único” constituido por aquello que solo se encuentra en un ser cuando se lo ama verdaderamente. Es allí que se juega el amarre, el enganche, propio del vínculo amoroso. Habría aquí una posible relación entre lo único y lo singular, dando con ello un lugar fundamental a la vida amorosa en un análisis, como una vía posible a recorrer para acceder a lo singular de un analizante.

Flory Kruger se pregunta qué genera el deseo de un análisis. En principio, alguien lo recomienda por sus efectos y se entra a este por la interpretación de un analista. “Freud la descubrió por la vía del amor, pero siempre tuvo claro que avanzar por el camino del amor, sería un engaño, ya que, para él, el amor de transferencia es repetición de lazos libidinales infantiles, pero, sobre todo, el amor es el recurso para obturar la emergencia de la pulsión”. En cambio, dirá Kruger, para Lacan hay dos momentos: una primera instancia en la que, para que se instale la transferencia, es necesario un efecto, que es el amor; pero luego viene un segundo momento en el que se va en contra del amor de transferencia para permitir que la pulsión de despegue de ella. “El analista debe lograr quitarle a la pulsión el maquillaje imaginario del amor” (Kruger, 2023).

Amor al prójimo

En el capítulo XIV de *La Ética* (Lacan, [1960·2015]), llamado “El amor al prójimo”, en plena discusión sobre el estatuto que tiene el bien para el psicoanálisis, Lacan introduce esta referencia de la historia de los santos donde un tal Martín, aún no es santo. Dice Lacan: “San Martín comparte su manto y se hizo un asunto importante, aunque se trate solo de una cuestión de aprovisionamiento. Y aclara que el manto como tal es algo destinado a circular, le pertenece tanto al otro como a mí. Sin duda, palpamos ahí un término primitivo, la

necesidad que hay que satisfacer, pues el mendigo está desnudo. Pero quizás, más allá de la necesidad de vestirse, el mendigo mendigaba otra cosa, quizás que san Martín lo mate o lo bese” (2015, p. 8). Para Lacan la beneficencia no se explica por el amor al prójimo.

Freud se horroriza frente al mandamiento *ama a tu prójimo como a ti mismo*: en primer lugar, porque el prójimo es un ser malvado y, en segundo lugar, porque el amor propio es algo precioso que no puede ser entregado íntegramente a cualquiera. El amor es concebido por Freud como un bien, pero de este modo –señala Lacan- se obstaculiza el acceso al goce. Por ello, Lacan intenta llevar el asunto un paso más allá: se pregunta por aquello que es más próximo que el prójimo, es decir, se pregunta qué es el goce, ese núcleo de mí mismo al que no oso aproximarme y por qué cuando me aproximo a él despierta en mí agresividad. Y en cambio, por qué la idea del bien no es problemática: ¿por qué suponemos que el mendigo quiere un abrigo y no que terminemos con su vida? Porque, precisamente, el bien es más satisfactorio para quien da que para quien recibe. Es en este punto donde Lacan reflexiona sobre que pensar en el amor al prójimo nos enfrenta al goce del otro, es decir a aquello que tiene de nocivo o maligno. Esto es lo que propone como el verdadero problema para el amor propio. Para ilustrar, toma ejemplos místicos de santos, quienes hacen sacrificios de modo claramente altruista, tratándose de más allá del principio de placer.

Lacan toma lo que Freud señala del dicho de Empédocles de que Dios debe ser el más ignorante de todos los seres, porque no conoce el odio. Ahí liga el amor al saber y sostiene: “aquí el análisis nos incita a recordar que no hay amor sin odio” (Lacan, 1973, p. 110). Por otro lado, Lacan piensa el amor relacionado con el Uno, nunca saca a nadie de sí mismo. Entonces, se vuelve al planteo del problema de cómo puede haber amor por un otro. Ese Uno con que todos se llenan la boca es de la misma índole de ese espejismo del Uno que uno cree ser (Lacan, 1972, p. 61).

Bauman, agregando una mirada filosófica al tema en el capítulo “Sobre la dificultad de amar al prójimo” de su libro *Amor líquido* (2003), postula que el mandamiento “ama a tu prójimo como a ti mismo” es completamente irracional. ¿Por qué debería amarlo? ¿Qué beneficio me traería? ¿Qué hizo el otro para merecer mi amor? El amor al prójimo requiere un salto hacia la fe. Sin embargo, el resultado es la humanidad y el paso del instinto de supervivencia a la moralidad. El amor propio se relaciona con el instinto de supervivencia, nos impulsa a

aferrarnos a la vida. Por ello, puede llevarnos a rechazar una vida que no está a la altura de nuestro amor y que, por lo tanto, resulta indigna. En suma: para poder sentir amor por los otros es preciso ser amado. Amar al prójimo como nos amamos a nosotros mismos significaría, entonces, respetar el carácter único de cada uno, el valor de nuestras diferencias que enriquecen el mundo que todos habitamos y que lo convierte en un lugar placentero.

Hay múltiples ejemplos, en la vida y en la clínica que indican lo complicado que es buscar con el amor, con el amor altruista, el bien del prójimo. Se conoce sobre esto la advertencia freudiana al nivel del deseo de curar y cómo se juegan allí las complicaciones de querer el bien del sujeto. En especial cuando lo que verdaderamente se desconoce siempre es cuál es su bien. Uno quiere el bien del otro y lo que obtendrá es su mal y seguramente también su odio.

Lacan en el Seminario 11 (1964), en ese epígrafe en forma casi de poema, que tantas veces ha sido mencionado, dice:

Te amo
Pero porque, inexplicablemente,
Amo en ti algo
más que tu –el objeto a minúscula,
Te mutilo

Odio y cultura

La cultura es un tipo de lazo que se construye sobre ciertas bases que responden a la unidad del cuerpo, constituyendo imperativos de goce que incluyen el odio al Otro, manifiesto en los racismos y la segregación. Hacer del Otro un extraño odiándolo en su ser es producto del propio odio que surge de no obtener la satisfacción que se espera, odio que termina volviendo al semejante como depósito de lo que nadie pone en palabras. Lo que nadie puede poner en palabras se manifiesta solo en actos, algunos inexplicables. Lo imposible de soportar es el goce y, por eso, comienza a armarse un síntoma social donde el odio, la segregación y el racismo son lo imposible de soportar.

El odio es pensado desde dos vertientes: la que se nos presenta solapadamente (bajo el manto

de que no es algo violento) y la que se presenta de manera expuesta. Esto recuerda el conocido dilema ético de si es lo mismo matar o dejar morir. Dentro de estas dos posiciones, ¿cuál es el lugar del sujeto? Pensándolo desde el punto de vista lacaniano: el odio como lo insoportable del lugar del otro, en ambas posturas, el sujeto.

Respecto del odio: pensar la articulación de poesía y racismo

Para pensar las raíces del odio y el racismo, se ubica la sensibilidad y profundidad del tema de la segregación en París en los años '30. El escritor francés Aime Césaire (1913-2008), padre del concepto de *la negritud*, fue un poeta, dramaturgo y ensayista, símbolo de la esperanza de los pueblos oprimidos. Un poeta caribeño de lengua francesa, interlocutor sobre los temas que han preocupado desde siempre: discriminación racial sufrida por los negros de París, África y el mundo. Funda el movimiento de renovación literaria y pensamiento llamado *La Negritude*, concepto utilizado para definir y ubicar la raza negra durante los años '30. En 1935, junto a Leopold Senghor, publicó la revista *L'estudiant Noir*, donde se aludía a la esencia y cualidad de ser negro, debido a que en las Antillas se avergonzaban de serlo. Plataforma a muchos escritores negros procedentes de las colonias y les permite rebelarse contra modelos literarios tradicionales y reafirmar identidades.

Los postulados fundamentales del movimiento son los siguientes: afirmación de la dignidad de ser negro; revalorización de África y lo africano como respuesta a la idea racista de la inferioridad del hombre de color; énfasis de las cualidades del ser negro frente a las de ser blanco. Instala, en un principio, una agresividad inicial de *La Negritude* contra lo blanco europeo, como un lugar de combate por la descolonización y liberación de los pueblos oprimidos.

El problema que se le presenta a Francia en ese momento, así como en la actualidad (porque nada más actual que lo escrito por Aime Césaire), es la vuelta o retorno de los hijos de las colonias como legítimos ciudadanos franceses, reclamando el mismo trato o lugar y produciendo un rechazo por su color. Nada más oportuno que ubicar aquí el concepto de *Extimidad*, definido por Jacques Miller: "lo éxtimo es lo que está más próximo, lo más interior, sin dejar de ser exterior".

Odio, ciencia y racismo

La ciencia es un discurso que genera representaciones sobre el mundo con el fin de comprenderlo mejor. Estas representaciones, cuyo origen y justificación se encuentra en el estudio de casos particulares, cuentan con un grado de abstracción que las dota de un alcance suficiente como para ser aplicables a entidades análogas a costa de borrar las diferencias entre ellas. Es decir, de hacer caso omiso a sus singularidades. En el famoso cuento de Borges, "Funes, el memorioso", se lee: "Sospecho, sin embargo, que [Funes] no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos". Así, la ciencia en su afán de pensar el mundo, de generar un "para todos", olvida necesariamente el "para cada uno". A su vez, lejos de pensar a la ciencia como un discurso objetivo impermeable a las relaciones de poder, hay que pensar la ciencia como un discurso que al generar ciertas representaciones o taxonomías establecen una norma que, en general, viene a validar una norma ya instaurada en la dinámica social. Todo lo que esté por fuera de esta norma pasará entonces a ser considerado como patológico, incluso como ininteligible. Muchos ejemplos pueden ser citados para ilustrar esto, pero piénsese en cómo la ciencia, en línea con la dinámica social, han sostenido el mandato de heterosexualidad, siendo esta orientación la única válida y fundamentada científicamente (con la idea de una sexualidad orientada meramente a la reproducción y conservación de la especie) y patologizando a quienes no adscribieran a esta norma (cabe recordar que la homosexualidad fue considerada una enfermedad hasta no hace tanto tiempo). Sobre la base de este "para todos" sostenido por la ciencia, se justifica la segregación de quienes no cumplen con la norma establecida por ella.

El modo universal, según el cual la ciencia elabora un real, parece no tener límites, pero los tiene. Hay que captar lo que sitúa el racismo moderno, sus horrores del pasado, sus horrores del presente, sus horrores por venir. No basta con cuestionar el odio al otro. El odio al otro se expresa en la segregación, el racismo, terrorismo, religión.

Miller se pregunta "¿qué hace que este otro sea otro para que se lo pueda odiar en su ser? Pues bien, es el odio al goce del Otro" (Miller, 2011, p. 53). Esta sería la fórmula más general que podría darse del racismo moderno, tomando el de los años '30 también. Se quiere

reconocer al prójimo, pero siempre cuando no sea nuestro vecino. Se puede amar como a uno mismo, pero siempre en cuanto se encuentre bien lejos, cuando está separado. Cuando el otro se acerca demasiado, se mezcla con nosotros y, como dice Lacan, "ya no es aceptable".

Lo formulado por Miller como "causas oscuras del racismo" (2011, p. 48) se ubica en este intento que hace Césaire de categorizar las razones buenas y malas tanto del negro como del blanco. En ese intento de categorizar termina segregando, separando. Césaire puede ver y transmitir a través de sus poemas su dolor. La exclusión de las colonias se ve en sus palabras: "colonialismo, imperialismo moderno", "imponer orden y civilización", premisas de hoy y de antes para conquistar, calmar a los pueblos, someter, saquear, dominar, robar, matar, aplastar culturas con fines económicos y despiadados, lo que se ve desde los aborígenes de América, hasta Medio Oriente en la actualidad. Por eso dice Miller: "vivimos el retorno a todo esto, el retorno de la extimidad de este proceso" (2011, p.50). Los que querían conquistar hoy no soportan su retorno, son crueles y despiadados, dejando a la buena de dios los destinos de muchos seres.

¿Qué es el odio? ¿Por qué tanto odio al otro, al semejante, como dice la religión? ¿Qué se desconoce ahí? ¿Qué hace que ese otro sea tan intolerable que se olvida que es un ser humano, que sufre, sonrío, es feliz como todos? Se odia la manera particular que el otro goza. "La raíz del racismo, desde esta perspectiva es el odio al propio goce" (Miller, 2011, p. 55).

Todo sujeto es extraño a su ser más íntimo. Eso mío que anida en el Otro, ese manojito de goce que me pertenece, pero no está en mí puede ser lo más familiar que encuentre en el Otro, pero también lo más extraño. Fuente de mi amor y de mi odio. Ese resto inasimilable del cual hago al Otro portador puede suscitar mi rechazo, ésta es la base del fenómeno de violencia. Goce del cuerpo desanudado de lo simbólico en donde, al desfallecer la palabra, se golpea en el Otro lo inadmisibles de la propia existencia. Vivimos una época irónica, el ataque al Otro es sin causa ni razón y muestra la dificultad que tiene el sujeto para inscribirse en un discurso que le permita tratar ese resto ineliminable.

Por otra parte, "la ambivalencia freudiana amor/odio será rebautizada por Lacan como *odionamoramiento*, en donde el odio surge primero como lo indeseable en la demanda de amor absoluta, la de la presencia, previa a toda demanda de necesidad que devendrá

secundaria. Lacan sigue a Melanie Klein cuando considera que Freud, al describir la melancolía, ubica la relación con el goce que el sujeto no reconoce. De allí que la posición depresiva originaria sea más verdadera que la identificación al padre-amor” (Seldes, 2021).

Freud en su texto *Duelo y melancolía* (1915) hace una descripción del sujeto entristecido y dice que “la sombra del objeto recae sobre el yo” S. Freud (1915, Pág. 246). Toda la tristeza que depositaba en el afuera cae en el sujeto, lo que hace que todo el odio, el amor, lo intolerable se vuelva hacia adentro de la persona.

En relación a su tesis clásica de que *el mal no lo es*, Deleuze (2004) propone un recorrido de lectura por la obra de Spinoza -filósofo del siglo XVII- donde ubica que el mal está situado en relaciones que componen al sujeto, según su conveniencia o inconveniencia. Dice: “en este sentido, debe entenderse que el mal no existe (en sí), pero que si hay *lo malo* (para mí) (...) por lo tanto, se llamará *malo* a todo objeto cuya relación descomponga con la mía, lo que no obsta para que se componga con otras relaciones (inconveniencia)” (Deleuze, 2004, p. 45). El filósofo, en esa época desde cuya juventud se podría pensar adolescencia, fue excomulgado, discriminado por ser diferente, por pensar diferente.

El concepto de segregación en Psicoanálisis

El concepto de segregación es abordado por Lacan como un efecto del discurso y el abordaje del racismo desde una lógica del todo, todos blancos, todos negros. Ambas formas toman el malestar en la cultura como efecto del capitalismo.

La segregación como un concepto que se manifiesta de diferentes formas solapadas (ej. mujer, religión, pobre, etc.) y porque sería inherente al discurso por que se adapta a las diferentes formas del lazo social, ya que se puede encontrar la misma en todo lazo social.

En el seminario 17, el reverso del Psicoanálisis (2) Lacan dice: ...Todo lo que existe esta fundado en la segregación (...) Nunca se ha terminado completamente con la segregación... Nada puede funcionar sin ella, es el efecto del lenguaje. Derenzensky (2008) afirma que "el discurso capitalista nos permite situar la articulación entre la lógica del para todos impulsada por la ciencia el empuje a la producción masiva impuesta, con la excepción de algunos (raza y otras religiones), que constituye el resorte de los efectos de segregación con sus múltiples

manifestaciones que incluye la intolerancia radical de los modos de vida diferentes". Ataco en mi compañero a mi ser más íntimo, mi *kakon*. Lo que se juega allí no es sólo la agresividad imaginaria que se dirige al semejante sino algo tan complejo como la segregación.

En *La agresividad en psicoanálisis* encontramos un desarrollo de este concepto, El *kakon* es aproximado al "objeto malo" de Melanie Klein. *Kakon* es una palabra griega que significa desgracia y dolor. "Jacques-Alain Miller nos aporta una precisión importante al indicar que el *kakon* es uno de los nombres del objeto como éxtimo. El ser golpeado en el exterior es el ser más íntimo del sujeto. No se trata pues de una proyección ya que el *kakon* es el ser del sujeto identificado al objeto a como plus de goce." (Experiencia analítica *Silvia Elena Tendlarz, Mal entendido 3 buenos Aires 1998*).

En el texto *Acerca de la causalidad psíquica* de 1948, Jacques Lacan hará referencia a Guiraud diciendo que el autor va muy lejos afirmando, que en las psicosis: "lo que el alienado trata de alcanzar en el objeto al que golpea no es otra cosa que el *kakon* de su propio ser. (p,169).

Jacques Lacan, hablando sobre el drama social que corre en estos tiempos y refiriéndose a la violencia, dice: "el riesgo de la locura misma se mide por el atractivo mismo de las identificaciones a las que el hombre compromete su verdad, su ser" (Lacan, 1966, p. 165) y plantea a la locura como una grieta situada en su esencia, porque piensa en ese momento a la locura como límite de su libertad tomando como chiste la frase "no se vuelve loco el que quiere" (Lacan, 1966, p. 166). Continúa diciendo que tampoco al que quiere alcanzan los riesgos. Igualmente dice que no basta los organismos débiles, que poderosas identificaciones pueden seducir al ser.

En la injuria del llamado *bullying* se ataca al Otro en su ser. Se lo humilla. Se apunta en el compañero, que funciona como un hermano intruso, a lo indecible del propio goce, a "lo que no se ha podido integrar de la propia alteridad en la imagen narcisista y unitaria del yo". [Bassols, M., "La violencia contra las mujeres]

El racismo abordado desde el Psicoanálisis

Si tomamos el texto "Radiofonía y televisión" donde se interroga a Lacan por el aumento del

racismo, el mismo responde que mientras se mantenga una distancia entre los sujetos la amenaza que implica la proximidad del goce del otro puede ser soportada y que la problemática del racismo comienza cuando todo entrelaza, cuando el extranjero se me aparece como invasivo, cuando el otro invade mis lugares. Derenzesky agrega "no se trata solo de la agresividad imaginaria que se dirige al semejante, en el racismo se odia a la manera particular en la que se imagina el goce del otro".

Durante los últimos decenios se han constatado acontecimientos que podríamos definir como hechos traumáticos provenientes de estos tres síntomas ubicados a lo largo del trabajo y en consonancia con el augurio de Lacan en "Radiofonía y televisión". Llamamos hecho traumático a una irrupción de violencia que cae sobre el sujeto y de la cual el sujeto mismo, en principio, no es responsable.

Podemos pensar así que se trata de una época en la que el espanto no es solo posible, sino que encarna una presencia avasallante, que forma parte de la vida cotidiana. En todos estos sucesos, el horror está encarnado en los otros. "Lo que más se acerca al ser que ya no ha de existir, nada concentra más odio que ese decir donde se sitúa la existencia. En el odio la relación es de execración" (Lacan, Seminario 20).

3.3. Adolescencia e identificación.

Por todo lo dicho, queda claro que la adolescencia es una etapa crítica en el ser humano, en la cual los sujetos reafirman cuestiones intrapsíquicas que se encontraban latentes, como la formación de sus síntomas, reafirmación de su fantasma y su sexualidad antes no desarrollada. No es de sorprender que los jóvenes a la hora de salir a la vida externa deban tratar de ubicarse y, en muchas ocasiones, esta necesidad de poder encajar, de ser aceptados, los lleva a posibles identificaciones con líderes que tienen posiciones violentas y odiosas con el resto. ¿Por qué no identificarse con los sujetos que tienen rasgos más bondadosos?, podría ser la pregunta. Es aquí donde en esta época todo se dificulta más, ya que la violencia, el odio y la segregación son parte de un síntoma social.

Desde una mirada filosófica, Zygmunt Bauman se pregunta: si uno pierde la dignidad, ¿cuál es el sentido de seguir viviendo? Según él, una vez despojados de ese valor, el máspreciado para los seres, no hay razones. El atributo *sine qua non* de la vida es la dignidad. En la sociedad actual, la vida es sobrevivir, viven los más fuertes. Este es el mensaje que sin cesar transmiten los medios: reality shows como Gran Hermano refuerzan la idea de que ya no vivimos en ese mundo ideal donde la confianza en el otro es la norma. Muy por el contrario, se exagera la desconfianza y la hostilidad hacia el prójimo al punto tal de negar su dignidad para reafirmar la propia. Y sostener como dice el autor nadie es indispensable. “Hemos regresado a la sombría verdad del mundo darwiniano: los que sobreviven son invariablemente los más aptos” (Bauman, 2005, p 118).

¿A qué extremo de odio-amor se puede llegar con una identificación? ¿Qué hacer con lo insoportable que me habita? Se podría ubicar o señalar lo intolerable para mí de una manera que no sea agredir y ser violento con el otro, haciéndolo objeto de mis burlas, humillaciones, descargas como puede observarse en los jóvenes adolescentes de los colegios, que padecen el horror de lo más oscuro de ciertos grupos de chicos. Mauricio Tarrab, nos dice: “Jacques Lacan en la nota italiana trata de hacer algo con eso inhumano que nunca podrá entrar en lazo con los otros, lo que no es colectivizable de cada quien, en suma lo que funda lo real de su síntoma, lo singular a subjetivar en el análisis” (2016, p.71).

Tomando la idea de la fragilidad en la construcción de la singularidad en la adolescencia y pensando la identificación como uno de los elementos muy importantes de lo cual se sirve un sujeto, el odio y la segregación son salidas muy comunes para el joven, como lo piensa Hélène Deltombe, quien estudió los nuevos síntomas articulados al lazo social y observó que podían convertirse en fenómenos de masa, incluso en epidemias: alcoholismo, violencia, odio. Se conocen las alcoholizaciones grupales, toxicomanía, pone en la misma serie la anorexia-bulimia, la delincuencia, los suicidios en serie de adolescentes, etc. Esta socialización de síntomas de los adolescentes debe tenerse en cuenta, momento en el que la socialización del sujeto puede hacerse bajo el modo sintomático. La autora plantea la oportunidad que tiene el psicoanálisis para darle herramientas y acompañar a los jóvenes.

En la actualidad es más frecuente, frente a la necesidad de pertenencia y seguridad -sumando la desorientación familiar que hoy se presenta-, la vorágine de una vida que, con sus ideales particulares de una vida mejor, confortable, lleva a cubrir compromisos económicos a los cuales hay que responder. Esto lleva a más tiempo de compromisos laborales y en algunos casos sobreocupación para poder tener ese bien, lo que deriva en muchas horas de trabajo para cumplir con esas metas y menos tiempo libre para criar un hijo, para la satisfacción, para el ocio, para la creatividad, para la transmisión de valores, de costumbres, de amor al prójimo, de poder ser más tolerante con las diferencias. Y esto da como resultado mucha soledad, hay adolescentes que desde una edad muy temprana son criados por la Play, con juegos muy dañinos para el psiquismo como, por ejemplo: GTA San Andreas. Este juego, ambientado en Los Ángeles, involucra pandillas, drogas, robos y asesinatos.

Este juego nos muestra cómo cualquier individuo puede ir circulando con un propósito particular y matar o golpear a quien quiera. Es un juego violento, sin creatividad más que como derribar y agredir, golpear, y destruir a mi semejante. Sin mediación de palabra. Muchos de los adolescentes de hoy a una edad muy pequeña se encontraban jugando a este juego. Miller nos dice que los adolescentes nos muestran las mutaciones del orden simbólico, “entre esas mutaciones del orden simbólico, ante todo la principal, a saber, la decadencia del patriarcado. En la última enseñanza de Lacan, el padre ya no es el que era en su primera enseñanza. El padre se volvió una de las formas del síntoma, uno de los operadores susceptibles de efectuar un nudo de tres registros. Dicho de otro modo, la función que le era eminente es degradada conforme las limitaciones naturales son rotas por el discurso de la ciencia. Ese discurso, que nos ha llevado a las manipulaciones de la procreación, ha producido también que, vía los *gadgets* de comunicación, la transmisión del saber y las maneras de hacer, de un modo general, escapen a la voz del padre” (Miller, 2015)

1.4. El odio de sí, suicidio en la adolescencia

“Es posible que la muerte en sí no sea una necesidad biológica. Tal vez morimos porque deseamos morir. Así como el amor o el odio por una persona viven en nuestro pecho al mismo tiempo, así también toda la vida conjuga el deseo de la propia destrucción. Del mismo modo

como un pequeño elástico tiende a asumir la forma original, así también toda materia viva, consciente o inconscientemente, busca readquirir la completa, la absoluta inercia de la existencia inorgánica. El impulso de vida o el impulso de muerte habitan lado a lado dentro nuestro. La Muerte es la compañera del Amor. Ellos juntos rigen el mundo. Esto es lo que dice mi libro: "Más allá del principio del placer". En el comienzo del psicoanálisis se suponía que el Amor tenía toda la importancia. Ahora sabemos que la Muerte es igualmente importante. Biológicamente, todo ser vivo, no importa cuán intensamente la vida arda dentro de él, ansía el Nirvana, la cesación de la "fiebre llamada vivir". El deseo puede ser encubierto por digresiones, no obstante, el objetivo último de la vida es la propia extinción".

El valor de la vida

Si pensamos que todo intento de suicidio es dar cuenta de una muerte subjetiva, ¿construir subjetividades, aunque sean superficiales son una manera de estar vivo? Es un momento donde hay una caída de las identificaciones familiares y de las identificaciones sociales y de los ideales sociales. Frente a esa caída, el adolescente está obligado, en términos de responsabilidad subjetiva, a hacer una invención, construir lo que se diría en psicoanálisis, una ficción; es decir, algo que lo represente. De ahí pueden producirse unas identificaciones que son sustitutivas de las que han caído, pero esas identificaciones son efímeras y no son muy consistentes. Pero cuando se fracasa en la invención que todo adolescente debe hacer (y que es una construcción singular porque ya no hay tradiciones o costumbres de paso, ya no hay ritos de iniciación a nada), cuando falla la orientación que ya tenía constituida, entre las posibles maneras de responder a ese momento lógico está el suicidio. Es decir, un suicida no tiene una apuesta de desear vivir. Es un momento de debilitamiento del deseo de vivir. Ese sentimiento de caída del deseo del Otro, de caída de la vida, de caída de las posibles apuestas, de la caída del deseo mismo de vivir, parece generalizado y se presenta de distintas maneras.

Podríamos decir al estilo de Bauman que vivimos en la época donde hay una caída del otro y el semejante no significa nada. Por lo tanto, hay una caída del mundo del otro, lo que hace más permisible que el odio de sí mismo vuelva a nosotros. Será en el Seminario de la ética que encontraremos la expresión *odio de sí*, cuando Lacan se refiere a la conciencia moral en su extrema paradoja, "más exigente cuanto más afinada, tanto más cruel cuanto menos la

ofendemos, tanto más puntillosa cuanto es en la intimidad misma de nuestros impulsos y nuestros deseos, que la forzamos a ir a buscarnos por nuestra abstención en los actos". La conclusión es que el superyó deviene más sádico cuanto más se renuncia a la satisfacción. El odio de sí es el de aquel que se castiga a sí mismo. (Lacan, Seminario 7).

El *odio de sí* apunta al ser, a lo que de sí escapa a la palabra, el goce oscuro, desconocido y siempre rechazado. Lacan afirmará que, en algunas personas, existe una tendencia irresistible al suicidio que se hace reconocer en la práctica analítica en las últimas resistencias con las que se enfrentan como sujetos, y que se caracterizó por el hecho de haber sido *niños no deseados*. "No aceptan ser lo que son, no quieren saber nada de esa cadena significativa en la que solo a disgusto fueron admitidos por su madre".

Lacan dirá que es muy importante la manera en que un sujeto fue deseado. Hay gente que vive bajo el efecto que durará largo tiempo en sus vidas bajo el hecho de que uno de los padres no lo deseó. "El sujeto parlante se hiere para lastimar al Otro malo que hay en sí, así como no puede lastimar al Otro sin dañarse a sí mismo. El *odio de sí* se dirige, de este modo, al lugar donde falta la palabra que lo autorizaría a simbolizar el agujero en la cadena significativa que implica la demanda a ese Otro primordial" *Patología de la esperanza y el odio de sí*. (Seldes, 2021).

También, Seldes en el recorrido de su artículo ubica qué pasa con los adolescentes que se inmolan por causas religiosas. El *odio de sí* puede inscribirse en el Otro en atentados suicidas religiosos. Si consideramos que no se trata de la identificación religiosa al padre, sino el rechazo de la parte perdida no reconocible del goce, nos encontramos con la dimensión de los dioses oscuros que exigen un sacrificio, el del objeto *a*, el objeto más precioso que viene a ocupar el lugar del objeto perdido.

En todos los casos en que se trabaja con adolescentes, se podría orientar un fenómeno de goce separador como una respuesta del sujeto a una alienación que no da otra salida que la del acto. También, como dice Helene Del Thombe, se cuenta con el t-acto del analista y las instituciones que se ocupan en saber cómo responder al odio al cuerpo para que, como dijo Seldes, "ese pedacito, la libra de carne que se sacrifica en la dialéctica del compromiso con el Otro, no avance en forma imperiosa hacia el sacrificio totalizante" (Seldes, 2021).

CAPÍTULO 4: CASO BÁEZ SOSA

Ruge el patio
En silencio
Quien puede gritar
Acaso
El espanto
Juguetea a contrapelo
Sobre baldosas
Sin orillas
Es el hombre
La muerte
Quien desliza su propia
Carne
Cosa de todos los días
Celina Gerardi

4.1. Relato del caso

Fernando Báez Sosa, de 18 años, había llegado a Gesell el jueves 16 de enero del 2020 y pensaba quedarse ahí una semana. Estaba con amigos y su novia Julieta Rossi, con quien cumplía 10 meses de relación el domingo 19. La noche del viernes 17 fueron a bailar a Le Brique y todo marchaba normal hasta que hubo una pelea con los que luego serían acusados de asesinarlo.

Las razones por las cuales se provocó el altercado son difusas: hay testigos que afirman que comenzó por el vuelco de un trago sobre la camiseta blanca de uno de los rugbiers a causa de un empujón accidental; y otros dicen que fue por el malestar de los empujones constantes e involuntarios por la excesiva cantidad de personas dentro del local bailable.

Sea como sea, al notar las primeras piñas y agresiones verbales entre el grupo de Fernando y el de los rugbiers, los patovicas los sacaron a todos del boliche a la fuerza.

Una vez afuera, entre las 4.41 y las 5 de la mañana, el grupo de Zárate fue al encuentro de Fernando para golpearlo hasta dejarlo inconsciente. El ataque quedó registrado en las imágenes de las cámaras de seguridad municipales y los videos y fotos de los testigos de la zona.

Tras la golpiza y el aviso de los amigos de Fernando a la comisaría de Villa Gesell, un patrullero salió a buscar a los agresores por la zona aledaña al boliche, que se habían dividido en dos grupos para escaparse en direcciones diferentes.

Según la fiscalía, Máximo Thomsen, Alejo Milanesi, Blas Cinelli y Ayrton Viollaz se escondieron en el chalet que alquilaban. Mientras que Luciano y Ciro Pertossi, Matías Benicelli, Enzo Comelli y Juan Pedro Guarino fueron identificados en la entrada de un supermercado, donde fueron interrogados por la policía y aseguraron no tener nada que ver. Luego, las cámaras de seguridad del supermercado mostraron que al ser abordados casi todos escondieron las manos en los bolsillos.

Por otra parte, la fiscalía recogió una filmación de las cámaras de seguridad de una sucursal de McDonald's, donde se demuestra que cuatro del grupo ingresaron al local gastronómico para comprar el desayuno tras el brutal homicidio: Lucas Pertossi (con la ropa cambiada), junto a Alejo Milanesi y Blas Cinelli. A los pocos minutos, aparece en escena Máximo Thomsen, también con atuendo cambiado.

¿Quién era Fernando?

Fernando José Báez Sosa había nacido el 2 de marzo de 2001, un adolescente como muchos, criado en un hogar de clase media de Buenos Aires. Era el único hijo de Silvino Báez, encargado de un edificio de la Avenida Pueyrredón al 1800, en el Barrio de Recoleta, y de María Graciela Sosa, cuidadora de ancianos, quienes hace dos décadas llegaron a la Argentina desde Paraguay buscando un destino mejor. Según palabras de su padre, habían decidido venir a Buenos Aires para que su hijo tenga una oportunidad de una vida mejor.

Desde pequeño Fernando supo de sacrificios: sus padres no podían pagar la cuota de un colegio privado y durante un año y medio se preparó para ganar una beca en el Colegio Marianista de Caballito, donde quedó seleccionado entre 400 postulantes.

También entendía de solidaridad cuando se sumó al “Proyecto Servir”, un programa que consiste en destinar una semana de las vacaciones de verano a realizar tareas de albañilería y construcción para organizaciones sociales. Y colaboraba con la ONG “Seres vs Teneres” que ayuda a gente en situación de vulnerabilidad en la Provincia de Buenos Aires.

Cuando terminó quinto año del colegio finalmente se decidió por la carrera de Derecho. Quería ser abogado y ahorrar plata para llevar a su mamá a recorrer el mundo. Aprobó todas las materias del Ciclo Básico Común y el premio fueron esas mini vacaciones de cuatro días en la playa, las primeras sin sus padres, las primeras con amigos, las primeras de “adulto”.

Aquella noche del sábado 18 de enero de 2020 también estuvo su novia en el boliche “Le Brique”, en pleno centro de la ciudad de Gesell. Bailaron con el grupo de amigos y en un momento él se fue, quería ver el concierto de Neo Pistea. “Te amo. Después te vengo a buscar”, contó Julieta que le dijo. Pero Fernando no volvió y ella tampoco lo pudo encontrar adentro. Cuando salió a la calle a buscarlo, él ya estaba muerto.

Acusados

Máximo Thomsen (23), Enzo Comelli (22), Matías Benicelli (23), Blas Cinalli (21), Ayrton Viollaz (23), y Luciano (21), Ciro (22) y Lucas Pertossi (23).

Máximo Thomsen. Era uno de los más destacados en el ámbito del rugby dentro del grupo. Fue uno de los agresores de Báez Sosa, según relataron a la Justicia los testigos. Thomsen había sido expulsado del boliche *Le Brique* minutos antes del ataque a Báez Sosa. Era socio del Club atlético San Isidro (CASI), vivía en Zárate y estudiaba Educación Física. Según las pericias, fue quien le dio la patada mortal a Fernando.

Ciro Pertossi. Nació el 8 de mayo de 2000. Es otro de los acusados a los que la Justicia le atribuye mayor responsabilidad en el crimen. Es hermano de Luciano Pertossi y primo de Lucas Pertossi.

Lucas Pertossi. Nacido el 25 de febrero de 1999, es el mayor del grupo. La fiscalía determinó que registró con su iPhone la secuencia del ataque, desde que fueron expulsados del boliche hasta que él mismo dejó de grabar la golpiza para agredir a un amigo de Fernando.

Luciano Pertossi. Nació el 29 de enero de 2001. Fue reconocido por testigos como uno los "agresores de Fernando". En las filmaciones se lo observó cómo participó de la golpiza a Fernando. Es hermano de Ciro Pertossi y primo de Lucas.

Matías Benicelli. Nació el 5 de noviembre de 1999. Fue quien abrió la puerta a la policía a las 10.30 cuando se ordenó la aprehensión del grupo en la casa que alquilaban en Villa Gesell.

Enzo Comelli. Nacido el 25 de febrero de 2000, al ser detenido presentaba un "hematoma sobre el labio inferior"

Blas Cinalli. Nació el 18 de abril de 2001, según la imputación se hallada en el lugar de los hechos".

Ayrton Viollaz. Nació el 9 de mayo de 1999. Es el único del grupo que no tenía teléfono celular. Todas las probanzas valoradas lo ubican en el lugar de los hechos.

4.2. Repercusiones

Artículo periodístico *Página 12*

3 de enero de 2023 - 00:11

Por José Luis Lanao

“La banalización de la violencia y la pulsión de matar”

Se inició el juicio por el crimen de Fernando Báez Sosa, el joven de 18 años asesinado a golpes en la madrugada del sábado 18 de enero de 2020, en Villa Gesell. A los ocho rugbiers implicados -detenidos e imputados por el delito de “homicidio doblemente agravado por alevosía”- se les pide la pena máxima de prisión perpetua.

Vivimos en una permanente banalización de la violencia. Esa banalización adquiere su dimensión más inmediata y fulminante en unas de sus pulsiones: la pulsión de matar. No penséis que el mal y su banalidad se oculta en criaturas “extraordinarias”. El mal, hasta el más infame, se puede cobijar en la estructura física y mental de un ser banal y normal.

Este es un crimen producido por machos “normales”, o sea banales, matones de casta, desatados, agresivos, con la cultura del “falo” en los puños y el cerebro lleno de testosterona neolítica. Esa cultura gris donde se extingue todo residuo de piedad hacia el otro, y la figura humana deja de conmover. Un soporte inestimable para una opresión concreta, de poder y sumisión, derivados de una estructura social jerárquicamente explotadora.

En ocasiones, esa banalización se apodera íntegramente del Estado. Todo Estado se puede convertir en una máquina inquietante de banalizar la violencia y la muerte. Francisco Franco firmaba penas de muerte mientras tomaba el café de sobremesa con su señora y sus ministros. Jorge Rafael Videla, ese individuo banal e irremediablemente normal, se estremecía de éxtasis ante un gol mundialista mientras a sus espaldas miles de almas deambulaban por las aguas de un río pardo, ensangrentado y sombrío. El nazismo no hubiera prosperado sin ese antisemitismo social tan normal y banalizado de la época. Para que la cultura de la deshumanización del otro se legitime es necesario colocar a las personas contra las personas, inferiorizar para dominar, banalizar la muerte, la violencia y sus exacerbaciones.

Netflix inunda el mercado de la modernidad con una lluvia fina, penetrante, de documentales de asesinatos en vivo, donde visto uno banalizados Se mata a distancia. Se separa a la víctima del verdugo. Se deja menos huella de conciencia. Es la banalización suprema de la muerte gracias a la tecnología. Y entonces pasa lo que pasa. Y lo que pasa es que la pulsión de golpear, de insultar, de violentar, de matar, se tiene muy al alcance de la mano.

La civilización se basa en la palabra. Pero la convivencia, esencia de la civilización, se basa en el silencio. Se habla poco de la banalización de la violencia y de la muerte. Se habla más del derecho a la identidad, un término, que, como la libertad o la justicia, define un anhelo abstracto más que una realidad. Una determinada ideología -muy en línea con la

banalización de la violencia y de la muerte- insiste en que las identidades distintas son enemigas. “La identidad es el fundamento principal de la confrontación de nuestro tiempo. Todo lo que nos identifica está siendo atacado”, expresaba hace unos meses, la líder de extrema derecha y primera ministra italiana, Giorgia Meloni. Uno, lo único que ve, es gente distinta, que piensa distinto. Determinadas identidades se sienten amenazadas, y sentirse amenazado es una sensación muy personal. Uno de los rugbiers detenido expresó que se sintió así, “amenazado”, como Meloni. Lo dicho, una sensación muy personal, un tanto normal, un tanto banal.

Artículo de *La Nación*

21 de enero de 2023 - 00:06

Por Alan Talgham

“El crimen de Villa Gesell: La distinción clave entre la justicia y la venganza”

Desafortunadamente, la violencia siempre es actual. Su tramitación en el orden social es y será posiblemente una cuestión eterna. Porque, en cierta medida, la violencia nos constituye. Es una parte de nuestro ser. Podría pensarse, incluso, que la vida en comunidad transcurre en un esfuerzo constante de tratamiento de nuestro componente agresivo. De allí el peligro de sostener el ideal de una sociedad sin conflicto, sin desacuerdos y perfectamente armónica. Despojarnos de tales pretensiones nos permite situarnos de modo más genuino ante un síntoma que, como tal, debemos soportar. Lo dijo Freud –la referencia es conocida–, el malestar en la civilización es producto de la represión de ciertas satisfacciones pulsionales, entre las que se encuentra, por supuesto, la de la pulsión de muerte. Si pretendemos que algún tipo de cultura se sostenga, debemos trabajar con el malestar que genera la represión de esas pulsiones violentas.

El asesinato de Fernando Báez Sosa, perpetrado por un grupo de rugbiers, es el producto de una disolución de la barrera cultural. En este crimen, los dispositivos simbólicos abandonaron su función para dar paso a una violencia desatada que ni siquiera encontró su límite en la muerte. Por eso, el accionar de la Justicia se vuelve ahora tan esencial. Lo que está en juego es la regulación de la violencia.

"La venganza perpetúa la violencia, en tanto la justicia le pone término"

La cultura ha encontrado, a lo largo de los siglos, diferentes dispositivos de tramitación de la agresividad. Ninguno es infalible, dado que la agresividad no se erradica. Pero sí se controla, se relocaliza y se puede llegar a ordenar. En gran medida, estos arreglos dependen de la función de la palabra. La palabra permite encontrar mediaciones posibles para un fenómeno que, de otra manera, no tendría fin.

La violencia es de dos, incluso si son ocho contra uno. Que sea de a dos no significa que sea recíproca ni que se trate de una distribución pareja, sino al contrario: no hay tercero que le marque una referencia. Es decir, alguien o algo que establezca desde afuera un límite para demarcar que una cuenta está saldada. Sin embargo, hay ciertos códigos. Esto es parte incluso de la sabiduría popular. Cuando el "enemigo" en un combate callejero está tendido o indefenso, se lo deja de golpear. Seguir infligiendo daño a alguien que está en el piso es romper una estructura social fundamental: es "no tener códigos". Más aún si dicho rival ni siquiera se presenta a la pelea, si la supuesta lucha no es tal.

Cuando los códigos se rompen, el único límite es la muerte. E incluso, hablando estrictamente, ni siquiera esta lo es. Se estudia actualmente la posibilidad de que "los rugbiers" hayan seguido golpeando a Fernando Báez Sosa incluso después de haberse producido su deceso. Nada ilustra mejor lo ilimitado de la violencia que esta imagen macabra: un grupo de hombres flagelando un cadáver. ¿Cómo podemos abordar un fenómeno de estas características?

"Los asesinos de Fernando actuaron conforme al imperativo de la venganza"

Por motivos diversos, el caso Báez ha tomado un protagonismo muy grande en los medios. Una gran parte de la opinión pública se expresa en favor de una condena severa para los agresores. Hay quienes, en esto, perciben las características de una venganza. Pero es erróneo. Se trata de un pedido de justicia, cuyas coordenadas hay que separar tajantemente de aquellas de la venganza para entender la importancia de su función.

La venganza participa de la lógica de la violencia. Según el antropólogo René Girard, la vendetta es una práctica que conduce a una escalada de asesinatos sin fin. En ella, la sangre se paga con sangre, y no hay ningún elemento que opere como mediador, como marca de que se ha llegado a un límite y de que se han ajustado las cuentas. La venganza desencadena un proceso interminable que amenaza las bases mismas del lazo social que funda una comunidad. En la venganza, se borran las diferencias y prima la mismidad: se busca destruir al otro en una relación especular.

Los asesinos de Fernando actuaron conforme al imperativo de la venganza. Reaccionaron por una nimiedad, considerada por ellos una grave ofensa, y salieron a buscar su resarcimiento. En este accionar fatal, se ubicaron por fuera de la ley, quebrando el pacto social que mantiene el orden establecido. Es que la venganza, desde tiempos inmemoriales, está terminantemente prohibida en casi toda comunidad humana.

La prohibición de la venganza tiene un valor específico, es decir, esencial. Su proscripción supone el establecimiento de un dique contra la violencia. No se trata de una imposición arbitraria, sino de un dispositivo con una función basal. La vida en común se sostiene, en gran medida, a partir de ese movimiento extraordinario. Es la creación de la justicia.

La justicia debe ser tajantemente separada de la venganza. Así, una y otra se distinguen por sus fundamentos, su ejecución y sus consecuencias. La justicia es una operación simbólica que tiene como horizonte la regulación de la agresividad y el establecimiento de un límite ante la violencia. La venganza, por su parte, no hace más que perpetuarla.

La cuestión, no hay que soslayarlo, es que la justicia comporta en sí un elemento de violencia. Privar a alguien de su libertad mediante el ejercicio de la fuerza puede calificarse, sin duda alguna, como un acto violento. De ahí que el reclamo de un castigo disciplinario para los actores de un homicidio, a simple vista, pueda leerse con esta connotación. Sin embargo, en el corazón mismo de ese reclamo hay algo totalmente distinto. Lo que se reclama es justicia.

La justicia es, en términos simples, un acto que posee un carácter diferencial, una violencia que pone fin a la violencia. La única forma de frenar la escalada de la agresividad, la única manera de restablecer el orden en una comunidad dada, es mediante un acto que posea, a su

vez, el estatuto de un símbolo. Impartir justicia es una operación que dista mucho de la consecución de una venganza. Va en el sentido totalmente contrario. Lo que hace es restablecer la función de lo simbólico en un contexto en que la operatoria de la ley ha perdido su eficacia.

El asesinato de Fernando Báez Sosa produjo un sismo en la sociedad argentina, cuyas réplicas perduran hasta hoy. No son casuales la magnitud de la cobertura mediática del juicio y la atención que ha suscitado. Calificarlos de mero interés sería cuanto menos impropio. Si hoy es tal el foco puesto en la sentencia, es porque lo que está en juego en la condena de los agresores trasciende las particularidades del caso. De lo que se trata es del restablecimiento de la institución de la ley como tal.

4.3. Comentarios sobre el hecho

El tema de este trabajo de tesis de maestría tiene como eje central la adolescencia y su relación con la construcción singularidades en una época como la nuestra en la que el odio y la segregación se han convertido en síntomas sociales.

Tenemos perfiles de adolescentes totalmente diferentes. Por un lado, el de Fernando, que se nos presenta como un joven que está transcurriendo una adolescencia -se podría inferir- “normal”, con deseos identificatorios del lado de sus padres: de ser un sujeto con un futuro, con estudios, que había logrado encontrar a el amor. Esto puede ubicarse en el relato de la historia: es hijo de migrantes que habían venido al país a buscar un futuro mejor para su hijo. Asimismo, el joven presenta una inclinación clara a considerar al otro, ayudarlo, lo que se puede observar en sus actividades de colaborar en diferentes organizaciones. Podía relacionarse con sus pares, tener amigos, hacer lazos con un distinguido rasgo de amor al prójimo. Por ejemplo, en su trabajo en la ONG donde se dedica a construir viviendas para otros. Su capacidad de ver el otro que sufre y darle una colaboración se observa desde la carrera que el joven elige, abogacía.

Por otra parte, nos encontramos con otro perfil de adolescentes mucho más cercano a la deshumanización y del goce mortífero de una época que empuja al goce y que encuentra satisfacción a pesar del otro. Las premisas son gozar, pasarla bien, a costa del resto.

Fenómeno de masa

En el mismo podemos observar en principio, un fenómeno de masa, ya que los ocho jóvenes imputados negaron la dignidad de otro ser humano. “La mayoría de nosotros coincidiría en que el sufrimiento sin sentido y el dolor infligido insensatamente no pueden tener excusas y no serán defendibles en ningún tribunal, pero menos están dispuestos a admitir que matar de hambre o causar la muerte a un solo ser humano no es y ni puede ser “un precio que valga la pena pagar”, por “sensata” o incluso noble que pueda ser la causa por la que paga; el precio no puede ser nunca la humillación o la negación de la dignidad humana (...). Quien busque la supervivencia asesinando la humanidad de otro ser humano solo consigue sobrevivir a la muerte de su propia humanidad. La negación de la dignidad humana desacredita el valor de cualquier causa que necesite de esa negación para confirmarse” (Bauman, 2003, p. 111).

Del fenómeno de masa Freud se pregunta ¿qué es lo que hace que la multitud influya tan fuertemente, para que un sujeto actué tan diferente a los que puede ser? La primera respuesta que da, es que los individuos actuarían de forma totalmente diferente cuando se trata de actuar en una multitud que individualmente. “hay ideas que solo se convierten en actos, estando en masa” (Freud, 1921, p. 70).

El autor nos plantea que tiene que haber algo que los una, en este caso el deporte que practican los acusados, no es necesariamente tejer o bordar si no que consta de perseguir, golpear, derribar al contrincante. Quitarle la pelota la cual se pone como una presa, al estilo del juego llamado Pato (que en otras épocas se jugaba con una presa de verdad, donde la vida de un ser no tenía más valor que el de una presa, o trofeo).

Aquí podríamos ubicar como si hubiera algo de la deshumanización de la presa, a quien hay que derribar y traer de trofeo, una identificación o fin común. Un rasgo alienante. Un significante que los representa podría ser “cazar” o “derribar a la presa”.

En la masa desaparece lo individual, el sujeto todo se hunde y aflora el “inconsciente racial” (Freud, 1921, p 71). Como si el sujeto se entregara a sus instintos, que de estar solo los hubiera reprimido, y se libera, parece que al estar en masa lo desresponsabiliza. Como si algo de la penalidad individual no fuera valido. De hecho, los jóvenes culpables tienen un solo abogado, se cortaron el pelo todos iguales, y la defensa apunta a ser una sola. A no

individualizar. Como si el objetivo fuera forzosamente perder la vista de un solo sujeto. No poner el énfasis en culpar a uno, si no somos todos, no se cual es.

Sigmund Freud nos habla de una disposición constitucional a la maldad humana, la desaparición de la conciencia moral, según él, todo individuo renuncia fácilmente a su interés personal cuando pertenece a la masa. La sugestión nos dirá, será algo que también puede comprobarse en el fenómeno de masa, donde el sujeto parece un autómatas carente de voluntad. Freud citará a Le Bon, quien sostiene que la diferencia entre la sugestión y el contagio, es que el primero es comparable con el hipnotismo y el contagio, con la exteriorización de la sugestión.

En el presente caso, los adolescentes agresores parecen estar contagiados de odio, casi sin razón al seguir pateando en el piso a Fernando, y además podríamos pensar que parecen hipnotizados de violencia cuando insisten en los golpes. La identificación en masa opera donde parece no haber posibilidad de detenerse a pensar en las consecuencias de los actos.

¿Qué edad hay que tener para ser responsable penalmente?

De lo hablado anteriormente se desprende la pregunta antes formulada, Foucault en su texto *Vigilar y Castigar*, nos relata la evolución de los sistemas represivos tradicionales. Hasta entrado el siglo XIX se condenaba a muerte a los niños, hay una convención escrita en el año 1989, donde diferentes países establecen una edad mínima donde se presume que un menor no tiene capacidad para infringir la ley, “en países como Irlanda, Suiza, Escocia, Inglaterra esa edad mínima está entre, siete, ocho hasta los quince, encontrando en Turquía (11) y Holanda (12) el límite inferior” (Seguí, 2012, p. 86).

El autor nos dirá que la mayoría de los casos de transgresiones de los adolescentes no llegan a causas penales, que se ignora lo que configura una clave fundamental en el abordaje que es el síntoma de la adolescencia. Piensa que “con la crisis de la familia y la caída de las referencias ideales tradicionales – en particular con la desvalorización de la autoridad del padre –han alentado a la instauración de valores sustitutivos ante los cuales la desorientación de los adultos provoca auténticos estragos. La sociedad adolescente se caracteriza por la inmadurez, la ignorancia, y una desresponsabilización que delega en el amo por excelencia

(el otro de la ley, encarnado en la policía, jueces) la imposición de nada es imposible y de que la satisfacción debe ser inmediata (Seguí, 2012, p. 91).

El recorrido que hace este autor parece ser una descripción del caso que se analiza, donde este grupo de adolescentes sin entender la penalidad y la gravedad de los actos, casi como dormidos, ignorando la gravedad de sus acciones, llevan su acto hasta el extremo de la muerte.

Vemos en este ejemplo un caso acorde a lo que Freud explica en psicología de las masas.

Odio, segregación, racismo

¿Qué es el odio? ¿Por qué tanto odio al otro, al semejante, como dice la religión? ¿Qué se desconoce ahí? ¿Qué hace que ese otro sea tan intolerable que se olvida que es un ser humano, que sufre, sonríe, es feliz como todos? “La raíz del racismo, desde esta perspectiva es el odio al propio goce” (2011, p. 55), dice Miller.

En la lectura de este caso convergen dos variables, por un lado, la masa, la identificación a ese significante que me representa o creo que tiene que ver conmigo, y la segunda, lo más insoportable del otro, y lo que éste genera simplemente por ser otro, odio, violencia, furia.

Se definió el concepto de segregación abordado por Lacan como un efecto del discurso y el abordaje del racismo desde una lógica del todo, todos blancos, todos negros. Ambas formas que se expresan en el malestar en la cultura y que se interpreta como efecto del capitalismo.

En el caso, la opinión pública sostuvo que se trataba de una cuestión de clase, la clase de los chicos bien y la de una familia humilde. A partir de la frase dicha por unos de los imputados “negro de mierda” donde la cuestión racista y clasista se puso en juego. Y como un efecto del discurso, trazó una grieta donde la sociedad tomó partido.

La segregación como un concepto que se manifiesta de diferentes formas solapadas (ej. mujer, religión, pobre, etc.). ¿Y por qué sería inherente al discurso? Porque se adapta a las diferentes formas del lazo social, ya que se puede encontrar la misma en todo vínculo.

Otro concepto utilizado por el psicoanálisis, que permite dar otra vuelta al odio, es el concepto de *Kakon*. “Jacques-Alain Miller nos aporta una precisión importante al indicar que

el *kakon* es uno de los nombres del objeto como éxtimo. El ser golpeado en el exterior es el ser más íntimo del sujeto. No se trata pues de una proyección ya que el *kakon* es el ser del sujeto identificado al objeto a como plus de goce.” (Tendlarz, 1988).

Como analistas pensamos a cada individuo desde el caso por caso, pero nada más representativo que este concepto para ubicar, el *Kakon*. Este concepto es representativo pues alude a lo más oscuro que cada uno tiene.

La Adolescencia como un momento de fragilidad

¿Es posible ubicar al odio y a la segregación como efectos de una identificación en masa en la adolescencia? Frente a los cambios que se producen en esta etapa de la vida, el adolescente se encuentra en situación de fragilidad subjetiva. En la búsqueda de identidad, se producen identificaciones en masa que, a su vez, se sostienen mediante la segregación de aquello ajeno a esa masa o grupo. Así, el odio se constituye como una suerte de mecanismo de defensa frente a la propia fragilidad subjetiva y se pierde la dimensión del daño que genera en los vínculos.

En el caso que se está trabajando, si se piensa a la adolescencia como un momento de fragilidad en el cual hay algo de lo individual que desaparece por el fenómeno de masa, este acontecimiento de odio habla de la fragilidad subjetiva de estos chicos imputados. Así, se observa un conflicto entre discursos: mientras según el discurso jurídico pueden ser juzgados como adultos, de la lectura psicoanalítica se puede inferir que la adolescencia es un momento de desorientación, de no saber qué decidir.

En la adolescencia, nos encontramos con comportamientos bizarros, confusos, con posiciones subjetivas, actitudes y hasta personalidades que no encuadran en lo que se entiende comúnmente dentro del Psicoanálisis, por un síntoma. Los analistas se enfrentan habitualmente con una posición de búsqueda de sentido de dichas manifestaciones y una interpretación tal cual la entendemos, lo cual no resulta eficaz. La desorientación que existe no conduce a buen lugar y el encuentro con el adolescente muchas veces es un rechazo sin mucha explicación. Él mismo se presenta desorientado, constata los hechos, los padece, pero

no siempre logra subjetivarlos.

En el caso, en cuestión, los adolescentes frente al punto de basta (es decir, frente a la muerte) y a la exigencia de explicaciones por parte del tribunal quedan desorientados en tanto no hay subjetivación posible. De esto surge una pregunta: ¿por qué gran parte del colectivo de los adolescentes elige una orientación que tiene que ver con la violencia y el odio? ¿Hay algo de la sociedad que los orienta hacia eso?

Sería como pensar al adolescente como un testigo mudo de un fenómeno que escapa a su comprensión, faltan palabras, modos de darse cuenta. Por lo tanto, al no poder encontrar un significante para poder expresar lo que le pasa, lo que siente, no podemos ubicar el síntoma. A esto se le suma el abismo o decadencia del nombre del padre, el cual en otras épocas garantizaba un orden y una orientación. Su caída provoca una desorientación social y subjetiva. Ya Lacan había anunciado en su conferencia en Milán, el 12 de mayo de 1972, que el declive del nombre del padre genera consecuencias en los sujetos, ya que el discurso amo-capitalista se sitúa en su lugar. ¿Qué quiere decir esto? Que los mandatos del sujeto, sus ideales, comienzan a ser otros. La sociedad se orienta de un modo completamente distinto: “el individuo contemporáneo de la era del consumo masificado, la emergencia de un modo de sociabilización y del individuo inédito rompe con lo instituido de los siglos XVIII y XIX” (Lipovetsky, 1986, p.7). Este autor nos propone pensar en una erosión de las identidades, un abandono ideológico y político, una desestabilización acelerada de las personalidades.

En este sentido, se pensaría al adolescente como un sujeto extremadamente frágil. La adolescencia es un momento sublime análogo a la construcción de una obra de arte, de una escultura, donde lo hecho hasta ese momento no tiene vuelta atrás, sino que es la base. Nos encontramos frente a un sujeto que está en el lugar de objeto medible, evaluable y excluido. No sería de sorprender que la mayoría de los jóvenes sientan que su orientación está ubicada en el odio y en la segregación. Los padres de Fernando claramente tenían una orientación transmitida su hijo, ya sea desde el deseo de su madre de ayudar al otro, o desde el deseo de su padre de darle una vida mejor, muy diferente a lo que no se escuchó del lado de los padres de los acusados.

La agresividad para el psicoanálisis

“La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característico de su mundo” (Lacan, 1948, p. 102). Es decir que podemos hablar de una agresividad estructural. Desde la perspectiva analítica el desarrollo de lo sucedido, no solo en el caso en sí mismo sino también en como la sociedad lo interpelo, y lo manejo ya desde las redes sociales, el periodismo. Realizo un breve recorrido de como Lacan pensó la agresividad.

En el “agresividad y psicoanálisis” Jacques Lacan habla sobre la transferencia negativa, y comienza a ubicar esto del lado de las primeras vivencias de la constitución del sujeto. Además de que va decir que la estructura de la Psicosis Paranoica y Esquizofrénica va a ser la más violentas y las que ponen en acto.

Invita a pensar como en las diferentes situaciones de análisis, se puede constatar como sumerge las diferentes emociones que quedarían del lado de la agresividad, como un imago perteneciente a las primeras experiencias del sujeto, quizás antes de la constitución del sujeto. “La experiencia subjetiva del análisis inscribe inmediatamente sus resultados en la psicología concreta. Indiquemos solamente lo que aporta a la psicología de las emociones al mostrar la significación común de estados tan diversos como el temor fantasmático, la ira, la tristeza activa o la fatiga psicasténica” (Lacan, 1948, p 117).

“Debemos sin embargo poner en juego la agresividad del sujeto para con nosotros, puesto que esas intenciones, ya se sabe, forman la transferencia negativa que es el nudo inaugural del drama analítico. Este fenómeno representa en el paciente la transferencia imaginaria sobre nuestra persona de una de los imagos más o menos arcaicas que, por un efecto de subducción simbólica, degrada, deriva o inhibe el ciclo de tal conducta que, por un accidente de represión, ha excluido del control del yo tal función y tal segmento corporal, que por una acción de identificación ha dado su forma a tal instancia de la personalidad” (Lacan, 1948, p. 116). Aquí se entiende la manera en que se filtra de lo imaginario la manifestación agresiva, teniendo en cuenta que esto es un plano imaginario de un vector a -----a’ .

Lacan dirá en el seminario 3 que la relación narcisista es una relación imaginaria, ambigua, y sobre todo erótica, toda la captura del otro por la imagen en una cautividad erótica, lo que sería la base de la tensión agresiva. “Si la formación agresiva interviene en esa formación que se llama el yo, es porque le es constituyente, porque el yo es desde el inicio por sí mismo otro, porque se instaura en una dualidad interna al sujeto. El yo es ese amo que el sujeto encuentra en el otro, y que se instala en su función de domino en lo más íntimo de el mismo. Si toda relación con el otro, incluso erótica, hay un eco de esa relación de exclusión el o yo, es porque en el plano imaginario el sujeto humano está constituido de modo tal que el otro está siempre a punto de retomar su lugar de dominio en relación a él, que en él hay un yo que siempre en parte le es ajeno” (Lacan, 1955, p. 135).

Lo que se ha llamado *el estadio del espejo* manifiesta el dinamismo afectivo por el que el sujeto se identifica primordialmente con la todo visual de su propio cuerpo, dice Lacan. “Es esta captación por el imago de la forma humana, más que una *Einfühlung* cuya ausencia se demuestra de todas las maneras en la primera infancia, la que entre los seis meses y los dos años y medio domina toda la dialéctica del comportamiento del niño en presencia de su semejante. Durante todo ese periodo se registrarán las reacciones emocionales y los testimonios articulados de un transativismo normal. El niño que pega dice haber sido pegado, el que ve caer llora. Del mismo modo es en una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones de prestancia y de ostentación, de las que sus conductas revelan con evidencia la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el déspota, actor con el espectador, seducido con el seductor.” (Lacan, 1948, p. 120). Acá es donde se ubica el callejón sin salida estructural para poder entender lo innato de la agresividad del hombre y su relación con la constitución de su yo y los otros dirá Lacan. Una relación erótica que lo aliena y se llamara su yo. Aquí comienza la triada del prójimo, del yo y del objeto. Por lo tanto, el yo aparece desde el origen marcado con la relatividad agresiva.

Venganza y justicia

Los adolescentes al momento de convertir el acto fueron movilizados por la venganza, tomados por un hecho insignificante que era considerado por ellos como una gran ofensa.

Estaban cegados por lo imaginario del resentimiento. En el accionar violento y mortal, quedaron por fuera de todo orden simbólico. Lacan se pregunta en el seminario 3, qué consecuencias implica el carácter imaginario del comportamiento humano. “Esta pregunta es en sí misma imaginaria mítica debido a que el comportamiento humano nunca se reduce pura y simplemente a la relación imaginaria” (Lacan, 1956, p. 138). Por lo tanto, aparece como necesario para que algo no quede reducido y no estalle, un orden simbólico, la intervención de la palabra que impida que todo colisione. Es necesario que la justicia introduzca la terceridad. Se podría agregar que el juicio que obtuvieron parece más una venganza que una justicia, ya que -como se mencionó en uno de los artículos periodísticos- impartir venganza queda muy alejado de un orden simbólico.

CAPÍTULO 5: SÍNTOMA SOCIAL, INDIFERENCIA Y VACÍO

Afterglow

Siempre es conmovedor el ocaso

Por indigente o charro que sea,

Pero más conmovedor todavía es aquel brillo desesperado y final

Que herrumbra la llanura

Cuando el sol último se ha hundido

Nos duele sostener esa luz tirante y distinta

Esa alucinación que impone al espacio

El unánime miedo de la sombra

Y que cesa de golpe

Cuando notamos su falsía,

Como cesan los sueños

Cuando sabemos que soñamos.

Jorge Luis Borges (1972)

La idea del presente capítulo es ubicar el contexto histórico donde encontramos inmersos hoy a los jóvenes y señalar, luego, cómo se conecta el lugar de las identificaciones con la construcción de una singularidad en la adolescencia. Para ello, se comenzará por caracterizar la época tomando a la globalización, como uno de los pilares contemporáneos, en sus diferentes niveles: la información, lo digital y la economía.

Al neoliberalismo, exacerbación del capitalismo como modelo, lo podemos encontrar en la mayoría de los países, incluso en los emergentes y los considerados del tercer mundo. Se buscará elucidar, entonces, cómo este modelo influye en los sujetos.

Grandes pensadores de la época, como Gilles Lipovesky, Zygmunt Bauman, Jacques Derrida, Michel Foucault y Byung Chul Han, hacen referencia a los estragos y vaivenes de las políticas económicas en la sociedad. Por tal motivo, se hará un breve recorrido de cómo estos pensadores ubican el sometimiento del sujeto y la pérdida de libertad, para luego ver,

cómo el psicoanálisis ve reflejado esto en la clínica. La pregunta que nos ocupa, en primer lugar, sería entonces: ¿cómo inciden en la adolescencia actual los lineamientos políticos y económicos de una sociedad? En un segundo momento, buscaremos mostrar cómo sutilmente el discurso neoliberal va cimentando los pensamientos para que el individuo, y sin percatarse de ello, pase a formar parte de un refinado aparato de consumo, donde la indiferencia al otro y el odio va arraigándose en los jóvenes. Así, como consecuencia, nos encontramos frente a una adolescencia muy difícil de analizar, desorientada y sin deseo.

5.1. La era de la indiferencia: hablemos de la libertad, el sujeto, el sometimiento e idiotismo

Crisis de la libertad

Byung- Chul Han plantea que, en la actualidad, la coacción se presenta de modo subrepticio como una aparente libertad. Así, el destino ignorado del sujeto -al estilo del “saber no sabido”- es estar sometido. Si bien hoy nos creemos un proyecto libre que constantemente se replantea y reinventa, esta ilusión de libertad esconde bajo la apariencia de “auto-realización” a la auto-explotación del sujeto.

A partir del planteo del filósofo coreano, cabe hacerse algunas preguntas. En primer lugar, ¿a qué se refiere Byung Chul-Han cuando habla de coacción?, ¿cuál es la definición correcta de este término?, ¿cómo ese concepto está ligado al de *libertad*? También vale cuestionarse sobre por qué traerlo a colación en este capítulo 5, hacia el final de mi recorrido de tesis. En primera instancia, porque la libertad es un término que implica un sujeto, una subjetividad y la creación de una singularidad. En segundo lugar, porque me parece interesante poder ubicar pensadores contemporáneos a la hora de hablar de adolescentes, de construcciones, de odio, segregación y racismo.

“La libertad misma da lugar a la coacción” (Han, 2014, p. 7). La libertad misma de *hacer lo que se quiere hacer* es en sí misma coacción. ¿Pero qué quiere decir coacción? Imponer o hacer que una persona haga cosas en contra de su voluntad. Entonces, ¿cómo pensar que la libertad de hacer genera más coacciones que el *deber hacer*? He aquí una paradoja: la libertad

-que debería ser lo opuesto a la coacción- genera coacciones y, por lo tanto, enfermedades como la depresión o síndrome de burnout, que son la clara expresión de la pérdida de la libertad. ¿A qué nos referimos con Síndrome de Burnout? El llamado *síndrome del trabajador quemado* hace referencia a la cronificación del estrés laboral. Este se manifiesta a través de un estado de agotamiento físico y mental que se prolonga en el tiempo y llega a alterar la personalidad y autoestima del trabajador. Entonces, nos encontramos con un sujeto del rendimiento que, si bien se pretende libre, no es más que un mero esclavo. El sujeto del rendimiento absolutiza la mera vida y trabaja. Y el trabajo y la mera vida son las caras de la misma moneda.

“¿Deberíamos reinventar el concepto de libertad?”, se pregunta el autor coreano. Sostiene que el neoliberalismo convierte al trabajador en empresario, por lo que hoy cada uno es su propio trabajador y su propio jefe que se explota a sí mismo en su propia empresa. Así, la lucha de clases se convierte en una lucha interna de sí mismo, por lo que ya no se trabaja por nuestras necesidades sino por el capital y este representa una nueva trascendencia y una nueva forma de subjetivación. Y entonces vuelve a la pregunta: ¿queremos realmente ser libres, acaso no hemos inventado a Dios para no ser libres? Frente a dios todos somos culpables y, por lo tanto, si somos culpables, no somos libres. De esto deduce el autor que nos endeudamos para no ser libres; las deudas altas son una manera de mostrar que no somos libres. Y sería el capital un nuevo dios que otra vez nos hace culpables. Walter Benjamin dice que “el capitalismo es el nuevo dios” (Han, 2014, p. 11).

La era digital

Los adolescentes actuales se encuentran en la era de lo digital que los conduce a una pérdida parcial de la libertad, lo que podría pensarse como un panóptico más eficiente, ya que la falsa postura de la libertad de comunicación otorga -más que comunicación- información sobre el perfil de sujeto de consumo que deben crear.

Algo muy usual son los algoritmos encontrados en todas las redes sociales que usan los jóvenes, los cuales les van poniendo frente a su mirada una amplia oferta de lo que quizás deseen, solo es necesario decir la palabra para que estos se activen y surja una catarata de ofertas sobre productos que se muestran como únicos. Además, es necesario solo un like,

para que tanto Facebook como Instagram les coloquen frente a ellos a la chica/o que les gusta o mensajes tales como “viste lo que subió X”.

El secreto, la extrañeza y otredad son obstáculos para la comunicación ilimitada, dirá Byun Chul Han. Es por eso que se desarticulan en nombre de la transparencia. Se desinterioriza porque la interioridad ralentiza la comunicación. Esto tiene lugar de forma voluntaria. En este punto se encuentra la paradoja: la libertad se vuelve coacción. Se desinterioriza la negatividad de la otredad (quizás aquí el autor se está refiriendo a la singularidad, a lo particular). ¿Cuáles son las herramientas que utiliza la modernidad para apoderarse de lo más singular de los sujetos adolescentes? El dispositivo de la transparencia obliga a una transparencia total con el fin de una circulación total de la información. La *big data* permite hacer todo controlable y medible. Nos permite hacer pronósticos sobre el ser humano.

Revolución individualista

“Vivimos una segunda revolución individualista” (Lipovetsky, 1983, p.7). Este autor ubica en las sociedades modernas una revolución de pensamiento, donde va a reinar la indiferencia en masa y a dominar el sentimiento de reiteración y estancamiento, en donde la autonomía privada no entra en discusión. ¿Qué quiere decir eso? Que el otro pasa a ser un extraño, un extraño más extraño que lo propio.

Lipovetsky plantea una sociedad no muy diferente a la presentada por Byung Chul Han. Nos dirá que una sociedad promueve al estado de ser un agente libre de su tiempo, pregonando cambios desde la psicología, con terapias rápidas, para liberar emociones, también una medicina que debe ser abierta, por ejemplo, la medicina holística en la que el enfermo -en lugar de sufrir su estado de manera pasiva- es responsable de su salud. La moda, la cultura y hasta la educación, que antes se ejercía de manera autoritaria, hoy es pensada como muy permisiva. Hay una tendencia a animar al ocio.

“El lenguaje se hace eco de la seducción” (Lipovetsky, 1983, p.27). Ya la manera de nombrar -dirá- es de otra manera: ya no hablamos de *ciegos* sino de *no videntes*, los viejos son *personas de la tercera edad* y los malos alumnos son *niños con problemas*. Todo lo que sea descalificante debe desaparecer. Él mismo nos dirá que ya hace un siglo el capitalismo esta desgarrado por una crisis cultural profunda (también ubicada por Jacques Alan Miller en su

artículo *El síntoma y el cometa* de 1998) que se caracteriza por la negación de la tradición, el culto a la novedad y al cambio. Desde los aportes de Theodor Adorno, se puede ubicar el culto por lo nuevo. “Lo inédito se ha convertido en el imperativo categórico de la libertad del artista” (Lipovetsky, 1983, p.98). Los artistas dan vueltas por el vacío, sin posibilidad de una creación artística, la cultura del no sentido, del grito, del ruido.

En este contexto, los dos autores (Byung Chul Han y Giles Lipovetsky) ubican la época donde están insertas la adolescencia y la niñez modernas. Como bien se señaló a lo largo del trabajo de tesis, la construcción dada en la niñez de los imagos infantiles, las primeras figuras de crianza, las primeras palabras nos ayudan a pensar dónde vamos a ubicar al sujeto. En efecto, Sigmund Freud, en *Tres ensayos de la teoría sexual*, destaca la importancia de los lazos y de la presencia de ciertos adultos en la infancia a la hora de las posteriores elecciones. Aquí, en dichas elecciones posteriores, ubicamos la desorientación de la mayoría de los jóvenes adolescentes que se nos presentan en la clínica, ya sea a la hora de una elección sexual como también a la hora de poder definir algo en la vida, pues -como se desarrolló anteriormente- los jóvenes e individuos de hoy se encuentran en la era del vacío.

Lipovetsky habla de la “atomización individualista”, que no es otra cosa que *encerrarse en sí mismo*. Privatizar la vida, más allá de suprimir la identificación con el otro, la estimula. Él propone pensar al individuo moderno junto con el proceso identificatorio, donde la relación interpersonal no logra emanciparse de las representaciones colectivas. Por ello, sostiene que las identificaciones ya no operan de *yo a yo* sino de un grupo o una imagen tradicional de un grupo. El autor nos va describir dos posiciones muy contradictorias al explicar este proceso de individualismo: por un lado, como muy sensible a la afección, el dolor ajeno y, por otra parte, la indiferencia absoluta. Además, dirá que el proceso de personalización -como lo llama- diluye las grandes figuras de autoridad, “mina el principio del ejemplo demasiado tributario de una era distante y autoritaria que ahogaba las espontaneidades singulares” (Lipovetsky, 1983, p.240). Ya no se podrá infringir ningún tipo de castigo y las mujeres maltratadas encuentran eco masivamente en la violencia masculina, descalificando la virilidad, “por lo que lo masculino y lo femenino ya no tiene definiciones rigurosas ni sitios marcados” (Lipovetsky, 1983, p. 240). Nada más adelantado para esta época post-pandémica donde nuestros consultorios como analistas se ven llenos de consultas sobre la diversidad de

género, donde los jóvenes constantemente plantean que no saben cómo auto-percibirse, que no están de acuerdo con el cuerpo biológico que les tocó. En este sentido, Lipovsky argumenta que este proceso de personalización está dando lugar a sujetos cada vez más violentos y vacíos. Según él, la violencia antes relacionada con la clase social, ahora se da entre jóvenes desclasados. El autor habla de "violencia *hard*" (1983, p. 262), que se refiere a la dificultad y dureza de esta realidad camuflada que enfrentan los jóvenes.

En este contexto, la fragilidad de estos jóvenes se ve agravada en una era post-paternal, donde se dice que los padres han desaparecido. El psicoanálisis, por su parte, reconoce la importancia del padre para la construcción subjetiva de cada individuo. Sin embargo, la figura del padre ha ido perdiendo su autoridad y su papel como transmisor de la tradición y la ley. Eric Laurent (2018) habla de una "paternidad difractada", que se ajusta a las nuevas disposiciones de las familias recompuestas y se caracteriza por normas muy variables. En este contexto, el padre es devaluado y reducido a ser un esperma, una mera función o lugar del que se puede prescindir.

La declinación de la figura del padre en la época actual ha transformado inevitablemente la conformación de la familia tipo patriarcal, con lo cual podríamos afirmar que habrá transformaciones en la subjetividad. La caída del nombre del padre ha llevado a consecuencias en la sociedad moderna, transformando los valores y dando vía libre a un avance ilimitado del capitalismo, lo cual implica ubicar al sujeto del lado de la desorientación, como los autores antes citados han dicho. Así, se instaura un imperativo de goce que lleva al sujeto a reformular constantemente qué cosa/objeto/situación le va a generar "felicidad".

Época de vacío sin comunicación, todo el mundo quiere ser feliz

Los adolescentes de hoy pueden pasarse horas sentados frente a una computadora jugando algún juego (gamers), o con un dispositivo en la mano mirando TikTok o Twitter, sin estar en contacto con otros jóvenes durante días. Esto nos habla de una falta de comunicación en la era de la comunicación. "La comunicación es la industria de la palabra vacía. Se puede teclear todo el día y adecuarse a los clichés de lo que es un adolescente de hoy", dice Eric Laurent (2010, pág. 8). Este autor nos plantea que estamos en la peor crisis del mundo: "son

momentos en los cuales la angustia nos atraviesa y nos remite a elecciones. Ya sabemos qué queremos del mundo que vendrá. ¿Qué queremos para mañana? El siglo XXI será apasionante, sin duda tan terrible como los anteriores, pero visiblemente un modo nuevo", afirma Eric Laurent (2010, pág. 10).

5.2. Síntoma social

Como se va armando la idea de un adolescente

La definición de adolescencia, tal como se fue construyendo a lo largo del trabajo de tesis, no remite a una idea clara y concluyente. Para algunos, es simplemente la salida de una etapa biológica y la entrada en otra. Como nos hace pensar Vilma Cocoz, si el psicoanálisis nos plantea que la vida del sujeto no es posible sin el otro, entonces no hay adolescente sin otros, es decir, sin padres, hermanos, amigos, docentes. Por lo tanto, la relación particular y singular que se tenga con estos otros moldeará la vida del joven de una manera muy singular, pero con manifestaciones que dejan en evidencia su fragilidad. Por ejemplo, las identificaciones en masa, como lo introduce Helene Del Thombe en su libro *Les enjeux de l'adolescence* (2012). En efecto, esta autora plantea a la adolescencia como un momento crítico, un momento interesante para permitirse la experiencia del psicoanálisis. Considera que es un momento de dificultad para desprenderse de la infancia, de transición y de saber elegir, y también de la angustia de devenir, así como de poder salir y correrse de los excesos. Es un tiempo para reencontrarse y para poder tomar la palabra. El adolescente corre el riesgo de caer en un callejón sin salida, pero tiene todas las oportunidades frente a él, según la autora.

Adolescente síntoma y la época

Los adolescentes hoy llegan a análisis trayendo consigo todo el bagaje propio de la etapa que atraviesan, de su singularidad y las variables de lo contemporáneo social. Pero además hay que tener en cuenta el quiebre que significó la pandemia, del real que nos atravesó en los últimos años. Aquí, la acentuación de los síntomas, como lo más singular y lo más extraño para los sujetos, estuvo presente desde lo traumático de la muerte en si misma, que se puso en palabras y en actos hasta el hartazgo, al quedar suspendidos en un paréntesis muy largo. La pandemia y sus tratamientos, con sus restricciones, sus cuarentenas, toques de queda y distancia social confrontaron al joven con lo imposible. El tiempo de elección de objeto

quedó suspendido y no solo eso fue una contingencia inesperada, sino que el tiempo de separación de las figuras parentales se congeló. Para algunos sujetos, se volvió insoportable y para otros, un derrame, un tsunami de síntomas que florecieron y fueron muy difíciles de entender. Muchos jóvenes mostraron que no podían vivir aislados y recurrieron a la organización de fiestas clandestinas o a buscar la manera de relacionarse desde internet. “El adolescente es siempre de su tiempo” (Freda, 2012, p. 23). Siempre está debatiendo y es diferente de acuerdo a la época. Tomando a Freda, si un adolescente es siempre de su tiempo, actualmente nos encontramos en un tiempo en que la violencia se encuentra en su máxima expresión. Esto puede constatarse no solo en el caso de Fernando Báez Sosa sino en un hecho posterior sucedido el 29/03/2023 cuando un adolescente de 20 años fue brutalmente agredido por una patota para robarle el celular a la salida de un boliche en San Telmo. El joven quedó inconsciente, en coma y con estado reservado. Esto da cuenta de la violencia en tanto síntoma de la época y, además, de cómo esto provoca una indiferencia. Retomando el caso del capítulo 4 (i.e. caso Báez Sosa), la sentencia de por vida a los adolescentes no sería una condena adecuada para producir un cambio social respecto a la violencia, ya que este segundo hecho recién mencionado da cuenta de que la agresividad y la violencia en los jóvenes responde a aristas más profundas.

Fuera de la contingencia que significó la pandemia, la era actual se caracteriza por la fragilidad de los vínculos, es una era líquida. Se entiende *lo líquido*, al decir del filósofo Zygmunt Bauman, como la particularidad de ubicar los vínculos y las relaciones como ausentes, sin garantías, sin duración, inestables. El modo de intervención con el otro produce el recrudescimiento de la violencia como consecuencia de la soledad propia y la precariedad de los lazos sociales. En esta época el mandato social es a gozar. Amor, odio e ignorancia son dimensiones imaginarias. Dentro de ellas, el odio busca degradar al otro. El amor es líquido porque fluye entre nuestros dedos, es evanescente, quedó tomado por la inmediatez y el vacío imperante en la época. En cambio, el odio es sólido porque tiene más lugar en nuestra sociedad (piénsese en la Guerra de Ucrania y los grandes líderes, como Putin, y EE.UU. con su odio silencioso; e incluso, sin ir demasiado lejos, la grieta política que se encuentra en la Argentina). Los insultos y la degradación son una reducción del ser.

¿A qué se identifica un adolescente hoy?

Retomando los aportes de Bauman, Lipovetsky y Han, quienes plantean -cada uno a su modo- que habitamos una era líquida, vacía y coercitiva, lo cual tiene un correlato psicoanalítico con la declinación del nombre del padre, Bassols se pregunta

pensar hoy las identificaciones a modo de tribus urbanas de los 2000 con los avances digitales, en los que efectivamente nos encontramos con la construcción de un avatar a partir de los rasgos que el sujeto elija?

“Una profusión de ritos de iniciación, por decirlo así, una multiplicación de andamios que provean al sujeto un modo de responder a la cuestión del goce y de la muerte. Y ahí sí podemos hablar hoy de invención porque en el momento actual, hecho de realidades virtuales y de identidades líquidas, no siempre está a disposición del sujeto un puente que asegure ese pasaje. Tanto es así que el pasaje llamado adolescencia puede hoy alargarse hasta muy tarde en la vida” (Bassols, 2017, p. 2). Para explicar la dificultad de este pasaje, Bassols habla de la invención singular de un Avatar. “Avatar es una palabra que dice muy bien de qué se trata hoy para el sujeto dividido cuando se confronta a su falta de ser. Avatar es la imagen gráfica con la que cada uno se identifica hoy en el espacio virtual de Internet, es el tótem con el que se hace representar en la tribu” (Bassols, 2017, p. 2). Avatares a la manera del texto de “Pulsiones y su destino” de Sigmund Freud donde habla de los diferentes altares construidos singularmente por el sujeto.

5.3. Las identificaciones

Desorientados

Hoy en día la clínica nos plantea algo diferente: ya no se trata de la elección entre la homosexualidad y heterosexualidad, sino, que se trata de la desorientación. Y esta desorientación está en todas partes. Se pone de relieve un pasaje que va desde la reducción de la importancia de la significación edípica a nuevas formas de subjetividad. El adolescente freudiano sabe lo que quiere: no estar con los adultos, no escucharlos. El joven actual no tiene esa claridad. Tal como Lipovetsky nos plantea, ya no se puede reafirmar la sexualidad como “soy hombre” o “soy mujer”, también esto se desliza a diferentes variables en la vida

de un joven. Para Lacan, el problema es el fracaso del nombre del padre, ya que tiene que hacerse un padre, un padre a la altura misma de su fracaso.

En este sentido, se pensaría al adolescente como un sujeto extremadamente frágil. La adolescencia es un momento sublime, análogo a la construcción de una obra de arte, de una escultura, donde lo hecho hasta ese momento no tiene vuelta atrás, sino que es la base. Nos encontramos frente a un sujeto que está en el lugar de objeto medible, evaluable y excluido. No sería de sorprender que la mayoría de los jóvenes sientan que su orientación está ubicada en el odio y en la segregación.

5.4. Cómo se sostiene la afirmación de la construcción de las singularidades en una época de vacío, indiferencia y segregación

La singularidad

El ser psicoanalista se sostiene y se funda en saber leer lo que trae un sujeto a un análisis, situación sumamente particular, individual y singular. Ese bagaje puede decantar en la construcción de este trabajo de tesis, donde se fue viendo que desde los imagos infantiles el sujeto trae dos vertientes: una es la que hereda y construye a partir de los imagos infantiles, es decir, la manera en cómo viene a ubicarse en una determinada familia; y la segunda tiene que ver con la época por la que el individuo es atravesado y los significantes de la misma. La primera no escapa a la segunda ya que el cuerpo del sujeto está, desde el principio, mordido por el significante. La lengua del Otro determina su orden simbólico y va constituyendo un sujeto.

Aquí nos encontramos al ser y al lenguaje. Este último es la función de *hacer ser* lo que no existe. Por lo tanto, la palabra/el lenguaje hace consistir lo que no existe. En nuestra práctica podemos escuchar en los analizantes sus recuerdos, sus vivencias, un acceso desconocido que no tiene tiempo. Lacan señala el estatuto fugitivo del ser, lapsus, fallidos, a los que - como analistas- le damos sentido de verdad. Ahora en la adolescencia, en esa etapa de pura fragilidad en la cual casi no hay acceso a la palabra de un adulto, nos encontramos que hay una pequeña porción de jóvenes que tendrían acceso al análisis. ¿Cómo se resuelve esta desorientación sin la posibilidad de un analista que convoque al adolescente a hablar y un joven que quiera acceder a la misma?

Hay una búsqueda frenética de encontrar con quién identificarse ya que el desapego, el vacío de lo contemporáneo deja al sujeto en el borde de una cornisa en la que trata de identificarse a algo para adquirir una consistencia que no logra. A falta de rituales, de tradición, el sujeto se ubica cada vez más del lado de la precariedad, con la necesidad de buscar objetos vacíos a los que identificarse. Sobre todo, teniendo en cuenta que en esta generación los recuerdos infantiles también son pobres y escasos, ya que los chicos nacidos en 2000 fueron criados por las pantallas.

El odio, la segregación y la indiferencia, traducidos hoy en nuestros jóvenes como escenas de violencia, ¿se podrían pensar del lado de lo sintomático? Se podría considerar como un síntoma social, dado el momento de fragilidad en el cual el joven se encuentra, signado por la búsqueda de una singularidad que lo deja desprovisto de la claridad frente al Otro. ¿Qué quiere decir esto? El otro es cada vez más extraño, más ajeno. Los lazos del amor están más devaluados.

Si para que haya síntoma es necesario que algo se repita y cuando se repite, incluso hasta invade nuestro comportamiento, se podría observar que muchas de las manifestaciones del mundo actual apuntan al odio, segregación, racismo, indiferencia, las cuales en su iteración se pueden pensar como sintomáticas. ¿Cómo pensar que los jóvenes de hoy pueden escapar a esto? ¿Cómo se construiría una singularidad sin violencia? La mayoría de los jóvenes de la “generación de cristal”, a la hora de buscar respuestas, acuden a lo digital, sobre todo ahora con el boom de la inteligencia artificial, lo que crea aún más una distancia respecto del cuerpo del otro.

Al síntoma le damos un sentido de verdad y lo interpretamos. El síntoma tiene dos caras: una interpretable y una real. En relación a pensar a la violencia generada por el odio en la actualidad, se podría pensar que todo hecho universal se convierte en singular, un marca particular desde el instante en que el sujeto se apropia. Ya que lo que heredamos del otro debemos hacerlo nuestro.

El síntoma es un etcétera, es el retorno del mismo acontecimiento, como una pirámide fractal, a modo de estafa como la de Wall Street. El síntoma es una estafa en tanto tiene un efecto de verdad en el sujeto. Nos encontramos en la actualidad ante la dificultad que hay en los jóvenes

para la creación de una singularidad, de lo diferente, de poder salir airoso de esta sociedad. Se cae en la identificación en masa y en la posición sintomática de ser violento, odioso, agresivo, indiferente. Esto se puede observar en las peleas callejeras, en los colegios, en los grupos de chicos y chicas que se tratan mal, que rechazan una y otra vez al que es diferente. En las peleas callejeras lo que se repite es la falta de tolerancia. No se puede abordar la diferencia sin agresividad, lo que genera agresividad es el enfrentamiento con el otro. Ante la falta de palabras, no hay manejo de la diferencia.

La posibilidad que nos ofrece el Psicoanálisis es poder apuntar a reducir el síntoma, mejor dicho, a reducir el sufrimiento del síntoma para lograr saber hacer algo con él. Si para nosotros “la realidad psíquica es la realidad social y la neurosis depende de las relaciones sociales”, los efectos psicoanalíticos no dependen del encuadre sino del discurso, de las coordenadas simbólicas por parte de alguien que es el analista y cuya cualidad depende de la experiencia en la que se ha comprometido.

Uno puede tratar su tristeza y saber por qué vino a su vida, reintegrarla a su historia y dejar de considerarse una máquina haciendo un uso de la palabra sin decir nada que tenga que ver profundamente con uno mismo.

Como analistas, debemos tratar de que analizante pase por la palabra y haga del sujeto un hablante *responsable*, no culpable, siempre con una orientación a lo real, lo cual nos daría un hacer diferente con el síntoma, un *sinthome*. La cura psicoanalítica no apunta a la anécdota o al relato de la situación que a un individuo le tocó en suerte vivir, sino a cuáles son las herramientas con las que el sujeto transita esto que le ha tocado. Cuando hablo de “herramientas”, me refiero a lo tan trabajado en esta tesis en relación a los *imagos infantiles*, a la construcción de un sujeto, a las identificaciones (pensadas desde el punto de vista de Lacan cuando habla de la identificación a un rasgo, a un *significante*).

De la indiferencia a la falta de dignidad humana

El poder velado de las palabras, que evoca al goce con sus sonidos y toca los cuerpos, va más allá de su significación. *Indiferencia* es una palabra que tiene una evocación de lo frío, que no despierta el calor del afecto, la curiosidad o el interés. Por ello, nos convoca a pensar ¿qué es la indiferencia, ¿qué es la dignidad humana y qué relación tiene esto con el odio? Hay que

hacer una distinción: una cosa es la indiferencia como el rechazo, otra es la dignidad humana como la ausencia y el odio como la presencia del otro insoportable y, por último, otra distinta es la agresividad como la puesta en acto de lo dicho anteriormente. Desde la palabra indiferencia es fácil deslizarse a lo "indiferenciado", que nombra lo que no posee una característica o identidad diferenciada. Los adolescentes de hoy poseen un vacío tan grande que está al servicio de la indiferencia. ¿Qué quiere decir esto? Ser indiferente a lo que le pasa a otro ser humano, a su padecimiento, puede ser, a fin de cuentas, mucho más dañino que segregarlo, odiarlo o discriminarlo, significantes comunes entre los jóvenes actuales. Estos adolescentes creen que tienen derecho a hacer lo que quieran con su propio cuerpo y con el cuerpo del otro, lo cual constituye un rasgo de la modernidad. El hecho de que esto sea un rasgo de la modernidad no implica una construcción de la singularidad sino más bien estar sujetos a un síntoma social que no supone una libertad subjetiva. Volvemos al planteo del principio: ¿qué implica ser un sujeto libre, ¿cómo se logra la libertad? La respuesta posible a estas preguntas es poder pensar como analistas cómo se constituye cada sujeto, cómo transita con sus marcas, para poder desde ese lugar despejar o construir su singularidad.

¿Despejar o construir?

Si ubicamos que esta época es un momento de fragilidad en relación a la decadencia del nombre del padre, entonces nos encontramos en una época muy difícil para escuchar ficciones. ¿Qué quiere decir esto? Nuestro desafío como analista es el de construir el fantasma, es decir, el marco con el que un sujeto ve su realidad, la manera particular que tiene cada quien de interpretar la realidad. En este sentido, la construcción del fantasma es fundamental en la dirección de la cura.

En suma, la construcción de las singularidades de la época, al estar tan desprovista de este orden simbólico (el respeto por la vida, instituciones, palabra del otro, códigos), opera como facilitador para la intolerancia al otro, la indiferencia, el odio y la segregación. Si bien existen excepciones, la gran mayoría de los adolescentes contemporáneos responden de esta manera. Como los analistas trabajamos no con lo que funciona bien sino con el síntoma, lo que llega a nuestro consultorio tiene que ver con esto: con el excluido, con el maltratado, con el dejado de lado, con adolescentes con profundas tristezas y angustias, muy desorientados respecto de

a qué lugar quieren dirigirse puesto que no hay inteligencia artificial que responda esas preguntas.

CONCLUSIONES

*Mi siglo, mi fiera, ¿quién podrá mirarte dentro
de los ojos y soldar con su sangre las vértebras de dos siglos?
Hasta que la criatura vive debe llevar las propias vértebras,
Las olas bromean con la invisible columna vertebral.
Como tierno, infantil cartílago.
Es el siglo recién nacido de la tierra
Para liberar al siglo en grillos.
Para dar inicio al nuevo mundo es necesario con la flauta reunir Las rodillas nudosas de
los días.
Pero se ha despedazado tu espalda mi estupendo, pobre siglo.
Con una sonrisa insensata como una fiera un tiempo flexible te volteas hacia atrás, débil y
cruel, a contemplar tus huellas.*

Osip Mandel'stam (1923)

Momento de concluir

El recorrido del presente trabajo de tesis nos llevó a preguntarnos: ¿es posible ubicar al odio y a la segregación como efectos de una identificación en masa en la adolescencia? Sí, efectivamente, a lo largo de esta tesis quedó evidenciado que es posible ubicar al odio, a la segregación, a la violencia y a la agresividad como efectos de una identificación en masa durante la juventud. Frente a los cambios que se producen en esta etapa de la vida, el adolescente se encuentra en situación de labilidad identificatoria, en una búsqueda constante de su singularidad, por lo cual generalmente se producen estas identificaciones en masa. El primer acontecimiento con el cual debe enfrentarse el joven es el cambio del cuerpo y, junto a ello, el encuentro con la sexualidad. El acto sexual es el que puede vivirse en sí mismo como un cambio de posición subjetiva. La sexualidad, el cuerpo, el fin de la niñez son (la muerte o fin como una expresión fuerte para la ocasión, en verdad el niño que cada uno porta

no se muere nunca) cosas que pueden angustiar a cualquier ser humano. ¿Cómo se responde a esta angustia? He aquí una de las preguntas que recorrieron este trabajo de tesis.

Como ha quedado de manifiesto en el capítulo 2, la construcción de una singularidad, en tiempos contemporáneos donde la subjetividad se encuentra muy contorneada y definida, es un desafío para todos. Por lo tanto, nos encontramos en la actualidad con el síntoma social del odio, la agresividad y la violencia. ¿Y cómo se piensa un síntoma social? A la manera de lo que se repite, lo que se caracteriza por su inercia, lo que no funciona. Estos significantes formarían parte de un aparato sintomático que hoy se nos presenta: odio, segregación, indiferencia, crueldad, violencia.

¿Qué es lo que da la posibilidad de que estos actos tengan forma de síntoma? En primera instancia y desde la perspectiva psicoanalítica, nos encontramos con la decadencia del nombre del padre, ya mencionado en la Conferencia de Milán de 1973 por Jacques Lacan, lo que nos permite leer estas manifestaciones como consecuencia de una contemporaneidad complicada, vacía, con una sobreestimulación a partir de una oferta excesiva de imágenes e información, pero paradójicamente una dificultad para elegir y apropiarse de estos recursos. Cabe preguntarse también: ¿los aparatos tecnológicos son adictivos?

Los paisajes familiares nos muestran una sobreocupación de los padres, con ideales muy pegados al consumismo, a la frialdad. Como consecuencia de la ausencia de los adultos, nos encontramos con jóvenes “criados” por las nuevas tecnologías, que se forman en base a respuestas armadas por Google o por otras inteligencias artificiales. Hay un discurso social donde el sujeto está invertido, puesto en el lugar de objeto, no tiene límites y no hay regulación de goce. Vivimos con la ilusión de que está todo permitido. No hay una orientación.

¿Cómo dar cuenta de esto? Tomando el caso del capítulo 4, podríamos pensar que los padres de los jóvenes acusados no tenían una orientación, un deseo claro para sus hijos y, en cambio, los padres de la víctima desde el principio de la descripción del caso dicen: “vinimos a la argentina en búsqueda de un futuro mejor, queríamos que tuviera otra oportunidad”, un deseo claro y orientador de parte de los padres, el cual se podía observar claramente desde la descripción de la vida del joven. Esto me hace pensar que lo que nos orienta y marca es el

deseo, que hoy escasea, que no hay. En algunos casos, ya que el psicoanálisis no puede hablar de manera generalizada, no hay deseo que oriente.

¿Cómo un sujeto se autoriza a gozar y cómo hacer que el goce se articule al deseo? Es una cuestión interesante para abordar pormenorizadamente en futuros trabajos. Pero a partir de lo desarrollado en esta tesis, puedo decir que es el gran desafío al que nos enfrentamos como analistas, ya que la modulación del goce, la moderación, ceder a ese goce, es lo que nos permite vivir en sociedad.

¿Cuál es la definición de adolescencia, cómo se construye la singularidad en la misma, haciendo un recorrido desde la constitución de un sujeto hasta sus identificaciones? Desde el desarrollo de diferentes autores, no hay una definición acabada de qué es ser un adolescente. “El adolescente es siempre de su época” -dice Freda-, frase que me guio en mi trabajo. Nuestra práctica con jóvenes y adolescentes nos convoca y nos habla de la época en la que estamos, por un lado, con la construcción de una singularidad que está atravesada por la época en la que vivimos y/o vivió un adolescente y, por otro lado, con la identificación, que, pensándola desde el psicoanálisis lacaniano, es a un rasgo que no es cualquiera, sino aquel relativo a los imagos infantiles.

Esta identificación y construcción de una singularidad en la actualidad no es más dificultosa que en otras épocas. Sin embargo, las variables que socialmente se presentan hoy tienen diferentes maneras de lucirse, de mostrarse que, en otro momento, ya que los avances de la tecnología están al servicio de exponer todo lo que sucede y dar una dimensión muy clara y global de todo. Así, el rasgo que la modernidad presenta es mucho más duro, oscuro y -en apariencia- más devastador que otros. Solo en principio, en apariencia, porque lo mismo podrían haber pensado los jóvenes romanos cuando su sociedad salió a conquistar a todos los pueblos y matar a todas las personas que pensarán distinto o -sin ir más lejos- lo podríamos pensar en los años ‘70 cuando los dictadores no permitían pensar, ser diferentes, ser libres, pelear por sus creencias a nuestros jóvenes.

“Todos los tiempos son, para quien lleva a cabo la contemporaneidad, oscuros. Contemporáneo es, precisamente, aquel que sabe ver esta oscuridad” (Agamben, 2008). Nos encontramos frente a una generación frágil con un empuje al cambio, al exceso, con una falsa

ilusión de igualdad. Socialmente, ¿todos tendemos a homogeneizar, a catalogar? Por el contrario, el psicoanálisis apunta a lo singular y a lo diferente. A esto se le suma que los jóvenes de hoy creen que pueden hacer todo lo que se les dé la gana. La sociedad presenta a la adolescencia de esa manera, como el momento para hacer lo que cada uno quiera.

¿Qué es lo contemporáneo? ¿Qué es lo que nos sitúa en la modernidad? † ¿Que define a los sujetos modernos? ¿Y que la diferencia de la época anterior? No es su manera de sufrir, no es su padecimiento. Tampoco, me atrevería a decir, su desorientación, ya que si pensamos en una era victoriana la alienación al nombre del padre tampoco ayudaba a construir una singularidad.

Nietzsche dice: “Pertenece verdaderamente a su tiempo, es verdaderamente contemporáneo aquel que no coincide perfectamente con él ni se adecua a sus pretensiones y es por ello, en este sentido, inactual; pero, justamente por esta razón, a través de este desvío y este anacronismo, él es capaz, más que el resto, de percibir y aferrar su tiempo. Esta no-coincidencia, esta desincronía, no significa, naturalmente, que contemporáneo sea aquel que vive en otro tiempo, un nostálgico”. Los que coinciden plenamente con la época, los que encajan en cada punto perfectamente con ella, no son contemporáneos porque, justamente por ello, no logran verla, no pueden tener fija la mirada sobre ella, esto es perfectamente lo que les pasa a los adolescentes por la búsqueda incesante de aceptación de encajar, de asumir su propia palabra, y gracias a los diferentes gadgets de la época el adolescente de hoy no se cuestiona demasiado ya que la sutileza del capitalismo es más osada, y la decadencia del nombre del padre más derrumbada.

¿Qué es lo que el psicoanalista puede ofrecer? ¿Cuál es nuestro lugar como analistas? ¿Cómo se opera con estos jóvenes tan complejos en una era más compleja y destructiva? El psicoanálisis nos ofrece la idea de pensar que nada ocurre dos veces de la misma manera, pensar además que todo discurso cotidiano tiene efecto de ficción, adormecedor, en el que el sujeto cae en una profunda automatización, que no es dañina sino más bien satisfactoria pues lo conocido, el sentido, provoca la ilusión de completitud, el análisis y los momentos de poseía (o sea, los momentos únicos) proponen un encuentro con lo oscuro, lo raro, con lo que no coincide, un encuentro con el sin sentido, con lo real con la apertura de algo nuevo posible.

Por lo tanto, la propuesta del psicoanálisis al joven adolescente que concurre a transitar un análisis es la de poder asumir su propia palabra, la de poder ubicar el deseo y que sea este el que lo oriente, poder salir de ese vacío indiferente para dejarse guiar por su propio deseo, que no sería ni más ni menos que su propia singularidad.

Laura Hernández

BIBLIOGRAFÍA

1. Aduriz, F. M. (Comp.). (2012). *La adolescencia por venir*. Gredos.
2. Agamben, G. (2008). “¿Qué es lo contemporáneo?” en *Desnudez*. Adriana Hidalgo Ediciones.
3. Bauman, Z. (2001). *La globalización*. Fondo de Cultura Económica.
4. Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
5. Barros, M. (2014). *Intervención sobre el nombre del Padre*. Editorial Grama.
6. Berardi, F. (2015). *Héroes: asesinato masivo y suicidio*. Editorial Akal.
7. Han, B.C. (2014). *Psicopolítica*. Editorial Heder.
8. Cocoz, V. (2012). “Clínica de las adolescencias, entradas y salidas del túnel”. En Aduriz, F. M. (Comp.), *La adolescencia por venir*. Editorial Gredos.
9. Deleuze, G. (1981). *Spinoza: Filosofía Práctica*. Editorial Fabula Tusquets.
10. Deltombe, H. (2012). “Salir de la adolescencia”. En Aduriz (Comp.) *Adolescencias por venir*. Editorial Gredos.
11. DelTombe, H. (2012). Les enjeux de l'adolescence. Recuperado de URL: <https://youtu.be/AkVDkgPBpNE>
12. Focchi, M. (2012). “La adolescencia como apertura de lo posible”. En Aduriz, F.M. (Comp.), *Adolescencia por venir*. Editorial Gredos.
13. Freda, F.H. (2012). “El adolescente freudiano”. En Aduriz, F.M. (Comp.), *Adolescencia por venir*. Editorial Gredos.
14. Freud, S. (1986). “El Malestar en la cultura”. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Amorrortu editores.

15. Freud, S. (1986). “Psicología de masas y análisis del yo”. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Amorrortu editores.
16. Freud, S. (1986). “La interpretación de los sueños”. En *Obras Completas*, Tomo V. Amorrortu editores.
17. Freud, S. (1899). “Los recuerdos encubridores”. En *Obras Completas*, Tomo I. Amorrortu editores.
18. Freud, S. (1910). “Contribuciones al simposio sobre suicidio”. En *Obras Completas*, Tomo II. Amorrortu editores.
19. Freud, S. (1914). “Introducción al narcisismo”. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Amorrortu Editores.
20. Freud, S. (1975). “La novela familiar del neurótico”. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Amorrortu Editores.
21. Freud, S. (1988). “El ominoso”. En *Obras Completas*, Tomo XVII. Amorrortu Editores.
22. Freud, S. (1989). “Tres ensayos de la teoría sexual”. En *Obras Completas*, Tomo VII. Amorrortu Editores.
23. Freud, S. (1918). “Más allá del principio de placer”. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Amorrortu Editores.
24. Freud, S. (1989). “El malestar de la cultura”. En *Obras Completas*, Tomo XXI. Amorrortu Editores.
25. Lacan, J. (2016). “El atolondradicho”. En *Otros Escritos*. Paidós.
26. Lacan, J. (1974). “Prefacio del despertar de la primavera”. En *Otros Escritos*. Paidós.
27. Lacan, J. (1980). “La agresividad en Psicoanálisis”. En *Escritos I*. Siglo XXI.
28. Lacan, J. (1981). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Paidós.
29. Lacan, J. (1984). *Seminario 3: La Psicosis*. Paidós.
30. Lacan, J. (1999). *Seminario 4: Relaciones de Objeto*. Paidós.
31. Lacan, J. (2008). *Seminario 8: La transferencia*. Paidós.
32. Lacan, J. (2015). *Seminario 7: La ética del Psicoanálisis*. Paidós.
33. Lacan, J. (inédito). *Seminario 9: La identificación*. Paidós.
34. Lacan, J. (inédito). *Seminario 10: La angustia*. Paidós.
35. Lacan, J. (1997). *Seminario 17: El reverso del Psicoanálisis*. Paidós.

36. Lacan, J. (2016). *Seminario 20: Aun*. Paidós.
37. Lacan, J. (inédito). *Seminario 24: L'Insu que sait de l'Une-Bévue S'aile a Mourre*. Paidós.
38. Lacan, J. (1987). "Dirección de la cura y los principios de su poder". En *Escritos II*. Siglo XXI.
39. Lacan, J. (1987). "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En *Escritos II*. Siglo XXI.
40. Lacan, J. (2016). "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela". En *Otros Escritos*. Paidós.
41. Lacan, J. (2016). "Radiofonía". En *Otros Escritos*. Paidós.
42. Laurent, E. (2009). *El goce sin rostro*. Editorial Tres Haches.
43. Laurent, E. (2018). *El niño y su familia*. Editorial Diva.
44. López, G. (2019). *Adoles(seres)*. Editorial Grama.
45. López, G. (2022). *La adolescencia en tiempos que corren*. Editorial Grama.
46. Freda, D. (2015). *El adolescente actual, nociones clínicas*. Editorial UNSAM.
47. Miller, J.A. (1998). *Curso de la orientación lacaniana "Los signos del goce"*. Paidós.
48. Miller, J.A. (1998). *El síntoma y el cometa*. Editorial Paidós.
49. Miller, J.A. (2000). *El lenguaje como aparato de goce*. Editorial Diva.
50. Miller, J.A. (2004). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Paidós.
51. Miller, J.A. (2008). *El partenaire-síntoma*. Paidós.
52. Miller, J.A. (2008). *Curso de la orientación lacaniana "El partenaire-síntoma"*. Paidós.
53. Miller, J.A. (2009). *Conferencias Porteñas*. Paidós.
54. Miller, J.A. (2011). *La extimidad*. Paidós.
55. Miller, J.A. (2016). *Un esfuerzo de poesía*. Paidós.
56. Miller, J.A. (2020). *De la infancia a la adolescencia*. Paidós.
57. Kruger, F. (1998). *El síntoma como goce*. Editorial Paidós.
58. Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío*. Editorial Anagrama.
59. Seguí, L. (2012). "El discurso del amo en la sociedad adolescente". En Aduriz (Comp.) *Adolescencias por venir*. Editorial Gredos.
60. Tendlarz, S.E. (1998) Acerca del Kakón. Recuperado de la web:

<https://www.silviaelentendlarz.com/acerca-del-kakon/>

61. Stevens, A. (2001). *Salidas de la adolescencia*. Editorial 3 Ajenas.
62. Zlotnik, M. (2016). *El padre modelo*. Editorial Grama.